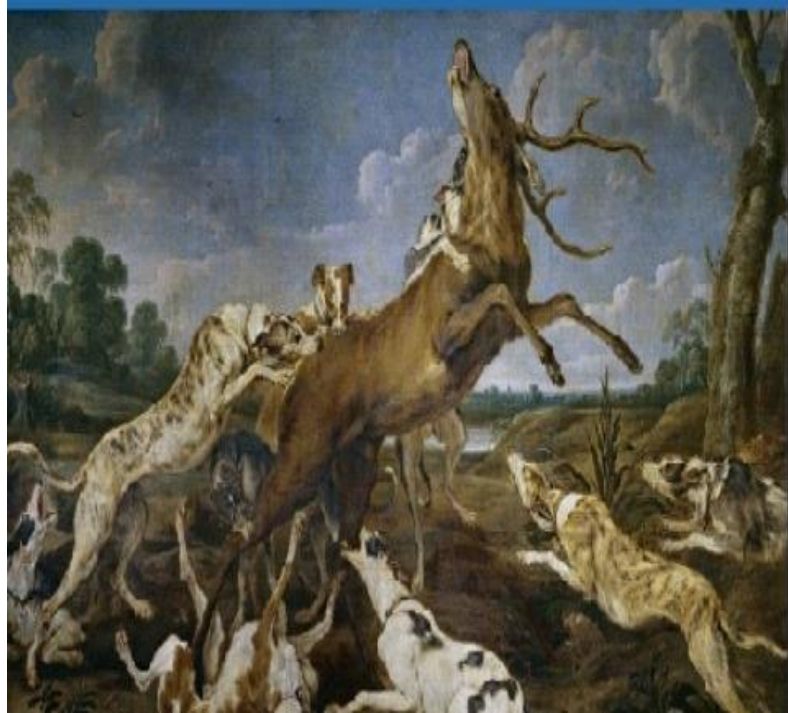


Aixa Salas

# La Jauría magnífica



## AIXA SALAS

(Nació en la ciudad de Mérida, Estado Mérida, Venezuela) Narradora, Licenciada en Educación e Historia. Desde muy joven, perteneció a círculos literarios y a grupos culturales de Mérida. En los años 70 marchó a Chile, donde inició estudios de Sociología en la *Universidad Nacional de Chile*. De regreso al país, estudia en la Facultad de Humanidades y Educación de la *Universidad de Los Andes*. En esos años le publicaron sus primeros cuentos y poemas en diversos diarios, revistas y antologías, regional y nacionalmente. Trabajó en el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la ULA, como Investigadora, y luego ingresó en el Ministerio de Educación como educadora. Obtuvo el *Premio Nacional de Narrativa del IPAS-ME* (Caracas, 1988). Quedó entre los diez primeros finalistas del Concurso de Cuentos Juan Rulfo (Francia)

<https://www.youtube.com/watch?v=ZgDP1X4SfUE>

<https://twitter.com/aixasalas2>

<https://es-la.facebook.com/aixa.salas>

## **DEDICATORIA**

*Con especial afecto a mis amigos Luis Sánchez, Sandra Zanetti, María Elena Rábago y Mariú Arreaza por su contribución solidaria con mi trabajo literario y porque siempre me animaron a publicar este libro.*

## **AGRADECIMIENTOS**

*A mis amigos Mauricio Navia, Juan-José Miñonís, María Luisa Lázzaro y Erma Sulbarán por su colaboración y aliento en la edición de esta pequeña obra.*



**La escritora y docente venezolana Aixa Salas**

*Aixa*  
**SALAS**

**LA JAURÍA  
MAGNÍFICA**

**Mérida, Venezuela, Edición digitalizada  
2016**

Narrar en la provincia constituye un hecho fundante en la literatura universal. Autores e importantes obras han nacido desde la negación de lo cultural, y se han abierto espacio por medio de una denodada lucha contra una especie de fenómeno "clasista" (por no llamarlo de otra manera), que pretende obviar su existencia: invisibilizando, orillando, colocando etiquetas, para que desde allí se dé el inefable salto al ostracismo. Por supuesto, en Venezuela este fenómeno ha estado siempre presente, y muchos de quienes hicieron vida literaria en la provincia se vieron obligados a tomar las maletas para marcharse de sus regiones y hacerse "capitalinos", so pena de sufrir los rigores de la marginación y el olvido.

**Ricardo Gil Otaiza (en el diario *El Universal*, Caracas, el 23-11-2012. A propósito de la antología titulada *Cuentos de Monte y Culebra*, donde fue incluida Salas)**

## PRÓLOGO

Desde finales de la década de los noventa leí el primer libro de cuentos de Aixa Salas, *La serpiente del ángel* (1996). Intuí que podría llegar a ser una escritora sólida, leída y comentada. Esa primera impresión se confirmó con la lectura de su segundo libro, *La jauría magnífica*, publicado por la Dirección de Cultura y Extensión de la Universidad de Los Andes. Esta obra se perfila con una temática tan variada como la heterogeneidad de sus relatos. En su sorprendente contenido no hay concesiones con el lector y nos mantiene a la expectativa desde el comienzo hasta el fin. En algunos de ellos se precisan varias lecturas para rearmar la historia; en otros, la autora comienza con asuntos aparentemente banales, cotidianos, en un lenguaje desenfadado, directo, sexual o con metáforas, alegorías e imágenes, muchas de ellas denigrantes, escatológicas, para describir situaciones y personajes hiperbólicos que superan la realidad; o bien nos devuelve a un pasado nostálgico, plagado de silencios y pasiones insatisfechas, a la ternura de una niñez curiosa e inocente que, en medio de la pobreza, teje sus propios sueños prescindiendo de la dura realidad de los adultos. Sea cual fuere la temática, poco a poco –o de pronto– nos enmaraña en el hilo narrativo llevándonos a mundos perfectamente insólitos, con soluciones finales impensadas.

De todos ellos destaco el cuento “La Cicatriz”, cuya protagonista es una niña de doce años que, sorpresivamente, experimenta su primera

menstruación. Este hecho la llena de terror y vergüenza, pues vive en una época imbuida de fuertes prejuicios y tabúes. Al inicio de la lectura la encontramos turbada por miedos juveniles, pero luego transitamos desde esa niña atribulada a la adolescente que se abre al mundo en un país que salta de la dictadura a la democracia, hasta la adulta que, en plena madurez, hace una reflexión profunda de sí misma, de su historia personal y del país, y su renacer en una época despojada de las presiones y dogmas sociales en que creciera, y en la que se reinicia como mujer, como política y como madre, bajo una perspectiva totalmente diferente, sin el agobio del pasado y reconciliada con el momento que vive, columbrando un futuro menos aciago, menos contrito, fascinantemente liberador.

**María Luisa Lázzaro**

**EL LABERINTO DE LOS OLVIDADOS**



Mariana nunca supo qué la condujo al laberinto. Deambulaba sin rumbo fijo por la ciudad cuando vio la hilera de personas aguardando frente a un muro grisáceo. Tenían un aspecto deplorable. Nunca supo tampoco por qué se detuvo y preguntó a uno de ellos qué esperaban. El hombre, sucio y maloliente, apenas dijo:

—Es el laberinto de los olvidados —y volvió a hundirse en su mutismo.

Ni siquiera la miró. Mariana continuó parada detrás de él. El muro tenía un aspecto sórdido, y en su centro una puerta de hierro, grande y circular. Estaba cerrada. Esperó un poco, todavía sin preguntarse por qué. Miraba fijamente la puerta, mientras que los demás apenas lo hacían. Parecían distraídos, sin interés en nada. Al fin, lentamente, el portón comenzó a abrirse. Un olor desagradable escapó de su interior. Sin embargo, nadie retrocedió. Tampoco ella. La gente entró sin prisas. Era un pasadizo oscuro, húmedo. Las paredes destilaban un agua pútrida, y el piso, desigual y escabroso, estaba cubierto por una costra dura y resbalosa. No tardó en darse cuenta que era mierda. Miró hacia los techos y vio la enorme tapa circular de las alcantarillas. Estaban debajo de la ciudad, en las cloacas. Sin embargo no se arredró. Como una ciega que sigue a otros ciegos en su mundo de incógnitas, continuó detrás de la fila, rumbo a lo impredecible.

Por unos instantes dudó. El pasadizo se abría en varias callejuelas, con perforaciones en las paredes. La gente fue desapareciendo dentro de ellas, hasta que todo quedó solo. Mariana intentó hacer lo mismo. Se acercó a uno de los agujeros y enseguida retrocedió. El hedor era insoportable, y lo que había adentro era miseria y algunos desdichados que apenas parecían seres humanos. Deambulaban en la podredumbre y la degradación, olvidados de sí mismos. Jamás había visto tanto impudor.

Se sintió mal, con una extraña desazón. Nadie la había llamado, nadie la invitó. Quiso devolverse, pero solo encontró el enredo de los callejones perforados. Estaba sola, mirando el laberinto que parecía enroscarse sobre sí mismo. No veía el portón. En vano miraba a todos lados, en vano intentaba rememorar algún detalle que la orientara. Todo era igual, espantosamente igual. Sintió que la invadía el pánico. Se había perdido. Si avanzaba se perdería más, y si no lo hacía, quedaría encerrada en aquel hueco fétido. Estuvo a punto de llorar, pero algo la contuvo. No quería escuchar su propio llanto. Se preguntó, en medio de la incertidumbre, por qué había entrado allí, mas no podía responderse. El tiempo, como un mago indescifrable, la acechaba desde los rincones, paciente, insistente. Entonces avanzó, sin saber hacia dónde. Simplemente se desplazaba, como si el miedo, o el arrojo, la empujaran.

Así caminó un tiempo, aunque no podía precisar cuánto. Tenía la impresión de que era demasiado y que había sido en vano. Estaba agotada. Sentía los miembros rígidos, la cabeza entumecida y los oídos le zumbaban. Nada había cambiado. Era el mismo laberinto, con sus múltiples callejones, sus huecos en las paredes, y la pestilencia cubriendo el aire. Sintió el deseo de rendirse, de entrar a uno de los agujeros y pedir ayuda. Al fin y al cabo, a pesar de su abulia, eran seres humanos. Avanzaba dando tumbos, tanteando los muros, cuando divisó una breve luz. Era apenas un titubeo, una línea que se deshacía en el aire. Temblando, se acercó. Casi corrió. Sí, allí estaba el resplandor. Provenía de la calle, del suelo de arriba, lleno de pisadas. Del techo del laberinto.

Permaneció un rato quieta, mirando la alcantarilla y atenta al ruido de la ciudad. Aterida, llena de ilusión y miedo, comenzó a apilonar cajas, potes, todo tipo de desechos, hasta formar un montón grande. Entonces alcanzó la alcantarilla. La tapa estaba entreabierta. Bastaría acercarse a la rendija para respirar un aire más puro, bastaría levantarla un poco para salir a la ciudad. Sin dudarle más empezó a moverla, y se dio cuenta de que poco a poco, cedía. Era casi libre, sentía el aire fresco en su rostro, veía un pedazo de cielo, cuando de pronto oyó un fuerte ruido y la tapa volvió a caer. Alguien lanzó una imprecación y dio una fuerte patada.

– ¡Malditos, vuelvan a su mierda!

Otras voces se unieron al maldiciente.

– ¡Vuelvan a su mierda, vuelvan a su mierda!

Poco a poco se multiplicaban, hasta formar un coro indignado, furioso. Casi sentía sus insultos como puñetazos en la cara. Mariana se desprendió de la válvula y cayó sobre los desechos, mientras los otros seguían gritando amenazantes. Tuvo miedo de que la abrieran por completo y entraran a matarla. Súbitamente guardaron silencio. Ajustaron cuidadosamente la tapa y se alinearon alrededor de ella, como si quisieran cerciorarse de que estaba bien cerrada. Entonces se marcharon, dejando tras de sí un rumor rabioso.

No supo cuánto tiempo estuvo sentada sobre los desperdicios. Parecía imposible escapar. Afuera no los querían. En sus oídos resonaban los gritos e insultos. No podía entender el odio, no podía explicarse nada. Ella solo quería salir del laberinto. Descubrió, con miedo, que sus ojos se adaptaban a la oscuridad, que su tacto ya no extrañaba la aspereza acuosa de los muros y el piso, y que se acostumbraba al hedor. Se detuvo inmediatamente. Aquella familiaridad la espantaba. Jamás se quedaría en el laberinto.

Lentamente reinició la caminata, sin saber a dónde ir, pero decidida a marcharse apenas pudiera. Sin embargo, avanzaba hacia lo mismo. Al fin comprendió que debía buscar ayuda, que solo los indigentes podían hacerlo. Empezó a asomarse a los cuartuchos, pero todos parecían ignorarla. Siguió caminando, husmeando en todas partes, hasta que algo la detuvo. Allí, frente a ella, estaba una mujer conocida. Era Gloria, la amiga que años atrás desapareciera sin dejar rastro.

Se paró bajo la abertura y la miró atentamente. Sí, era ella. La mujer levantó la cabeza, no la reconoció y reinició su tarea. Movía algo en un enorme caldero y estaba tan maltratada que no parecía la misma. Pálida, mugrienta, cubierta de harapos, con el mismo aspecto miserable de los demás. A su lado, un hombre insomne la observaba. Desde el ojal del cuartucho, sin atreverse a entrar, Mariana seguía sus movimientos. Tenía ganas de irse, pero la necesidad de pedirle ayuda la detuvo. Todavía insegura, temerosa de equivocarse, la llamó. Apenas escuchó su nombre se sobresaltó. Hubo una pausa, un instante de confusión y vergüenza. Ambas enmudecieron.

Permanecieron unos segundos inmóviles y silenciosas. Ninguna se atrevía a preguntar. Al fin Mariana rompió el misterio. Se le iba la vida en ello, y sin dudar más avanzó.

– ¿Tú eres Gloria?

Ella titubeó. Parecía querer negarse, esconderse, huir, pero al fin asintió.

– ¿Y qué haces aquí?

No contestó y Mariana se contuvo. Estaba como muerta, en un mundo donde sus palabras no la alcanzaban. Después de un rato pareció despertar de un ensueño y señaló al hombre.

– Vine detrás de él y nunca más volví a salir.

Mariana miró al hombre. Tenía la mirada fija y vidriosa de los alcohólicos. Aquel cuadro la aterró.

– Quiero irme de aquí. Ayúdame.

Gloria negó con la cabeza, sin interrumpir su tarea.

– No puedo. Hace tiempo olvidé la salida.

Siguió una pausa en la que Mariana no hallaba qué hacer. Gloria continuaba removiendo el caldero como si aquel oficio fuera lo único importante en su vida. Ella avanzó.

– Por favor, por favor. Ayúdame.

Gloria continuaba impávida, ajena a su presencia, a su ruego.

—Olvidé todo, olvidé todo —repetía.

La mano del hombre se extendió como una garra:

—La botella.

Ella salió de la covacha, miró a todos lados y se dirigió al final del pasillo. Escarbó entre los montones de basura y regresó con algunas botellas. El hombre las apresó y vació su contenido. Eructó y cayó derrumbado sobre la mesa. Mariana, asqueada, tomó a Gloria del brazo:

—Vámonos de aquí, vámonos.

La mujer se zafó, retrocedió, como aferrándose al caldero, como pegándose a las paredes.

—Yo nunca me iré, yo nunca me iré. Pertenezco al laberinto.

Se sintió como una niña abandonada, casi a punto de llorar. Regresó a los pasillos, preguntándose constantemente qué hacer, dónde estoy, sin poder responderse. De pronto escuchó un zumbido, un aleteo. Miró extrañada a todos lados. No percibía nada, pero escuchaba la vibración de algo que volaba. Una

mariposa. Estaba segura que era una mariposa. Daba vueltas, giraba a su alrededor, titubeaba, seguía en línea recta. No la veía, no entendía por qué estaba allí, pero siguió sus movimientos. Así estuvo un buen rato, persiguiéndola. Súbitamente dejó de oírla. Se había detenido. Mariana también se detuvo, aguzando el oído. Percibió el leve agitar de las alas sobre un muro y permaneció quieta, esperando. Entonces escuchó un rugido. Se volvió aterrada, pensando que había enloquecido. Era una multitud. Sudorosos, casi desnudos, pringados, corrían desesperadamente, como soldados que no entienden una orden, que buscan un objetivo desconocido bajo pena de muerte. Tenían un aspecto temible. Espantada, se hizo a un lado y pasaron a su lado sin verla.

“¿Quiénes eran? ¿Por qué corrían así?”. Se quedó mirando hasta casi perderlos de vista. Estuvo a punto de seguirlos, pero le interesaba más la mariposa. Su aparición era como un milagro, un presagio. Se acercó lentamente, rogando no asustarla, y la tomó. Ella se quedó quieta, como si también deseara su compañía. De lejos seguía la marcha desesperada de los desdichados. Deseaba alcanzarlos, saber qué sucedía. Intuía que escapaban de alguien o de algo, que querían ocultarse de un gran peligro, o tal vez buscaban la salida. Sin dudarlos más corrió tras ellos hasta que los alcanzó. Entonces fue hasta el frente y les dijo:

—Tengo una mariposa.



Se detuvieron sorprendidos, sin comprender su significado. Tal vez estaban embrutecidos por el encierro, por la desesperanza. Ella permanecía frente a ellos, mostrando la mariposa.

—Es la libertad —insistió, y parecieron despertar. Todavía incrédulos, con un temor casi sagrado, como si fueran a hacerle daño, se acercaron y la tocaron. Sus alas vibraron levemente.

—Ella buscará la salida —y la soltó.

La mariposa voló rauda, frágil y poderosa en su vuelo y todos la siguieron. De pronto el laberinto tembló como un enorme vientre golpeado por un látigo. Un aullido escalofriante retumbó en los muros. Más alto y penetrante que su fragor, más atroz que el de los sufrientes.

Los Malditos musitaron y se inmovilizaron, con los ojos fijos hacia el lugar de donde provenían los pasos, de dónde provenía el grito.

Una turba espantosa apareció ante ellos. Parecían seres prehistóricos salidos del fondo de la tierra, de la más remota de las edades.

El silencio se impuso. Quedaron petrificados, con las pupilas fijas en el otro, como ciegos que se presienten. Nadie se atrevía a dar el primer paso, ofuscados por el

terror o la ira, hasta que el más fiero de todos clavó una lanza en el piso.

—Nadie sale del laberinto.

La lanza quedó temblando y los ojos atónitos se fijaron en ella, esperando el momento en que iniciaran la matanza. Mariana trató de ocultarse, de perderse de aquel lugar siniestro, pero cualquier movimiento era una amenaza o una sentencia, y continuó quieta. La mariposa se había perdido y ella necesitaba seguir viva y encontrarla. De pronto, el más pavoroso de todos lanzó un alarido, retomó la lanza y escupió en el piso.

—Somos la Escoria. El que intente escapar morirá.

Continuó un rato más detenido ante ellos, con su mirada mortal, y después dio la orden de continuar la marcha. Todos lo siguieron, repitiendo su himno:

—Somos la Escoria, somos la Escoria.

Mariana saltó al frente de los desdichados.

—Hay que encontrar la mariposa.

Un aliento de vida recorrió el laberinto. En silencio, como si iniciaran un rito, o un rezo sagrado, reiniciaron la búsqueda. Pronto la escucharon. También estaba perdida, también anhelaba escaparse y parecía que el

calor humano la orientaba. Se posó cerca, en una de las paredes, esperándolos. En un susurro bajo, en un cántico de esperanza, los desdichados se acercaron, y apenas levantó vuelo fueron tras ella. Marina la alcanzó y la depositó en el hueco de la mano, canturreando. Avanzaban lentamente, como almas en pena que se alían en el término de su peregrinaje, con las manos tomadas, con un solo corazón palpitante. Repentinamente una voz tronó:

— Tienen una mariposa.

Era uno de los Guardianes. Con un silbido rápido llamó a los otros, y los emisarios de la muerte, los espantajos convertidos en calaveras, reaparecieron, exhibiendo sus guadañas. El cabecilla se plantó ante Mariana:

— ¡Dámela!

Era una orden imposible de desobedecer y Mariana la entregó. El insecto pareció tambalearse desorientado, y en un salto rápido el espantajo lo atrapó. El crujido de sus alas sonó como un trueno entre los muros cerrados. La tiraron al piso, muerta. Los sufrientes parecieron morir en un suspiro, mientras los Terribles se carcajeaban. Súbitamente callaron, y su inmovilidad y silencio eran más pavorosos que su risa. Ambos bandos se miraron, separados por el miedo.

Nadie se movía, pendientes del otro. Ellos retomaron el movimiento y sus guadañas, no sin antes lanzar su feroz advertencia:

—El que entra aquí nunca más sale. Esta es nuestra casa y nuestra tumba.

Escupieron varias veces, y poco a poco, como quien reinicia un camino olvidado, regresaron, dejándolos solos e irredentos.

¿Cuánto tiempo vagaron por el laberinto? Años, tal vez siglos. Caminaban sin rumbo, sin objetivos, empujados solo por el deseo de no morir, de no pensar, de no abandonar la esperanza. Algunos volvieron a sus cuevas, otros se quedaron en el camino, pero la mayoría continuó incansable. Mariana no sabía si aquellos corredores entrecruzados eran su destierro, su muerte o un desafío, pero no desistía de la búsqueda.

—Tiene que existir una salida. Debemos encontrar la salida —repetía incansable.

Parecían sonámbulos desplazándose en sus propias pesadillas.

—No debemos detenernos. Si nos quedamos en las cuevas moriremos como ratas, si seguimos podemos salvarnos y vivir como humanos.

Y un día, inopinadamente, dieron en un pasillo desconocido, y al fondo divisaron una luz. Se detuvieron sobrecogidos, temiendo una alucinación. Allí, frente a ellos, un arco parpadeante, un reflejo, cubría una puerta circular. Mariana recordó la puerta de hierro que una vez, obnubilada por la confusión, cruzara inadvertidamente, como quien devela la obsesión. Era la salida, estaba segura. Todavía dudosa, todavía titubeante, avanzó y la abrió. Desembocaron en un patio rodeado de altos muros. Semejaba una mano abierta, con sus dedos apuntando al cielo. Se detuvieron, cegados por la luz. Al cabo de un rato, con los párpados pesados y remisos a levantarse, entreabrieron los ojos. Sí, era un patio, pero no había ninguna puerta. Parecía el final de todo. El dédalo terminaba en un patio sin salidas. Descorazonados, incrédulos, lo recorrieron despaciosamente en espera de hallar un hueco, una rendija, un pedazo roto, y de pronto allí, en un rincón, había algo o alguien. Era un hombre. Estaba completamente desnudo y entre sus piernas cruzadas sostenía una mata.

Atónitos, se detuvieron. El hombre parecía no verlos. Tal vez estaba ciego o era un loco.

— ¿Quién eres?

El hombre alzó los hombros indiferente.

— Yo espero — dijo.

– ¿Qué esperas?

Él señaló la maceta.

– Cuido la mata.

Nadie comprendió y lo miraron desconcertados.

– Es una mata rastrera – dijo –, y alzando la cabeza los miró, súbitamente consciente de su presencia.

– Ella saldrá del laberinto – reafirmó, obsesionado.

Permanecieron quietos, todavía sorprendidos, todavía sin entender nada. Al fin se miraron, en una consulta callada, y lentamente, sin decir nada, se sentaron alrededor del hombre, mirando la mata.

## LA CIÉNAGA

Ana abrió el balcón y miró el pueblo. Era grande y tedioso. Hileras de casas muy apretadas, pocos árboles, y un paisaje desolado. Frente al edificio brillaba una capilla blanca, una rara preciosidad en aquella monotonía irritante. Más allá la fábrica donde ella y sus hermanas trabajaban. Oscura, cuadrada, de ventanales largos y sucios. Solo la capilla, con su única torre, la campana de bronce rutilando bajo el sol, y el portón labrado, ofrecían un aspecto gratificante.

Todas las mañanas, apenas clareaba, el padre llamaba a misa y después cerraba la capilla, pero aquel día permaneció de pie bajo el pórtico. Un grupo de niños, vestidos con túnicas azules y mitras del mismo color, se acercaron presurosos. Parecían mariposas inquietas salpicando el pavimento. Los niños entraron y el sacerdote cerró el portón. A los pocos minutos se oyeron los hosannas, y por unos instantes, la desolación del pueblo desapareció.

Una mujer cruzó la avenida. Era alta y bella. Caminaba despacio, como si disfrutara del sol en su cuerpo, del traje rojo o de su cabellera suelta sobre la espalda. Tenía una expresión voluptuosa y cálida. La mujer alcanzó la acera y un hombre pequeño, delgado, casi insignificante, la interceptó.

El encuentro anunciaba algo inesperado. Desde su mirador, Ana observó con gran interés una escena que presintió dramática. Y así fue. La bella rechazó al

pequeñuelo, dándole un manotón. El hombre se tambaleó y pareció desdoblarse y no encontrar su equilibrio, mientras ella seguía su camino sin mirar atrás. Sin embargo, él se repuso, corrió tras ella, y tomándola de los hombros, la obligó a volverse. Se miraron desafiantes. El enamorado suplicaba mientras la mujer se resistía. Al fin logró zafarse, le dio un bofetón, y rápidamente cruzó la esquina y se perdió de vista.

El enamorado permaneció un rato inmóvil y mirando obsesivamente el punto donde la hermosa desapareciera. Parecía musitar su nombre. Al fin, lentamente, emprendió el regreso. La avenida, larga y angosta, se abría como un grito entre las casas apretadas. El vacío parecía tragárselo todo, y el pequeñuelo no era más que un punto tembloroso en el fragor del mediodía. Desde su exilio en el mirador, Ana pensó que todo había acabado y se dispuso a cerrar el ventanal.

Al otro extremo de la avenida se dibujaron las figuras de sus hermanas que regresaban del trabajo. Debía alistarse para el turno de la tarde. De nuevo la avenida quedó sola, y sin el humo de la fábrica, lucía limpia, casi reluciente. Continuó allí, solazándose ante el cielo despejado, la luz disipando la sordidez del pueblo, y el desfiladero pelado de la avenida, donde desapareciera el enamorado en su camino al olvido.



El encanto duró poco. La fábrica reinició su trajín, eructando un hollín ácido y gris que ennegreció el aire. El rápido contraste detuvo a Ana en el balcón, quien continuó contemplándolo todo, mientras se preguntaba por la suerte del hombre despreciado. Presentía que aquel drama no terminaría así. La frialdad de la mujer y el apasionado dolor del hombre auguraban otros sucesos. Abruptamente, su intuición pareció cumplirse. Por la bocacalle donde desapareciera el enamorado contrito surgió una multitud enarbolando palos y piedras y vociferando palabrotas. El hombre despreciado encabezaba la protesta. Todos pronunciaban el nombre de la mujer, llamándola a gritos. Se detuvieron frente al santuario, donde los niños continuaban sus cantos, exactamente bajo el balcón de Ana. “¿Pero qué es esto?”, se preguntó Ana.

Desde el fondo de la avenida, el eco devolvía constantemente el nombre de la mujer, extendiéndolo a lo largo y ancho, estrellándose contra las paredes y haciéndolo añicos. De pronto el eco fue acallado por un rugido más fuerte. Del lado contrario venía una muchedumbre tan numerosa como la primera, también con palos y piedras, y también profiriendo amenazas. Aunque la mujer no se veía por ningún lado, era evidente que se trataba de sus familiares y allegados.

Los cantos infantiles cesaron. La ermita permaneció cerrada, y en las ventanas, balcones y terrazas, la gente se asomaba atraída por el bullicio. También las

hermanas se acercaron al balcón. ¿Qué sucedía? Su voz era inaudible en aquel bramido que chocaba y se repelía en el centro de la avenida.

Al fin, del frente contrario, emergió la mujer de la cabellera mórbida, quien se colocó delante de sus defensores. El eco persistió un rato repitiendo su nombre: “¡Aminta! ¡Aminta!”. Por unos instantes ambos bandos permanecieron quietos y contemplándose. De pronto el hombre se agachó e hizo algo insólito: se cagó en plena calle. Todos lo miraron boquiabiertos, pero la mujer fue la más sorprendida. Después se levantó, con la mierda en la mano, y se la tiró en la cara.

Sus seguidores estallaron en carcajadas, pero los otros no se quedaron atrás. Rápidamente se acuclillaron, cagaron y lanzaron los pelotones de mierda por el aire, estrellándose en la cara de quienes reían. Desde las azoteas, la gente aplaudía o pitaba. Amigos de unos y otros no tardaron en tomar partido. Corrían con las bacinillas repletas y las echaban sobre el bando opuesto. Orines y mierda caían desde lo alto, bañándolos a todos. “¡Dios mío!”, exclamó Ana para sí.

Sus hermanas empezaron a gritar y bajaron velozmente las escaleras. Ana permaneció en el balcón. Desde allí, sola y perpleja, veía a la multitud revolcándose en la inmundicia. Parecía la única testigo de un espectáculo dantesco. Ni siquiera trató de impedir que las hermanas

se sumaran a aquella demencia. Repentinamente, las puertas de la capilla se abrieron y el párroco salió. Estupefacto, contempló a sus feligreses golpeándose en la ciénaga inmunda. Los niños corrían alrededor aterrorizados y gritando. Rápidamente, formó un círculo con ellos y alzó los brazos. El coro entonó un himno de amor, pero la masa empujaba desde atrás, y de arriba y los lados lanzaban todo tipo de desperdicios. Sobre los niños cantores caen los pelotones de mierda como bofetones airados. El olor es insoportable. Los pequeños pierden el conocimiento y encima de ellos y del clérigo pasa la muchedumbre enardecida, entrando de lleno a los golpes y maldiciones. Ya nadie sabe quién es quién. Simplemente quieren matarse.

Aturdida, llena de asco y pavor, Ana cerró el ventanal. Por unos segundos no sabe qué hacer. Quiere irse, dejar atrás todo aquel horror, pero entonces recuerda a sus hermanas, y sin dudarlo más, baja y entra en la ciénaga. Empezó a buscarlas, a gritar sus nombres, mas el lodo fétido y espeso la hunde y se va al fondo. No puede abrir los ojos, los oídos se le revientan, y la boca, angustiosamente abierta, se llena de mierda. Va a morir ahogada en aquella porquería. Desesperada, bracea para escapar. Ya no recuerda a las hermanas, ya no le importan los niños. Solo quiere salvarse. Apenas sale a flote se da cuenta que está completamente desnuda, aunque el lodo cubre su cuerpo. Enseguida oye el quejido de una sirena, y al volverse ve a la policía, que

entra chapoteando al río nauseabundo. Sin saber por qué trata de huir, pero no puede. Ha descubierto a los niños flotando en la ciénaga. Ahora solo son mariposas destrozadas, con las túnicas abiertas y los ojos fijos en el cielo. Atónita, mira a su alrededor buscando una explicación, mas solo encuentra casas cerradas y rostros herméticos.

Ella permanece desnuda, inmóvil, al pie del edificio y frente a la hecatombe. La policía alcanza el círculo de niños muertos y los saca de uno en uno, depositándolos a sus pies. Se ve a sí misma como una estatua vilipendiada, con los cadáveres de sus hijos desparramados por el suelo.

— ¿Qué pasó aquí? — inquiera la policía horrorizada —. ¿Quién causó este desastre?

Y ella siente cada pregunta como un reproche. Sin darse cuenta se inclina y poco a poco cierra los ojos de los niños muertos.

**LA JAURÍA MAGNÍFICA**

## *ACTO I*

Los Perros Magníficos se reunieron de emergencia. Un cachorro diestro, astuto y de fecunda historia, pretendía entrar al círculo de los Grandes Canes. Con evidente ira entrechocaban los colmillos y apretaban las garras, gruñendo y maldiciendo. El cachorro era listo, peligroso y contaba con numerosos seguidores.

Los cenáculos parecieron cerrarse en torno a ellos. El mundo se redujo a aquellas cuatro paredes donde eran los reyes invencibles, los verdugos de los débiles, de las hembras esquivas y de los cachorros. Se habían impuesto por su crueldad. Eran los Magníficos. Pero ahora el cenáculo se tornaba estrecho, opaco, vulnerable. Por las aberturas se colaba el ladrido estremecedor del cachorro.

El Decano se levantó, altivo y ceremonioso. Era un mastín alto y pesado, de cabeza ancha, orejas grandes y hocico largo e inquieto. Tenía la mirada dura e implacable, el gesto decidido, algo brusco en su actitud y la determinación férrea de seguir siendo, por el resto de su vida, el Perro Mayor. Se llamaba Cesarino, y en una época fue dirigente de jaurías revolucionarias,

perros rabiosos que despedazaban a sus víctimas, es decir, a todos los que se le oponían, fueran adultos, viejos, hembras o infantes.

El Gran Perro, un bulldog viejo, pero también insolente y altivo, de cuerpo robusto, patas cortas y gruesas, ladrido escalofriante y una vanidad maligna, se irguió frente a él. Mucho más pequeño, fue en un tiempo el Perro Mayor, solo que perdió el vigor con los años, aunque no su perversidad, y por eso seguía siendo respetado por el resto de los grandes canes.

Exhibió su pecho ancho y fuerte, y lanzó un aullido feroz, preludio de sus intenciones. Era capaz de destrozar a cualquiera sin importarle si era amigo o enemigo, solo por imponer su dominio. Cerraba filas con los canes revolucionarios, aunque por su autoritarismo muchos lo tildaban de fascista.

Amabilis, un pachón delgado, muy blando, de sonrisa meliflua y ademanes finos, especializado en la traición y de una astucia reptante, se levantó elegantemente. Se decía poeta, monógamo, de excelente cultura y marxista. Era, en realidad, un demonio astuto y malvado, con una sonrisa más peligrosa que su ira.

El Decano continuó su andar mefistofélico. Ceñudo, áspero, poco locuaz, la arruga de sus cavilaciones le cruzaba la frente como una sombra y se prolongaba hasta el hocico. Al fin gruñó:

— Debemos, cuanto antes, preparar la trampa.

Nueva aprobación, con un ladrido estremecedor, que él aplacó de inmediato. Nadie debía sospechar. Todo sería natural y perfectamente lógico. Jamás parecería una maquinación, pues podían alejar a sus aliados y unir a los Nobles.

— No será fácil.

Todos se volvieron. Era Amabilis, quien aprovechó para desperezarse lánguidamente y exhibir la más vesánica de sus sonrisas.

— Es audaz, inteligente, sagaz, y tiene admiradores.

Los Magníficos se estremecieron. Allí radicaba su miedo. Era un pointer de casta, atractivo, sexualmente fascinante para hembras y machos, y dotado de un verbo poderoso. Una personalidad hechizante y demoledora. Los cachorros lo admiraban, los viejos lo respetaban y las hembras le obedecían. En una época, todavía infante, fue un guerrero. Los Mayores, asustados del gran poder que fluía de él, quisieron eliminarlo. No pudieron. Demasiados canes importantes eran sus aliados. Lo entregaron a la estirpe de los Cazadores, quienes le lanzaron al abismo del Extrañamiento. Sin embargo él, valido de su seducción, venció la hostilidad de los Extraños y volvió, joven

todavía, más fuerte y menos romántico, haciendo temblar a sus verdugos.

Aún no era adulto, pero ya exhibía sus poderosos colmillos y las garras anchas y afiladas. Sabían que era un sabueso de noble raza, grande en su valentía y virtud, pero temible en su poder. Era un líder. No podían sentarlo con ellos en la Mesa de la Complicidad.

## *ACTO II*

Espadachín parpadeó frente al espejo. Una nueva arruga definía su ingreso a los Perros Adultos. Podía considerarse un adulto joven. Una breve mirada al pasado lo devolvió a su juventud guerrera, a la soledad del extrañamiento, al regreso, curtido de sufrimientos y rencores, y al propósito firme de vengarse de quienes, en su valentía utópica, lo degradaron, lanzándolo a los abismos de la iniquidad.

Vaciló, ofuscado por amargos recuerdos. El timbre de la puerta lo devolvió, abruptamente, al presente. No supo por qué tuvo la visión de un paisaje escabroso y árido. El extrañamiento. Sin embargo sonrió. Era Damisela.



Inteligente, perspicaz, atrevida y cauta, era la amiga que más amaba. Venía a ayudarlo. Iba a enfrentarse a los terribles Magníficos. Vestidos con el gallardo traje de los guerreros y hablando en nombre de los postergados, se enfrentaron a la raza de los Miserables y los vencieron, despojándoles del poder en el Cenáculo. Fueron héroes y mártires. Pero no tardaron en traicionar su linaje. Se tornaron crueles, vengativos y sanguinarios. Era la peor de las especies cánidas porque llevaban consigo las llagas de la ciénaga, revestidas de vendas sagradas.

Conversaron sobre la trampa. Nombrarían un jurado aparentemente imparcial y con las credenciales exigidas por la ley. Para enfrentarse a tal ardid solo contaba con sus méritos. Debía, entonces, hacerse acompañar por los Nobles, hembras y machos. Necesitaba de la multitud, única manera de intimidar a los Magníficos, pues temían a las masas. Aquellos Nobles que habían pretendido derrotar a los Magníficos llegaron adornados de todas sus prendas y condecoraciones, pero solos. Pecaron de ingenuidad y vanidad. Él debía mostrar cierta vulnerabilidad y permitir que la caravana de perros ofendidos acabara con la excelencia vesánica de los Magníficos.

Además, lo más previsible era que los Magníficos pactaran con los Miserables para derrotarlo. Introducirían en el jurado a uno de los suyos. En ese caso tocaba hacer malabarismos semánticos para

engatusarlos. Podía, también, ganárselos, pues a pesar de su mediocridad, odiaban a los Magníficos, quienes los habían desplazado del poder. Debía, entonces, apelar a todas sus artes y a cierta dosis de perversidad. La ingenuidad era el peor pecado al momento de aliarse a los Miserables y enfrentar a los Magníficos. La virtud nada podía contra aquella maldad inescrupulosa e implacable. Allí estaba el ejemplo de Golondrina.

Golondrina. Se interrumpieron e hicieron una pausa adolorida. Golondrina era una cocker eminente, sabia y virtuosa. Quiso entrar al Cenáculo, mas los Magníficos se lo impidieron. Solo sus hembras tenían ese derecho. Golondrina los enfrentó valientemente, pero con demasiada confianza en sí misma, y ellos la destrozaron. Su atrevimiento fue castigado en el Círculo del Conocimiento, la prueba máxima, y después encontraron su cuerpo despedazado en los pasillos del Cenáculo. Ni siquiera pudieron enterrarla, pues los Magníficos se opusieron. Los zamuros devoraron su cadáver durante días enteros sin que nadie pudiera evitarlo, pues tanto los Magníficos como los Miserables montaron guardia día y noche para impedir que la rescataran. Al final, los Magníficos quemaron sus huesos y los lanzaron al Abismo de la Iniquidad, para siempre.

Espadachín asintió. Todos los cancerberos, adultos, jóvenes y mayores, las hembras, los Nobles, serían convocados. Y ese día él desplegaría todos sus

talentos, lo mejor de sí mismo, teñido de una cierta malicia, de un toque cínico y agresivo, pues ante los Magníficos la expresión de una maldad arrogante era señal inequívoca de refinamiento y superioridad.

### *ACTO III*

La Gran Prueba empezó. Los aliados tomaron asiento. El público, compuesto por discípulos, principiantes, aspirantes y consagrados, apostaba por Espadachín. Éste fue hasta el Círculo señalado y el jurado hizo su entrada. Entonces, ¡oh, sorpresa!, el presidente era un Noble. ¿Cómo pudo ocurrir eso? Los Magníficos, a sabiendas de que el público estaba a favor de Espadachín, decidieron apaciguar los ánimos nombrando como presidente a un Noble. Era un pastor alemán, el más docto, venerable y sabio de los académicos, pero también el más viejo y cansado. Un anciano respetable, de más de noventa años, medio sordo, casi ciego, caminando encorvado y con un bastón. Una figura nominal, casi una medalla. Se llamaba César Talión, filósofo y filólogo. El digno César ocupó la Presidencia. Los Miserables se miraron consternados, pero los Magníficos lucían tranquilos.

¿Qué podía aquel perro senil, miope y sordo, contra su poder? No asustaba a nadie. Apenas se daría cuenta del engaño, y no se atrevería, en su endeblez orgánica, a contradecir a nadie.

El jurado fue ubicándose en los puestos designados. Todos representaban diferentes tendencias dentro de las corrientes ideológicas que se imponían en el Cenáculo. Negociaban votos, cargos, ingresos, concursos y ostracismos eternos. Espadachín esperó que ocuparan sus asientos. Hubo una pausa larga, en la cual las miradas se concentraron en la móvil figura del concursante. Al fin éste se detuvo en el centro y los miró a todos, solemne, relajado, seguro de sí mismo.

Se veía grandioso, imponente, puro. Como una montaña. Todos contenían el aliento, cautivados ante su presencia. El jurado, después de superar el impacto inicial de su aparición, lanzó las primeras preguntas. Eran difíciles, mefistofélicas, cargadas de galimatías y retruécanos, pero él respondía seguro de sí mismo, sonriente, casi impúdico, exhibiendo, además, un fascinante histrionismo. Volvía la cabeza rápidamente hacia el interrogador, clavando en él su mirada directa, desplazando el cuerpo como un bailarín diestro y sutil, con un lenguaje lógico e ingenioso, a la vez que alzaba las patas delanteras, movía el rabo, se detenía y volvía a empezar, cáustico, certero, pleno de dominio y seducción.

El público callaba, siguiendo cada una de sus palabras, de sus movimientos y gestos. Porque a la par que hacía su exposición, Espadachín asumía una actitud diferente. Podía ser un zorro gracioso, un can corajudo, un lobo implacable, una mascota cariñosa y encantadora o un monstruo amenazante y feroz. El Jurado no podía disimular su impresión, aunque pretendía ocultarlo bajo una máscara dura e indiferente. El público, en cambio, no la escondía. Lo miraban hechizados, hasta que no aguantaron más y estallaron en aplausos. El salón retumbaba. El presidente del Jurado, con una sonrisa complacida, se levantó de su asiento y también aplaudió.

El resto del Jurado permaneció rígido, chasquearon los dedos y de inmediato el oponente saltó. Espadachín sonrió, casi compasivo, hizo una reverencia y se dio vuelta, con el lomo engrandecido por el peso de su saber. Damisela se maravillaba ante la versatilidad de su amigo, y desde la Cima de los Olvidados, Golondrina sonreía.

El oponente inició su acto. Era un skye mestizo y chiquitín, un poco obeso, de escasa pelambre y una altivez cómica, un ser rimbombante y superficial. No parecía un Magnífico. Tampoco un Noble, ni siquiera un Miserable. Era un ser anodino, tartamudeante, casi payasesco en su torpeza y fatuidad. Era el candidato, el protegido del Decano y el Directorio, el futuro miembro de los Magníficos, dueños del Cenáculo. El jurado

recuperó la compostura, salvo el presidente, que se veía completamente aislado en su incredulidad. Los demás se movían inquietos. Aún estaban enajenados. El magnetismo de Espadachín los estremeció hasta los huesos, sin embargo, su aspirante estaba allí, haciendo el ridículo, pero confiado en el triunfo. Y ellos triunfarían, por encima de todo embrujo, de todo sortilegio, de toda la magnificencia real que podía desplegar Espadachín.

Éste, sentado entre el público, observaba el acto. Sus amigos, y hasta sus enemigos, no resistían la comparación. Aquel perro gordito y titubeante, con aires de grandeza y palabras torpes, despertaba lástima e indignación. Algunos hasta se preguntaban cómo había tenido la osadía de enfrentarse al guerrero en condiciones tan lastimosas. Su intervención duró poco, para alivio de todos.

El Jurado se retiró a deliberar y el público aguardó ansioso. Se comentaba que por cínicos que fueran no podían reprobar a Espadachín, y menos aún descalificar al gran César Talión, de cuya integridad no se tenía ninguna duda. Tal vez su orgullo y soberbia los llevaría a cometer una barbaridad, pues ya se habían visto otros casos. Ansiosos, temerosos, esperaban el veredicto. Al fin, las puertas se abrieron y apareció el presidente.

Pálido, desencajado, los ojillos indignados, el gran César contempló consternado al público. Todos

permanecían quietos y expectantes, incrédulos ante la intuición. Detrás del gran César apareció el jurado muy erguido, el gesto desafiante. Con aire solemne mostraron a todos el cartel: Espadachín era reprobado con cinco puntos, y el opositor ganaba el concurso con veinte puntos.

La multitud rugió, y sobreponiéndose a la sorpresa, se abalanzó sobre el Jurado, que se dispersó aterrado. Huían como ratas, dando brincos y chillidos, seguidos por el grito de una multitud que crecía y los acosaba. Al fin llegaron hasta los jardines y trataron de alcanzar la calle, pero la multitud se adelantó y cerró las verjas. Aullando desesperados, se refugiaron en las aulas y cerraron las puertas, mas ellos las derribaron a golpes y patadas. Despavoridos, saltaron por las ventanas y corrieron hasta los patios traseros, pero allí sus perseguidores los agarraron a piedra. Al fin, acorralados y sin poder escapar, se asilaron en las letrinas. La muchedumbre se detuvo, súbitamente callada, y con una sonrisa de satisfacción clausuraron las puertas. Después se dieron vuelta y convocaron de emergencia el Consejo Superior.

Reunido el Consejo, después de múltiples deliberaciones, tomó la siguiente decisión: el fallo de todo jurado es inapelable; sin embargo, aquel Jurado era espurio e ilusivo, y su veredicto especioso. Se imponía el criterio del presidente: Espadachín ganaba el concurso con veinte puntos, y el opositor debía

buscar otra ocupación. En cuanto al Jurado, se le condenaba a guardar, para siempre, las sentinas.

Aplausos, gritos, explosiones de alegría. Espadachín fue alzado en hombros, el honorable César besado por machos, viejitas y cachorros, y el Consejo Superior aclamado. Desde las letrinas, los Magníficos aullaban de rabia.



## UN VIAJE MUY IMPORTANTE

Antonia contempló la ciudad desde el balcón de su apartamento. Pronto emprendería el viaje más importante de su vida. Consultó el reloj y dio una última mirada a todo. Después tomó la valija y cerró la puerta. Amigos y familiares le estarían esperando en el aeropuerto.

Así fue. Cuando llegó hubo una pequeña algarabía. Exclamaciones, abrazos, besos, aplausos. Pasada la euforia se sentaron a departir. Hablaron del tema de su ponencia, del Congreso y del éxito que le aguardaba. Al fin llegó la hora de verificar los documentos.

Lentamente, la cola se desplaza frente a la agencia de viajes. La empleada revisó minuciosamente sus recaudos. De pronto pareció encontrar algo indescifrable, permaneció en silencio unos segundos y luego levantó el rostro inquisitivo y clavó en ella una mirada fría.

—Falta un papel.

El corazón de Antonia dio un vuelco, abatido por un mal presentimiento. Nerviosamente, abre el maletín, busca en todas las carpetas, en los bolsillos interiores, en los pliegues y hendiduras, y hasta en los cierres,

pero no encuentra nada. No, no puede ser. Ella ordenó todo la noche anterior y está segura de que no falta nada.

—Permítame —musita, y toma los papeles, examinándolos uno a uno—. Usted está equivocada. Aquí no falta nada.

Pero la mujer, la odiosa mujer, niega una y otra vez. Antonia la mira fijamente, intentando desentrañar una malignidad oculta. La cola de pasajeros se impacienta.

— ¿Puedo hablar con otro empleado?

—Sí, pero es inútil. Le dirá lo mismo que yo —y señala al más próximo.

Rápidamente, Antonia se dirige a la oficina siguiente. Los amigos la observan intrigados, como si intuyeran algo imprevisto. El funcionario toma los papeles, los revisa cuidadosamente, parece dudar ante algo, y de pronto alza la cara y la atraviesa con la misma mirada mortal.

—Lo siento. Falta un documento muy importante y así no podrá viajar —y le tiende los recaudos.

Antonia no puede hablar. Con las piernas temblorosas y un principio de ahogo en la garganta, se dirige hacia sus amigos.

– ¿Qué pasa?

– Pasa que no puedo viajar. Falta un papel muy importante.

Incrédulos, toman los documentos y los examinan. Todo está en orden.

– ¿Qué papel es?

Sin dudar más, se dirigen hacia la Administración. Mientras alegan con el personal, Antonia mira hacia la pista. Aún no ha llegado el avión. Sin embargo, las terribles palabras se repiten como un eco por todo el aeropuerto: “No puede viajar, no puede viajar”. Sus amigos regresan enseguida y le explican lo que sucede. Ella apenas los escucha. No puede concentrarse en nada, y sus pensamientos vuelan en círculos, como palomas asustadas. Solo aquel eco intermitente palpita en su cerebro, y las imágenes del simposio, a punto de empezar, la abruman. Ella lo abriría con su ponencia. Era la invitada especial, y sabía que su planteamiento era absolutamente novedoso y trascendental. Le aguardaba el reconocimiento de sus colegas, las felicitaciones, el triunfo. Ahora todo se ha perdido por un simple papel.

Los amigos aún sostienen la carpeta en sus manos. Antonia la toma y la introduce de nuevo en el maletín. Después, como si estuviera en una especie de sopor,

mira el aeropuerto. Su rostro apagado se detiene en la fila de burócratas que, ajenos a ella y al Congreso, han reanudado sus tareas. La congoja se convierte en rabia. Quisiera ir hasta ellos y abofetearlos, quisiera patear sus escritorios, sus computadoras, destrozar las vidrieras, lámparas y sillas. Sin embargo, permanece quieta, como entumecida. Al fin reacciona, toma sus cosas y se dispone a regresar a casa. Piensa, con una migaja de consuelo, que tal vez publiquen su trabajo en una revista especializada, de renombre internacional. Mas no era eso lo que verdaderamente deseaba. Ella quería el aplauso de todos.

Sus amigos la detienen.

—Espera. Hablaremos con el Gerente.

En ese instante anuncian que el avión ha llegado. Anonadada, sin poder creerlo, Antonia lo ve aproximarse. Es el vuelo de ella. No, no puede renunciar. Ella se irá. Y sin pensarlo más, acompaña a sus amigos hasta la Administración. A las preguntas de todos, la secretaria señala un lugar impreciso en el infinito espacio del aeropuerto. Un poco confusos, como extraviados, intentan identificar el lugar indicado. Antonia se siente desvalida. Un alacrán helado oprime su garganta. Todo su sacrificio, su lucha y desvelos, su orgullo, aniquilados por un maldito papel del cual nadie le dijo nada, nadie le informó nada. Automáticamente, sigue a sus amigos, mas de pronto se

da cuenta que ya no están. Se han ido. La abandonaron. Y súbitamente desesperada, como si percibiera que está enloqueciendo, mira para todos lados, buscándolos. Una multitud apresurada invade el aeropuerto y se desplaza en distintas direcciones. Está sola, completamente sola, con su fracaso.

De pronto los ve. Caminan de espaldas a ella, todavía perdidos. Con un suspiro de alivio, casi a punto de llorar, Antonia los alcanza. Al fin dan con la Gerencia. Toma asiento al lado de ellos, y en silencio, muy quietos y tensos, esperan el momento en que el hombre más importante de su vida aparezca y le informe si puede viajar.

Minutos más tarde, la puerta se abre. El gerente, gentil, ceremonioso, los invita a pasar.

—Señor gerente...

Pero él levanta una mano. Ya ha sido informado.

—Tal vez algo se pueda hacer. Deme sus documentos, por favor.

Con una leve esperanza, Antonia tiende la carpeta. Una vez más, manos extrañas manipulan sus documentos. Los soba, los desordena, los revisa una y otra vez, y vuelve a ordenarlos, mientras todos permanecen quietos y expectantes, sin apartar los ojos

de cada uno de sus movimientos. De nuevo, un rostro inquisitivo se levanta, los observa uno a uno, como a aquellos papeles, retardando la sentencia que condenará o absolverá su destino.

Y otra vez la temible frase, pronunciada con suavidad, con delicadeza, como excusándose, como apenado, y ellos, de uno en uno, alicaídos y mudos, abandonan las oficinas, mientras oyen al gerente que levanta el teléfono y da la orden del despegue.

Nada se puede hacer. Silenciosos y extenuados, contemplan el ir y venir de los viajeros, el quehacer de los funcionarios, las despedidas y bienvenidas. Al fin uno se atreve a hablar.

—No puede ser. No pueden hacerte esto. Alguien te está saboteando...

Antonia permanece en silencio, apretando contra sí el maletín que contiene la gran derrota de su vida, y la idea de una conspiración contra ella empieza a asaltarla.

— ¿Pero quién, quién?

Y su imaginación exaltada recorre una galería de posibles culpables. Tal vez el Director de la Escuela, quien se oponía a su viaje, tal vez la secretaria, quien equivocó la fecha del Congreso. O tal vez el colega que

envidiaba su profesionalismo. Tal vez... pero no logra concretar nada, precisar el victimario. Su angustia se hace insoportable. Ya no es impotencia, ni rabia, ni amargura. Es dolor.

Decidida a irse y llorar a solas en casa, Antonia se despide, mas uno de sus parientes la toma del brazo, y señalando a uno de los funcionarios, le dice:

— Parece que hay una posibilidad.

Y sin saber de qué posibilidad se trata, todos corren a la Administración. De nuevo una espera angustiada. El subalterno toma el teléfono y consulta. Habla pausadamente, gesticula, asiente y disiente, mientras ellos tratan de adivinar la respuesta de su interlocutor. Al fin exhibe una sonrisa brillante.

— Parece que harán una excepción.

Entiende que han detenido el vuelo. Los espíritus se reaniman, el aeropuerto ya no es una olla de presión, y Antonia, con su comitiva de plañideros, regresa a la butaca. “¿Qué irá a pasar?”, se pregunta, mientras trata de distraerse con el trajín de los demás. Cada quien se entrega a su rutina, sus amigos aguardan esperanzados, y ella, inquieta, mira alternativamente hacia la gerencia, la administración y el teléfono. También la pista está silenciosa. ¿Se habrá ido el avión? No, está ahí. Parece

un enorme animal congelado que espera, desde tiempos inmemoriales, su deshielo.

Sin embargo, siente una gran desazón. Todo está demasiado quieto. Es como si el tiempo se hubiera detenido y todos quedaran suspendidos en un instante eterno. Desde su exilio, en el ancho butacón, podía ver el aeropuerto en una especie de adormecimiento, y aunque los empleados continuaban trabajando, y las oficinas permanecían abiertas, nada parecía moverse. Aún ella y sus amigos estaban inmóviles, sin hablar ni mirarse, como si no supieran nada el uno del otro. Tuvo miedo. ¿Acaso alguien había decretado la paralización de todo para que ella no pudiera viajar y perdiera la gran oportunidad de su vida?

Pero no. Está desvariando. Lo sucedido, y la impresión de que el presente significara, dentro de poco, un pasado inmodificable, la hacen alucinar. Es cierto que todo está demasiado quieto, pero solo será por unos momentos. Pronto alguien hablará, el teléfono debe repicar, alguno de los empleados habrá de llamarla. Sin embargo, la Administración parece ignorarlo todo, el gerente, de pie en la puerta, ni la mira, y el maldito teléfono no suena. ¿Y si no...? Tensa, con los músculos contraídos y el corazón palpitante, espera el timbrazo que definirá su futuro. Nada sucede. Está a punto de estallar, cuando ve que el gerente se dirige directamente a ella, y de nuevo la asalta un mal presentimiento. Un pesimismo amargo aprieta su



garganta con dedos de fuego. No pueden esperar más. Los pasajeros reclaman, y la llamada telefónica no llega.

—Está bien —musita—. Y repentinamente el aeropuerto toma un ritmo inusitado.

Todos se alistan, recogen abrigos y maletines y bajan presurosos a la pista. Ella sigue inmóvil. Siente el alma caída a sus pies, arrugada, pisoteada por unos y otros como un trapo inservible. Experimenta una ambigua sensación de certidumbre e incredulidad. El avión, en ese instante, enciende los motores y se alista para el despegue.

Entonces suena el teléfono, y todos, al unísono, se vuelven hacia el empleado. Este, nerviosamente, toma el auricular, y una interrogación muda sigue cada uno de sus gestos. Al fin cuelga, los mira a todos y todos lo miran a él, pero nadie se atreve a hablar. Tímidamente, alguien se aventura.

—Quién sabe, vamos a ver, parece que sí —dice, con el acento dubitativo de quien duda de la información dada, o del que se ve obligado a mentir.

Todo se ha tornado irreal, burlesco, una especie de pantomima, de sueño continuo. Antonia tiene la impresión de vivir dos instantes diferentes, el del sueño y el del despertar, pero idénticos y terribles entre sí, como hermanos gemelos y monstruosos.

De pronto, alguien presiona su brazo. Va a viajar. Rápidamente le colocan el abrigo en los hombros y la empujan.

– ¡Preparen el avión!

Y en segundos, el vértigo. La halan, la gritan, la zarandean, la apremian: por aquí, por acá, entregue este papel, no, ése no, éste, vaya para allá, quédese quieta, muévase rápido, espere, ¿ya está lista?

– ¡Por favor, señora, apúrese!

Y se para, y corre, la llevan en andas de una oficina a otra, de un escritorio a otro, de una cara a otra. La marean, la emboban, la enloquecen. En medio de la barahúnda alguien dice que no pueden aguantar más el avión, los viajeros se quieren ir, y ella mira el aparato que arranca, con un silbido apremiante que taladra sus oídos y sus nervios, y los pasajeros asomados a las ventanillas, agitados, airados, como gusanos de un enorme cuerpo indigesto. El vientre le duele, le duele la cabeza, se le enredan las piernas, unos la arrastran, otros la detienen, y ella no sabe qué hacer más que apretar el maletín y mirar el avión. Se va, Dios mío, se va. El aparato aumenta su rugido e inicia una curva, y ella se queda paralizada, esperando el momento en que levante vuelo. Alguien la sacude:

—Oye, ¿qué te pasa? El avión se va y tú ahí, parada, temblando.

La nave crepita, silba, truena, está a punto de arrancar, y miles de gargantas gritan:

— ¡Ya va, ya va, paren el avión, párenlo!

Pero el aparato no se para sino que sigue deslizándose suavemente, despaciosamente, y ella ahí, petrificada, sin poder quitarle los ojos de encima, y todos claman: “¡Corre, corre!”. Y al fin, como si le pegaran una patada por el culo, salta y corre, pero no alcanza el avión, no puede alcanzarlo, y todos “¡Apúrate, apúrate!” y ella ahogada, dando traspies, cayendo y parándose, y de repente no, ya no, suelta el maletín y se queda mirando el avión que sigue su curso cada vez más rápido, cada vez más libre. Sus amigos la alcanzan.

— ¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?

Ella contesta, alzando los hombros:

— Pasa que no me voy.

Los amigos insisten:

— ¿Qué dices? Todavía tienes tiempo ¡Corre!

Pero ella niega con la cabeza y repite.

—No, no voy.

Empieza a retroceder, sin darse vuelta, como si temiera que al volverse la traicionen y la lleven cargada al maldito avión.

— ¿Pero por qué, por qué? ¡Tanto que has luchado!

Mas aquellas palabras ya no la conmueven.

—Me voy al carajo —afirma rotunda, y ahora sí se da vuelta y se dirige hacia la salida, dejándolos a todos atrás. Ya está ante la puerta de vidrio, y se ve a sí misma, apenas un relieve en la penumbra de la sala, y a sus amigos, sombras titubeantes, reflejos de un sentimiento, de un deseo, de una muerte. Y más allá, el aeropuerto, con sus piezas quietas, juego de luces quebrándose, a horcajadas sobre un inmenso lienzo que se extiende cada vez más y se borra tras sus pasos.

## EL ESCAPARATE DE CARTÓN

Era una delicia verla trabajar. Primero dispuso todo en el patio, trazó las líneas sobre el cartón, y luego empezó a cortar. A su lado el metro, y en un papel las indicaciones dadas por el hijo. Poco a poco fue armando el mueble. Cuando estuvo listo lo puso en pie, y lo observó un rato. Era un escaparate. Estaba bien cortado y solo faltaba pegarlo. Cuidadosamente puso las piezas en el piso y salió a la calle. Regresó con una caja de chicle. Mascó lentamente el chicle, luego sacó la pelota ablandada con saliva, la masajeó y formó tiras con las que empezó a pegar las láminas. Al finalizar levantó el escaparate. La parte de arriba tenía un solo espacio, amplio, abajo estaban las divisiones horizontales, y en la base tres gavetas. Esperó un rato, y con suma atención palpó el chicle. Ya estaba duro, las hojas y los entrepaños se sostenían bien. Abandonó su obra, la contempló a cierta distancia, y pareció satisfecha. La hija y las nietas la contemplaban curiosas.

Almorzaron en silencio.

— Parece que va a quedar bien — comentó.

Las nietas no decían nada. No era costumbre consultar a los niños. Sin embargo, miraban fijamente la obra de la abuela. Nunca habían visto un escaparate de cartón. En realidad, en la casa no había escaparates. Todas colgaban la ropa en ganchos sostenidos por clavos. Fue ocurrencia de la abuela hacer aquel mueble para guardar sus cosas.

—Nadie se meterá con él ni con lo que guardaré adentro.

Era una orden, y las órdenes de la abuela se respetaban.

Terminado el almuerzo volvió por las tijeras, sacó un montón de revistas y empezó a recortar fotografías de estrellas del cine. Las picaba siguiendo el contorno de las cabezas, procurando no dañar el cabello, y poco a poco empapeló el escaparate con ellas. Se veía muy lindo. Las niñas veneraban a los artistas. Allí aparecían las grandes luminarias del momento, todas fascinantes. Nunca habían ido al cine, pero conocían sus rostros por aquellas reproducciones que ella guardara, y por las veces en que el tío las trajera cuando iba al único cinema de la ciudad.

Amaban las películas. Resumían todas sus fantasías, y aquellos seres eran como dioses que sonreían desde las alturas olímpicas, nimbados por la riqueza, el éxito, la belleza y la inmortalidad. También a la abuela y la

madre les gustaban, pero nunca iban al cine, y en la dura lucha por el pan diario, se contentaban con guardar los grabados y contemplarlos como extrañas preciosidades. Las pequeñas también se deleitaban con ellas y juntas compartían esos breves instantes de ensueño. Era como si, por unos minutos, habitaran otro mundo.

—No es diversión para niños —argumentaba el tío cuando le rogaban que las llevara al cinematógrafo—. Cuando estén más grandecitas...

Aquel consuelo les sonaba demasiado lejano. Blanca tenía diez años, Elena nueve y Graciela seis. Por ahora se contentaban con mirar aquellas fotografías sublimes pegadas con almidón en las láminas de cartón.

Eran pobres, demasiado pobres. El padre, septuagenario, había muerto arruinado y dejó una viuda joven con tres hijas pequeñas. La señora Espiritu peleaba constantemente con el yerno, reprochándole su fracaso. Se odiaban, y cada uno, en silencio, deseaba la muerte del otro. Él se fue primero, y la única compensación es que era una boca menos. Llevaban una vida miserable, cuya tristeza y problemas eran interrumpidas por las travesuras de las niñas. Sobrevivían haciendo granjerías para su venta en las bodegas. Al menos, el padre les aseguró una casa propia. Y el tío Noé, como el Noé bíblico, las salvaba

del naufragio llevando víveres de un pequeño negocio que tenía en el Mercado Principal.

La abuela guardó sus escasas pertenencias en el armario. Atravesó el cartón con un tubo y allí colgó la ropa de casa y la interior, la de vestir, su único suéter, los zapatos nuevos y algunos recuerdos. Las pequeñas no aguantaban la curiosidad, y aunque sabían lo que el armario contenía, querían abrirlo para solazarse con los modestos lujos que atesoraba: el vestido de novia de mamá, los velos de misa, la losa y las fotografías familiares, en especial la del matrimonio de sus padres, y las de ellas recién nacidas.

Sin embargo, nadie desobedecía a doña Espíritu. Tampoco la hija, que además de dócil y amorosa, estaba siempre ocupada. No había tiempo ni disposición para alborotar recuerdos. Además, las obligaciones no les daban tregua para evocar ilusiones, y las amargas guardadas durante años adormecieron las tentaciones.

La gran alegría de la casa era cuando llegaba el tío Noé, porque además de ser el único hombre de la familia, era el proveedor de alimentos y dinero; tenía un camión donde transportaba la mercancía y en el que a veces, todas apretujadas pero contentas, las llevaba a pasear.

Un día, el tío trajo una mala noticia: el mercado se incendió y perdió la mercadería y los reales que



guardaba adentro. Aquella mala nueva fue devastadora.

— Me repondré — dijo.

Vendió el camión, abrió una puerta exterior a la sala y puso una tienda. Ahora permanecía un poco más en casa. Fue una ayuda maravillosa. Reparaba techos y tuberías, jugaba con las niñas y empezó a alfabetizarlas.

— ¿Por qué las niñas no van a la escuela? — preguntó un día.

— Porque no pueden. ¿Con qué?

— Bueno, que por lo menos Blanca empiece a estudiar.

Y la llevó a la escuela pública a cursar el primer grado.

La escuela fue una revelación para la familia. Salvo el tío Noé, eran analfabetas. Cuando Blanca empezó a leer y escribir e hizo los primeros números, parecía cosa de magia. Todos celebraban sus logros. El tío Noé hizo algo prodigioso. Además de los textos de estudio les regaló libros de cuentos y ya las noches no eran tan tediosas ni largas en la oscurana. Prendían velas y escuchaban, con la imaginación al vuelo, los cuentos de hadas que Blanca les leía en voz alta, además de deleitarse con las preciosas ilustraciones de la Reina y

Blanca nieves, de la Cenicienta en su carroza, o de la Bella y la Bestia. Nunca habían sido tan felices.

Un día llegó con una bolsita de plata y se la entregó a doña Espiritu.

—Es para el negocio —dijo—, y ella corrió a guardarla en el armario.

El hijo se quedó pensativo, mirando dudoso aquella obra maestra del ingenio doméstico. Por primera vez se detenía a observarlo. Movi6 la cabeza.

—No, mamá, el dinero no está seguro ahí.

—Aquí ninguna es ladrona —replicó.

Y él, renuente:

—Traeré un ropero nuevo.

Aquel fue un acontecimiento extraordinario. Se agolparon en la puerta esperando el camión con el mueble nuevecito. Emocionadas, tocaban la madera pulida, los pomos labrados, las puertas y gavetas impecables. La abuela empezó a mudar todo como si se tratara de una ceremonia sagrada. Cuando guardó la bolsita repleta de monedas, probó varias veces la eficacia de cerraduras y llaves.

El escaparate de cartón fue sacado de su rincón y colocado en la calle, a la espera de que el aseo se lo llevara. Elena lo vio solitario, abandonado y desnudo y sintió lástima. Empezó a llorar. Ella no quería que lo botaran. Le parecía bello, con sus puertas estampadas, sus cajoncitos y repisas, y los secretos que una vez custodiara. Era como una persona mayor que le contara cuentos, que le hablara de sus recuerdos.

— Ahora guardaremos todo en éste — dijo la abuela, señalando el nuevo, fulgurante en su armazón de caoba pulida.

— Ese no me gusta, quiero el otro.

— ¿Para qué? Tenemos uno nuevo y bien bonito.

— Pero yo quiero ese.

Volvieron a meterlo y lo colocaron cerca de su cama.

— ¿Vas a guardar tus cosas ahí? — preguntaron sonreídas, pues apenas tenía ropa, las sandalias de casa y un par de zapatos.

Dijo que no. Éste lo había hecho la abuela, le gustaban las fotos de artistas, y ahí guardaría sus libros de estudio, sus cuentos y dibujos.

— Todavía no has empezado a estudiar — le dijeron.

—Pero pronto iré a la escuela —replicó, esperanzada.

No lo sabía con certeza, tampoco podía explicarlo, pero ella amaba ese escaparate, torcido, endeble, cómico.

—A mí me recuerda lo pobres que somos —le dijo Blanca.

A ella le recordaba la abuela cortando los moldes, uniendo las frágiles puertas con chicle, los cajoncitos con sus bordes reforzados y, sobre todo, las fotografías pegadas con engrudo. Estaban delicadamente enmarcadas como un rompecabezas, con los artistas sonriendo desde su mundo fabuloso, pletóricos de vida y sueños. Los sueños de ella, que se imaginaba viviendo con aquellos dioses en su Olimpo.

— ¿Cuándo iré a la escuela? —preguntó un día al tío.

—Cuando cumplas los once.

Ella sonrió. Faltaba poco, y con gran entusiasmo empezó a hojear los libros de Blanca y a colaborar con sus tareas. El tío, contento por su interés, le dio unos coscorriones en la cabeza.

—Deje que haga un dinerito y la inscribo rápido.

Entendió que el tío no tenía dinero suficiente y por eso trabajaba tanto. Empezó a contar las veces que venía

con su pequeña fortuna a depositarla en el escaparate nuevo, y sintió el deseo vehemente de tener su propio tesoro, de ahorrar como él para cumplir su sueño. Ya tenía su guardarropa, ahora faltaba guardar en él las monedas necesarias para pagarse sus estudios. Además, su amado ropero tenía derecho a cobijar dentro de él sus ilusiones.

Llena de emoción, empezó a decorarlo con sus dibujos. Paisajes de flores y pájaros enmarcando los rostros de la familia, adornaron el interior de las puertas. Todos se maravillaron cuando se los mostró. Pintas muy bonito, comentaron, y la animaron a continuar adornando los toscos cartones. Elena se esmeró, y llegó a crear mundos míticos, donde duendes y hadas compartían espacios floridos con lagunas azules, mariposas y animales mitológicos. Eran muy bellas. Ahora el armario recuperaba su antigua función. Sería el cofre que contendría su pequeña riqueza, aquella que le permitiría ir a la primaria.

Todos los viernes el tío Noé llegaba con su preciado saquito de monedas para que la abuela lo guardase bajo llave. Elena tuvo una súbita idea. Ni corta ni perezosa, aprovechó un descuido de la abuela para tomar uno de los talegos y trasladarlo a su armario. No tenía llaves, de modo que cosió las monedas al ruedo de sus vestidos, disimulándolas con un dobladillo. Al cabo de unos meses, el tío Noé dijo:

—Mamá, vamos a contar el dinero. Creo que está completo.

No se asustó. Sin saber por qué se sentía invulnerable, como si los rostros risueños de sus artistas, como si los gnomos y deidades de sus pinturas fueran sus cómplices y la protegieran. Sin embargo, el tío Noé frunció el ceño cuando terminó de contar.

—Falta un saquito.

Y la abuela, confundida, le preguntó si estaba seguro.

—Completamente —y sacó una libretita llena de anotaciones. Después confirmó:

—Falta uno.

Enseguida cundió la alarma. Interrogaron a las tres niñas. Todas negaron. Elena permanecía imperturbable. Su escaparate tenía derecho a guardar dinero. Para eso lo habían hecho, para custodiar cosas valiosas. La madre fijó en ella sus ojos adivinatorios. Conocía a las tres hijas, además solo ella tenía un mueble para depositar corotos.

—A ver, abre tu escaparate.

Elena corrió a abrirlo. El armario, con las puertas de par en par, parecía un ángel desnudo e indefenso.

La madre empezó a revolverlo todo. Nada, el dinero no aparecía. Entonces sacó cuanto contenía. El corazón de Elena dio un salto cuando comenzó a palpar la ropa. Se incorporó, triunfal:

— Aquí está.

Descosió los ruidos y las monedas saltaron, acusadoras, al piso. Todos la miraron. Ella palideció, pero se mantuvo erguida, como si aquel fuera su derecho. La abuela fue a buscar el reajo.

— Es una ladrona — comentó.

Estaba furiosa y sus manos temblaban. El tío se anticipó:

— ¿Por qué lo hizo?

Y Elena, temblando de miedo, pero sin llorar ni retroceder:

— Es para mis estudios.

Guardaron silencio. La abuela dejó caer el látigo; la madre permanecía tras el tío, esperando su decisión. Él recogió las monedas y se las entregó.

— Está bien. Será para sus estudios, pero esa no es la manera. Pudo pedírmelas.

Ella balbuceó, temerosa, sin entender lo que había hecho, sin poder explicarlo, pero segura, en el fondo de su corazón, que no había procedido mal, que no lo hizo por mal.

— Él tiene derecho — tartamudeó.

— ¿Él? ¿Quién?

— El escaparate de cartón. Es mío, y también puede guardar dinero. Es más bonito, y lo hizo mi abuela. Mejor que ese otro que usted trajo.

De nuevo se quedaron mudos. Estaban molestos, pero les gustó su valentía. Elena salió corriendo y se tiró en la cama, sin parar de llorar. El tío se acercó.

— ¿Qué es lo que dice?

Y ella, balbuciente, asustada, pero invencible:

— Ustedes lo botaron, ya no les servía. Yo lo salvé, ahora es mío, y tengo derecho a guardar en él mi platica. Además, es mucho más bonito, y yo quiero estudiar.

El tío tendió sus brazos.

— Entiendo. Es su vida — Elena asintió y él la abrazó—. Está bien. Es su escaparate y será su dinero. Ahora,



cuando complete el mío, le daré un poco más, y la inscribiré en la escuela.

El rostro de Elena resplandeció de alegría. Blanca y Graciela corrieron a abrazarla. También estaban asustadas y temerosas de que le pegaran, pero ahora la besaban felices. Detrás de ellas, abuela, madre y tío miraban conmovidos.

—Vamos —dijo la madre—. Es hora de comer.



## EL TESTAMENTO DEL DIABLO

Miguelina nunca supo qué misteriosa fuerza, o qué sueño extraño, se adueñó de ella una noche, la sacó de la realidad y la trasladó, en segundos, a un espacio y tiempo desconocidos. De pronto se vio lejos de la Tierra, sobre una especie de planetoide, contemplando la magnificencia del universo. Sin embargo, no estaba tan lejos de su propio planeta. Desde allí lo veía, azul y oro, palpitando en la inmensidad. Entonces pensó en lo hermoso que sería escribir la historia del mundo.

La Historia del Mundo, con sus grandezas y miserias, sus tragedias y su patetismo. Era demasiado para una simple mortal, solo que la majestuosidad de su visión la obnubilaba. Fue entonces cuando sintió un leve roce sobre su hombro y al volverse topó con un extraño ser, una especie de duende o enano. Se sobresaltó. Jamás pensó que allí existiera alguien. Era un ser enteco, pálido, de ojos tristes. Ante su asombro, la apuntó con el dedo y le dijo:

— La Historia no te pertenece.

— ¿Quién eres? ¿El habitante de este lugar?

Él negó con la cabeza.

—No. Soy el Emisario del Diablo.

Miguelina se paralizó.

— ¿Estoy en el infierno?

—No. Estás donde debes estar. Fuiste enviada aquí porque tienes una misión que cumplir.

Miguelina enmudeció. No sabía si era verdad lo que el pequeño demonio decía, pero todo era demasiado atractivo e insólito para negarse. Por un instante quiso despertar, volver a la Tierra y hacer su vida normal, pero el hermoso planeta, danzando en su niebla azul, la envolvía en el misterio y la tentación. Se dijo que aquel deseo debía ser demasiado intenso para que la lanzara al espacio, y demasiado trascendente para que Lucifer se ocupara de ella. Si todo aquello era cierto, el único que podía explicárselo era el diablillo. Se volvió a él:

— ¿Qué misión es esa?

—Debes esperar. El Maestro se aparecerá cuando lo considere conveniente. Él es el dueño de la Historia.

De pronto el planetoide se desplazó como una nave, cruzó el infinito y la hizo caer en una estrella. Aturdida, apenas pudo levantarse del suelo y mirar alrededor. Estaba rodeada de una luz intensa. No veía

nada, pero no quiso asustarse. Le habían ordenado esperar y esperaría. Poco a poco la luz cegadora se diluyó y ante ella apareció una ciudad. Una ciudad inmensa, de calles impecables, desierta, umbrosa, parecida a aquella de donde provenía, pero tan grande que se perdía a lo lejos. En mitad de la avenida se agitaba un enorme cono de papel, muy iluminado y con una abertura en su centro. Parecía esperarla. Adentro, un viejo rodeado de anaqueles y pergaminos leía detenidamente. Comprendió que aquella escena tenía que ver con ella y entró. El viejo se volvió. Tenía el cráneo pelado y los ojos cansados. Sin embargo pareció reconocerla:

—Entra. Vienes de allá.

No señaló ninguna parte, pero Miguelina asintió:

— ¿Usted es el Demonio?

—No. Soy su representante —arrastró la silla y se levantó—. Vamos.

Caminaron un rato por la ciudad umbrosa hasta llegar a una avenida amplia y extensa. Al final divisó una hilera de personas. Parecían esperar algo frente a una taquilla. El viejo se acercó y los empujó a todos, sin que nadie protestara, ubicándola de primera. La taquillera parecía adormecida.

– ¿Sobre qué quieres escribir?

El viejo susurró algo en su oído y ella repitió:

– Sobre la Edad Media.

La mujer asintió y le dio un ticket. Enseguida el viejo desapareció, todo pareció esfumarse, y ella se vio sola frente a la avenida desierta, con el boleto en la mano y mirando a todos lados. De pronto se oyó un fuerte golpe y en mitad de la calle se abrió un cráter. Una figura tremebunda, vestida de negro y portando un bastón, apareció frente a ella, devorándola con sus ojos ardientes.

– ¿Eres el Demonio?

– Sí – dijo él, con voz ronca y tronante—. Vengo a hacerme cargo de ti. Seré el tutor de tu tesis.

Enseguida dio un toque suave con el bastón y entraron al cráter, en un fuego que no quemaba. Miguelina se aferró a su mano y juntos cayeron al Averno.

Y allí estaba el Averno: blanco, resplandeciente, todo de hielo y nieve, con un aire gélido que cortaba el aliento e impedía cualquier contacto. Miguelina, con los miembros entumecidos, seguía prendida a la mano del Diablo, que parecía un helado trozo de carne. Tuvo

miedo. Satán era un cadáver gigantesco que la llevaba hacia la Nada, hacia la inmensidad blanca y helada.

– ¿A dónde vamos?

El Demonio apretó su mano:

–Vamos a donde mora el conocimiento –y continuaron caminando.

Entre la niebla aparecieron los condenados. Deambulaban solitarios, perdidos, sin verse uno al otro, y mirando obsesivamente frente a sí, como si una luz cegadora los atrajera hacia ella. Miguelina se detuvo y preguntó por qué erraban de aquella manera.

– ¿Qué miran?

–Su pasado. La razón por la que están aquí.

La marcha parecía interminable. Al fin se detuvieron ante un río. El Demonio la alzó y se arrojó a las aguas. Miguelina se vio envuelta en una vorágine que la disparaba en distintas direcciones y le hizo perder toda conciencia. En vano llamaba a Lucifer. La había abandonado en el cauce tumultuoso.

–Dios mío, ¿qué será de mí? –Clamó—. Y de pronto las aguas cesaron, el remolino desapareció, y se vio

sentada en una playa desierta, rodeada por una luz cegadora.

— ¿Tú eres Dios? —preguntó.

—No —dijo la luz—. Soy el alma de la Edad Media.

Y allí estaba el alma de la Edad Media. Una claridad traslúcida sobre la que se extendía una inmensa telaraña con un arácnido gigantesco, observándola con su único ojo. Miguelina cerró los ojos aterrorizada, temiendo que la devorara.

—Debes violarme —dijo la claridad.

El insecto se desplazó lentamente, la enredó en sus patas y la arrojó al espacio. La claridad se rasgó con un estremecimiento y Miguelina se deslizó dentro de ella. Enseguida todo se tornó negro y solo percibía un extraño quejido. A pesar de la oscuridad, vislumbraba figuras estáticas. Era una gran multitud, perdiéndose a lo lejos. Permanecían sentados, como dormidos, como si esperaran el momento, o la señal indicada, para despertar. A pesar de que nada se oía, tapaban sus oídos, y aunque nada se veía, mantenían los párpados cerrados. De pronto se escuchó un bramido y los durmientes apretaron aún más sus párpados, y se mantuvieron rígidos en su postura. Tras ellos aparecieron jinetes oscuros sobre bestias monstruosas. Los jinetes portaban guadañas en forma de cruz, de



espada, de palmas y cofres de oro. Sin embargo nadie intentó huir. Hieráticos, inmóviles, aguardaban la orden.

Los centauros se detuvieron. Todos percibían su cercanía, pero permanecieron quietos. Los verdugos desplegaron sus pergaminos. Estaban obligados a repetir el pecado por el cual entraron allí, día y noche, sin pausa ni descanso. Debían, por siempre jamás, revivir el horror de su obra, escuchar los ayes y maldiciones de sus víctimas, cada día, cada noche, cada segundo. Después abandonarían su papel de victimarios para convertirse en víctimas, servir a quienes hirieron, y sufrir en carne propia cuanto hicieron a otros, atados todos a la misma máquina infernal. Así conocerían todas las abyecciones del ser humano. Una vez hartos del mal, sembrarían la semilla del pecado en las generaciones venideras, haciéndolos portadores del estigma para que las multitudes perpetuaran su existencia, y prolongaran, por siempre jamás, sus desventuradas acciones. Terminada la lectura, cerraron los pergaminos y miraron a la multitud ciega y adormecida. Se escuchó un lamento a lo largo de los antros, y de nuevo la quietud y el silencio. Poco a poco fueron levantándose, cada uno tomó el signo que le correspondía, y ejecutó la sentencia.

A lo lejos se escuchó un bramido. Dos carrozas fulgurantes avanzaban seguidas por un coro de voces

plañideras. Dentro, sentados cada uno en un trono, estaban un Papa y un Rey. Avanzaron hieráticos y majestuosos, esgrimiendo la espada y la cruz. Eran gemelos. Idénticos los rostros, idénticos los rasgos, idéntica la expresión. Se detuvieron ante un altar guarnecido por guerreros alados, y en su centro, una cruz invertida. Iniciaron un rito. Del altar brotaron llamas que los envolvían en su niebla, iluminaron sus rostros impávidos, y dibujaron figuras fantasmales danzando a su alrededor. Se oyó un estruendo espantoso, como si los cimientos de aquel antro se derrumbaran, y se impuso la oscuridad. Ya nada se vislumbraba. Miguelina deambuló entre las tinieblas, buscando cualquier cosa que la orientara. Un extraño chillido la hizo volverse. Las carrozas reiniciaban su marcha, alumbradas por antorchas. El Sumo Sacerdote y el monarca continuaban su desfile, con los mantos ensangrentados, y la tiara y la mitra convertidas en diademas flameantes, cargadas de espinas. Después, la oscuridad se los tragó, y el coro reinició su canto luctuoso.

Miguelina cerró los párpados. No quería ver nada más, no quería ser testigo de aquella escena dantesca. Sintió a su lado una bocanada de fuego y rápidamente los abrió, temiendo que a su lado estuviera un verdugo.

— ¿Serás mi esbirro?

—No. Soy Satanás, tu maestro. Debes volver conmigo y escribir tu historia.

De nuevo tomó su mano y, raudamente, se lanzaron fuera del alma del Medioevo. Atravesaron montañas y valles hasta que se detuvieron ante una caverna.

—Aquí es —dijo Él.

Miguelina retuvo su mano.

— ¿Por qué me hicieron escoger la Edad Media?

—Porque es el tiempo en que más me perteneció la Humanidad —respondió, y repentinamente, desapareció y se vio sola frente a la Caverna.

Allí adentro, iluminado por la débil luz de un candil y encorvado sobre enormes pergaminos, estaba el viejo del cono de papel. La miró como si nunca se hubieran separado, como si supiera cuánto había acontecido. Se levantó del taburete y la invitó a sentarse.

—Vienes a sustituirme —dijo, con un suspiro de alivio.

Miguelina recorrió con sus ojos la Caverna.

—Está demasiado oscuro. Así no podré escribir.

El viejo arrimó el candil, puso un tintero y alisó sobre la mesa grandes pergaminos nuevos.

—Escribe. A medida que escribas se hará la luz.

Miguelina se sentó y empezó a escribir, mientras el viejo, metido bajo su manto, se perdió en la oscuridad.

## ECCE HOMO

El señor Suárez, ya en el umbral de la vejez, comenzó a padecer un fuerte estreñimiento. Iba al excusado, trataba de cagar y no podía. Se concentraba, pujaba, empezaba a sudar, descansaba unos segundos, volvía a insistir, y nada. Entonces fue al médico y éste le recomendó un cambio de dieta, caminar al menos media hora diaria y tomar mucha agua. Así lo hizo, pero el estreñimiento no aliviaba.

El Sr. Suárez empezó a desesperarse. A la hora que acostumbraba evacuar sentía el pelotón de mierda amontonado en el culo, pugnando por salir. Entonces, casi con miedo, pero obligado por las circunstancias, iba a al inodoro, trataba de cagar y no podía. Ya no hallaba qué hacer. Si insistía, le ardía el culo y le acometían fuertes cólicos, y si desistía, el mojón se le atoraba en los intestinos y dolía que jode. Así se quedaba un rato, sudando, aguantando los retortijones, pujando, hasta que sentía un dolor agudo, una punzada en el vientre, y poco a poco el mojón empezaba a moverse, se arrastraba dificultosamente, pegaba un brinco y ¡pum! caía en la taza, con un golpe seco y duro. Le parecía mentira. Lo había logrado. Todavía sin convencerse permanecía unos minutos sentado y pensativo, y luego se levantaba y lo contemplaba. Al rato soltaba el agua, viendo cómo se iba aquel dolor de los dolores, y

después, ya cansado y con el culo todavía ardiendo, se lavaba cuidadosamente, mientras se preguntaba hasta cuándo iba a pasar por aquellas penurias.

¿Qué podía hacer? Volvió donde el médico. ¿Por qué experimentaba un estreñimiento tan fuerte? Era un hombre sano, con una vida tranquila. Cuestiones de la edad. La vejez revienta por un lado o por otro. Mientras averiguaba, le envió unos supositorios. Se los colocó según lo indicado. Al principio hacían efecto, pero al poco tiempo eran inocuos. Entonces, con toda la resignación del mundo, iba de nuevo hasta el excusado, se sentaba y pujaba. Podía sentir el leve movimiento, el peso agitándose dentro de los intestinos, tratando de obedecer la orden, pero sin poder cumplirla. El señor Suárez alzaba sus ojos al cielo: “¿Hasta cuándo, Dios mío, hasta cuándo?”, pero el cielo permanecía callado, y él, patiabierta sobre la tapa del excusado, cansado y harto, volvía a insistir, hasta que empezaba a sentir los retortijones, preámbulo a su alivio. Ese era el ritual cada tantos días, pero una tarde las cosas se complicaron. Después de muchos esfuerzos, el mojón quedó atorado y por nada del mundo salía. Permaneció unos minutos pujando, pero no tuvo éxito y los cólicos se hacían cada vez más fuertes. Empezó a desesperarse.

— ¿Qué hago, Dios mío, qué hago?

Imposible quedarse así, tenía que expulsarlo, mas todos

sus intentos eran vanos. Al fin, entre bufidos y suspiros, logró sacarlo y sonrió esperanzado, pero entonces se detuvo y quedó colgando como un plátano. La sonrisa se deshizo y frunció el entrecejo, pensando en cómo diablos podía deshacerse de él. Pensó en sacarlo con una mano, pero apenas lo tocó se le desmenuzaba en los dedos y sintió asco. Era imposible. Permaneció un rato con el bollo guindando hasta que al fin, en el colmo de la desesperación, lanzó un aullido feroz, saltó y pujó, y el cagajón salió disparado, rebotó en la tapa y cayó al fondo de la taza en un totazo, como un suicida que cae de un octavo piso. El señor Suárez se quedó mudo y tieso, impresionado por lo sucedido. Corrió hasta el wáter, incrédulo, y allí estaba, grande, grueso y duro. Milagro de Dios, sí, ahí está, dando vueltas en el agua como un bebecito inocente que no sabe nada de las angustias causadas a su progenitor.

¡Progenitor, eso es! Es el progenitor de ese poco de mierda, lo parió como una mujer pare un hijo, sudando, sufriendo, gritando, pidiendo a Dios y a la Virgen, implorando al médico, a la enfermera, a todo el mundo, porque ya no puede, no puede más, puja y puja y cree que se va a morir, y maldice al marido, maldice ser mujer, se acuerda de la mamá, pero sigue intentándolo, sigue pujando, hasta que de repente lanza un alarido porque ahí está, en la entradita, y no puede devolverlo, ni trancarlo, ni gritar más porque se le agotan las fuerzas, porque duele mucho y ya él va saliendo, sale solito, entre sus ayes, entre las pulsaciones del vientre,

sale el carajito, lleno de sangre, sudor y lágrimas, tranquilito, ignorante de cuánto costó sacarlo al mundo, mientras la madre, todavía sudorosa, exhausta, cae sobre la almohada, cierra los ojos, le parece mentira que todo haya acabado, y luego, todavía débil, pide ver a su bebé, tiende los brazos, el cansancio desaparece, se relaja, suspira, y llena de felicidad, mece a la criatura y la contempla arrobada.

Igualito a él con los mojonos. Empuja, aúlla, se queda quieto, trata de parar, pero el muérgano se tranca, le produce entuertos, exige salir, entonces pa'fuera va, pero no va, no es así nomás, a él también le cuesta abandonar su cueva y salir al mundo, hasta que al fin, de tanto insistir el uno y el otro, sale, titubea, se para un ratico y ¡zas!, salta, regordete, airoso, entre los bufidos del parturiento, y cae en el pozo que lo espera, como el mundo espera al recién nacido Sí, él lo parió, lo sacó de sus entrañas, lo hizo arrastrarse desde lo más profundo, desde las oscuridades cavernales del ano, y lo lanzó al mundo, a la claridad del día, y ahora yace ahí, cual cándido bebé, mientras él, todavía sorprendido, lo contempla feliz y extasiado.

Aquella experiencia casi traumática lo dejó pensativo por varios días, suficientes para volver a acumular excrementos y prepararse para el parto. Le estaba sucediendo algo extraño. Descontando el hecho de estar



sufriendo una estitiquez insoportable, estaba el otro, inexplicable, de que empezó a vivir dentro de sí las penurias de la gestación y del alumbramiento. Siempre había visto la preñez como algo exclusivamente femenino, extraño y prodigioso, pero ahora él, macho y viejo, la experimentaba igualito con los avatares de su constipación. Era una comparación cómica, absurda, pero no menos real. La vivía en su carne y en todo su ser. El cargar un peso incómodo, sentir sus movimientos y palpitaciones, esperar tenso y ansioso su expulsión, sufrir y gozar cuando el momento inevitable se acerca, insistir, luchar, maldecir y estallar de júbilo ante su culminación, lo hizo conocer todos los horrores y prodigios del embarazo y del parto. Parecía insólito, pero así era. Había, a través de aquel acto anti natura, conocido los síntomas y las emociones de la concepción, el momento aterrador y sublime del nacimiento, y la consagración maternal en la contemplación del hijo. Ningún otro hecho humano le pareció tan revelador del sentido de la vida y la muerte, del sufrimiento y la felicidad, de lo humano y lo divino. Porque eso era lo que él sentía, todo a una, cuando veía el mojón girando.

De pronto, cuanto más asombrado estaba, y casi felicitándose por su extraordinario descubrimiento y por las múltiples satisfacciones que le deparaba, fue al baño y defecó normalmente. La súbita constipación que tantas penurias le causaba había desaparecido, y aquel hecho le alegró. El tratamiento de su médico

había surtido efecto. Mas casi enseguida se preocupó. ¿Qué pasaría con las indescriptibles emociones del alumbramiento? Las había padecido y gozado, las había conocido e interpretado, las había, incluso, agregado a su vida cotidiana. Aquel momento paroxístico en que asistía al acto de la deyección, después del acto de comer, lo habían introducido en el otro hecho, virilmente inconcebible, de expulsar una cosa que se formaba en el vientre después del gratísimo acto del coito. Era lo mismo.

Rápidamente, tomó la decisión. No quería renunciar a aquella experiencia extraordinaria. Él continuaría con las prescripciones médicas y volvería a cagar normalmente, pero de tanto en tanto lo interrumpiría, dejaría que los alimentos se secaran en sus intestinos, que los excrementos endurecieran al punto de exigir su alivio, al punto de desear desde lo más profundo de su ser, y de su existencia, botarlos, para vivir el acto supremo del nacimiento. Esa múltiple sensación de aflicción, felicidad, miedo y éxtasis, esa sublimación de lo asqueroso, terrible y hermoso, era algo a lo que no quería renunciar jamás. Él se embarazaría cuando le diera la gana, interrumpiría el embarazo cuando le diera la gana, y se despacharía cuando le diera la gana. ¡Ecce Homo!

## EL IMPERIO DE LA ROSA

La casa era una enorme sombra sobre la calle. Todo parecía envuelto en una especie de sopor, de memoria perdida, de voluntad sujeta a un ser poderoso y dominante. Las mujeres deambulaban entre la niebla del amanecer y del atardecer. De noche, terminados los quehaceres, cada una en su cuarto, contaban las monedas que quedaron del gasto diario y guardaban el resto para el día siguiente.

La madre, doña Rosa, dirigía la vida doméstica. Alta, delgada, de espalda erecta y humor hostil, se paseaba por los corredores apoyada en un bastón, símbolo de su autoridad. Cada golpe del báculo recordaba su obstinante presencia. Vigilaba todo, aún lo más insignificante, y exigía explicaciones por las cosas importantes y las que no lo eran. Nadie sabía qué cuidaba, pues vivían en la pobreza.

Era un ser pétreo e indomable. Parecía una montaña proyectando su oscura silueta sobre quienes la circundaban. Apenas podía moverse, apenas hablaba, y sin embargo se imponía con un dominio natural. Nadie podía explicarse por qué aquel ser titubeante

ejercía tal magnetismo y doblegaba las voluntades. Reinaba sobre la soledad de todos.

Solo sus hijas la toleraban. El marido salió un día y no volvió. Nunca supieron qué había sucedido. Simplemente cerró la tienda, se puso el sombrero y se marchó. Los hijos varones se casaron y fundaron familia aparte. De vez en cuando visitaban a la madre. Las hijas eran dóciles y calladas. Parecían sumergidas en el aliento mortal de la progenitora. Por un sortilegio inexplicable, no pudieron abandonarla. Se casaron jóvenes, pero tampoco sus maridos y vástagos soportaron el vaho asfixiante que los rodeaba y se fueron. Nunca hubo explicaciones.

Doña Rosa quitó la foto matrimonial que presidía la sala. No volvió a mencionar al esposo, y cuando los nietos preguntaban por él decía que había muerto. Nadie lo rememoraba. Las hijas repitieron la acción de la madre. Cada una se deshizo de las fotografías en las que aparecía el cónyuge y silenciaron sus nombres. La memoria, como la niebla que cubría la casa, disipó todo vestigio del pasado.

Las hermanas rivalizaban entre sí. Solas y pobres, convivían en la casa paterna, y cada una defendía su pequeño espacio: la habitación donde dormían, y las cocinas que fueron haciendo para su exclusivo uso. También disponían de aves de corral y siembras en pequeños lotes bien demarcados con alambre y piedras.

Las necesidades diarias eran tan apremiantes que cada una resolvía por su cuenta, sin compartir con las otras. Aunque no peleaban, tampoco se ayudaban y casi no se dirigían la palabra. Desconfiaban entre sí y celaban fieramente su pequeño peculio.

Parecía que sería así siempre, que sus vidas no cambiarían, pero algo interrumpió el letargo. Hermelinda, la hija menor, quedó preñada de un desconocido. El hombre ni siquiera se enteró, pero aquel embarazo iluminó el tedio cotidiano. Era como un sortilegio, un milagro cuyo desenlace esperaban llenas de ilusión. Sentimientos maternales afloraron en todas, y contemplaban la hinchazón como un anuncio esperanzador de la hermandad perdida, de ceder en sus egoísmos y derramar cariño y protección al futuro sobrino. Nada decían, pero todas deseaban que fuera varón. Aquel niño sería la luz de la casa, la alegría de todas, y el consuelo de la madre, agotada en su amargura.

Hermelinda parió mellizos. Una hembra y un varón. Parecía el colmo de la dicha. Repentinamente, cuando la resignación entristecía sus corazones y alargaba las noches, nacían dos niños, y de ambos sexos. Aquel acontecimiento era más de lo esperado. Llenas de alegría, le comunicaron la buena nueva a la madre. Estaban seguras que compartiría el regocijo de todas. Ella hizo un gesto impredecible. Sin embargo, pidió que se los trajeran. Los contempló largamente, hasta que

tendió las manos hacia el varoncito. A la niña apenas la tocó.

Ninguna dijo nada. Suponían que su preferencia provenía de su hastío en una casa habitada solo por mujeres. Poco a poco se encariñaría con la niña. No sucedió así. A medida que pasaban los días ignoraba aún más a la nieta y consentía al nietecito. Ella escogió sus nombres: Flor y Salvador. Flor por una amiga de juventud y Salvador para que salve esta casa. Como siempre nadie, ni aún Hermelinda, la contradijo.

Sin embargo, Salvador parecía el menos indicado para aquella misión. Era distraído, callado y ausente. Flor, en cambio, era vivaz, inteligente y juguetona. No parecía importarle el desdén de la abuela. Nada turbaba su alegría, y mientras el hermano permanecía quieto y ensimismado, ella alborotaba la casa y hacía mil travesuras. A la decepción de que el único varón fuera bobo, se imponía la compensación de una pequeña encantadora que las mantenía ocupadas todo el día. Solo la abuela era invulnerable a sus mimos y gracias.

Su inclinación por el varón se acentuó con los días. Lo llamaba constantemente, y acercando su rostro al de él, le hablaba quedo. Nadie sabía qué conversaban, pero se entendían perfectamente. A veces le sonreía, o le prodigaba alguna caricia, y jamás lo perdía de vista. Empezó a llamarlo Salvanito, tal vez por cariño o piedad, dos sentimientos difíciles en ella, pero que

inesperadamente afloraron en su trato cotidiano. Salvanito la seguía como un cordero, y ella, erguida e imponente como una reina, lo sentaba en su regazo, o en una silla cercana mientras rezaban el rosario.

Poco a poco, doña Rosa perdía facultades, mas no su lucidez ni la fortaleza de su carácter. Ya casi no se levantaba del sillón, pero su mirada inquisitiva recorría toda la casa, y exigía, con la misma persistencia de siempre, una rendición detallada de los gastos y de las actividades cotidianas, tomando las decisiones definitivas y reprendiendo cualquier exceso o falta. Todas las noches convocaba a las hijas al rezo y les recordaba que no debían parir más hijos. Odiaba la risa, las fiestas y cualquier forma de alegría. Nadie se explicaba cómo, casi inmovilizada en el sillón, estaba al tanto de todo. Era un control asfixiante al que ninguna se oponía. A veces parecían odiarla, a veces querían rebelarse, pero apenas ella las miraba, obedecían y callaban. Ninguna podía explicar por qué las doblegaba de tal manera, y por qué no la desafiaban.

Solo Flor violaba las normas y se burlaba de sus monsergas. La abuela renunció a ella. Empezó a llamarla la Diabla. La reprendía constantemente, pero ella no hacía caso. Su predilección por Salvanito se hacía más acentuada, y él, sumiso y complaciente, la obedecía en todo. La acompañaba día y noche, peinaba sus cabellos, sintonizaba la Santa Misa, le participaba cuanto sucedía en casa, y entristecía cuando la veía

decaída. Su relación se hizo más profunda. Un día en que la sacó al patio a tomar el sol, ella apretó su brazo y comentó:

—Hay un tesoro oculto en esta casa —y se volvió hacia él.

Fue una mirada intensa, salida desde lo más recóndito de su ser. Él no entendió, pero de todos modos echó el cuento a la madre y las tías. ¿Cuál tesoro? Nadie sabía de eso. Jamás el padre comentó nada, y no se iba a escapar abandonando una riqueza así. Los hermanos tampoco hablaron de ningún entierro. Nadie tenía noticia de algo semejante. Le dijeron a Salvanito que no hiciera caso. Ya la madre chocheaba.

Él no hizo caso, pero de vez en cuando doña Rosa insistía. Así fue creciendo hasta que se hizo hombrecito. Su vida continuaba invariable. Hacía los mandados, partía leña, recogía frutos, podaba los árboles, cuidaba las gallinas, y sembraba hortalizas y legumbres en el solar de las tías. No mostraba interés en las mujeres. La pequeña Flor también se hizo adolescente, pero al contrario del hermano, no se ocupaba de la casa, tenía multitud de amigas y pretendientes, hacía lo que le daba la gana y le encantaban las fiestas. Nadie le reclamaba. La abuela había renunciado a corregirla porque era inútil, y las tías y la madre parecían contentas de su rebeldía, y de que se atreviera a hacer lo



que ellas no pudieron. Creció independiente, feliz y desenvuelta.

Doña Rosa la ignoraba cada vez más. Su debilidad era el nieto, y el hecho de que fuera lerdo, que no tuviera amistades, y que prefiriera quedarse en casa cuidando de cosas impropias de un varón, no le preocupaba ni disminuía su afecto. Él empezó a cantarle canciones de su juventud y ella sollozaba. Nadie entendía ese súbito sentimiento. Por alguna razón, la abuela parecía añorar algo especial de esa época. Ella misma le enseñó las canciones. Una vez animó al nieto a ocuparse del jardín. No se hizo rogar. Amaba la tierra. Poco a poco fue sembrando matas, y una tarde en que podaba el granado, la abuela se acercó, tambaleante en su bastón, y una vez más le susurró al oído:

— Hay un tesoro oculto en esta casa.

Salvanito la miró sorprendido, y por un instante, sus ojos atónitos se fijaron en el granado. Un destello de malicia pareció alumbrarle el escaso entendimiento. Trajo la pala y cavó al pie del árbol. La abuela hizo un gesto impositivo:

— Todavía no.

Él interrumpió la búsqueda, leyó el mensaje en su expresión dura e interrumpió la tarea. Doña Rosa se devolvió apoyada en su bastón, repitiendo:

— Todavía no, todavía no.

Un día, inopinadamente, Flor enfermó. Parecía insólito que una chica saludable, plena de vida y alegría, enfermara gravemente. Todas, salvo la abuela, corrieron a atenderla. Su cuerpo grácil temblaba bajo los embates de la fiebre, vomitaba y defecaba continuamente, y pedía a gritos que le dieran agua fresca. Tres días estuvo así, consumida por la calentura y llorando desesperada. Al fin murió. La abuela se acercó y la miró largamente. Hizo una cruz sobre su frente y rezó. Cuando llegó el sacerdote, le preguntó si tenía salvación.

— Era una niña desobediente y sin freno.

El sacerdote pareció contrariado:

— Siempre me pareció inocente y buena, una pequeña traviesa de apenas quince años. Se fue derechito al cielo.

La muerte de Flor pareció la muerte de todos. Era el regocijo y el canto, la risa y el juego, la ternura y el beso. La abuela ordenó luto cerrado por dos años, nada de visitas ni música, misa de funeral los domingos, rezar un rosario todas las noches, y no volver a mencionarla. Sacó dinero no se sabe de dónde y pagó un entierro de primera. En medio del duelo, se preguntaban por qué aquellas atenciones tardías si

parecía no quererla pero como siempre ella no explicaba nada y nadie se atrevía a preguntar. Todo en ella era un misterio.

Hermelinda empezó a languidecer. No se sobreponía a la muerte de la hija. Su niña linda no hacía daño a nadie, era la alegría de todos, una muchachita en la flor de la vida. ¿Cómo pudo morir? Y en medio de su desdicha miraba insistentemente a la progenitora, como si le reclamara algo, como si lamentara su sobrevivencia frente a la muerte temprana de la hija. Doña Rosa se dio cuenta, pero no manifestó nada. Parecía molesta, y más de una vez le reprochó su debilidad.

—Va a morir de mal de consunción —repetía.

Tenía que dejar la lloradera y ocuparse nuevamente de sus obligaciones. Salvanito sufría terriblemente. A la muerte de la hermana se unía la aflicción de la madre. Sin darse cuenta, descuidó a la abuela y dirigió todas sus atenciones a Hermelinda. Ésta no volvió a hablar ni a comer, no quería levantarse de la cama, ni bañarse. A los pocos meses, murió.

La casa entró en duelo. A pesar de su mezquindad, las hermanas se condolieron. Ya la sobrina y la hermana se habían ido. La muerte las rondaba y presentían que se marcharía una a una mientras la madre parecía eterna. Llenas de resentimiento, se desentendieron de ella. Doña Rosa acusó el golpe. Demasiado orgullosa para

doblegarse aguantó un tiempo, mas una mañana especialmente fría dio un fuerte golpe con el cayado y las reprendió. Era octogenaria, y las había parido y criado a todas. Ellas volvieron al temido regazo, pero Salvanito no volvió. La abuela no insistió, hasta que un día, abruptamente, le lanzó el bastón. Las hijas corrieron a regañarla, pero Salvanito, a pesar de su simpleza, entendió.

No pudo resistir su reclamo. En su beatitud natural olvidó que fuera tan dura con los seres que más amaba, y que en el duelo no mostrara pena. Dejó todo de lado porque esa era su condición, y sin resentimiento alguno revivió el afecto. Poco a poco las hermanas volvieron a sus tareas cotidianas, aunque sin ánimo, movidas solo por la necesidad y la costumbre. Perdían fuerzas, y sin darse cuenta, se apoyaban cada vez más en los débiles hombros de Salvanito.

Él empezó a ocuparse de todo. Limpiaba la casa, desmalezaba el monte, arreglaba las goteras y hacía la comida. Era el sostén de la familia, y el punto de unión de todos. Ellas declinaban, pero él era incansable, y la abuela continuaba tan férrea y lúcida como siempre. Poco a poco el lazo afectivo que existía entre ellos se afianzó. Dependía el uno del otro, y era como si la fortaleza de la octogenaria y la debilidad congénita del joven se equilibraran mutuamente.

Un día la tía Gregoria amaneció muerta. Una vez más hubo duelo en la casa y se reavivaron las aprensiones. Las otras hermanas claudicaron ante el temor. Era como si no pudieran soportar la idea de su ancianidad débil atada a la otra, tiránica e invulnerable. Poco a poco decaían. Aurora perdió la memoria y murió sin darse cuenta. Josefita, la tercera de las hijas, no tardó en seguirla. Así, la abuela y el nieto, se quedaron solos en el caserón derruido y solitario.

Desde entonces parecía que no hubiera secretos entre ellos. Se esfumaron las renuencias y rencores. Salvanito trabajaba y la atendía, y ella dirigía y observaba. Vivían el uno para el otro, circundados por el silencio, la costumbre y un extraño amor. Ella lucía complacida. Pareciera que le gustara su dominio solitario, sin testigos, sin preguntas ni respuestas, como si la soledad, el silencio y la tristeza fuera su estado natural, y aquellos que la distraían de la renuncia fueran un estorbo. Al fin era dueña de su desierto.

Nunca más habló del tesoro. A pesar de que vivían en la miseria, de que la casa se caía a pedazos, no aludía a él. Era como si lo hubiera olvidado, o no importara. Salvanito tampoco lo nombraba, y ocupado como estaba en sobrevivir y apuntalar paredes y techos, ni se acordaba. Ella se hizo centenaria, y él un poco más viejo. Así, la vida transcurría serenamente, sin turbulencias. Era un solterón virgen, sin

preocupaciones ni alegrías. No se quejaba ni protestaba e ignoraba la muerte como había ignorado la vida.

Si doña Rosa pensaba en la muerte nadie lo sabía. No era tema de conversación entre ellos. En verdad, casi no hablaban. Se limitaban a vivir y a quererse. Así pasaron cierto tiempo, inalterables y tranquilos, hasta que una tarde Salvanito escuchó un extraño ruido. No era el graznido de un ave, ni el chillido de un ratón o cualquier animal asustado. Era un sonido raro. La abuela. Corrió hasta el cuarto y la vio inquieta. Sobresaltado, la abrazó. Ella entreabrió los ojos y aferró su mano. Fue como una brasa fundiéndolo en su anillo de fuego.

— ¡El granado, el granado! — mascullaba.

Se incorporó como pudo y lo miró de frente. Parecía desesperada.

—Para salvar la casa —clamó, por primera y última vez.

Después cayó de lado, con el rostro aún convulso. Confundido, tembloroso, Salvanito permaneció un rato sollozando a su lado, sin saber qué hacer, hasta que al fin no resistió su mirada vidriosa, perdida en el tránsito de la muerte. Cerró sus párpados y rezó.

—La enterraré bajo el granado.

Ella amaba el patio y aquel árbol. Todavía desfalleciente la alzó y empezó a cavar el hoyo. Entonces tropezó con algo duro. Recordó la frase tantas veces repetida, dirigida solo a él. “Hay un tesoro oculto en esta casa”.

¿Sería verdad? Sí. Allí estaba el pequeño baúl, carcomido por el tiempo y con un candado oxidado. Perdió el aliento y no se atrevía a tocarlo, como si contuviera un embrujo. Poco a poco lo desenterró y en su lugar colocó el cadáver de la abuela. Observó un rato el cofre y la finada. Se inclinó ante los dos y rezó. En segundos volvió a su infancia, rodeado del misterio de todo, de la penuria familiar, la sosegada obstinación de su abuela, la agonía de la hermana, la muerte de la madre y las tías, y la pausada ruina del hogar. Aquel tesoro le producía un pavor similar al que le causara la mirada fija y extraviada de la muerta. “Para salvar la casa”.

Con gran recogimiento, como si contuviera un objeto sagrado, fue hasta el altar de los santos, encomendó el tesoro a su benevolencia y pidió que lo iluminaran. Cuando terminó su imploración, tenía la decisión tomada. Cumpliría la voluntad de la abuela. Aquel tesoro era una carga demasiado pesada para sus frágiles huesos. Serviría para rescatar el caserón derrumbado, para rendir culto al espíritu de los muertos, a todos los que allí vivieron y fenecieron. Sería su gloria y su tumba.

Y de pronto se detuvo. Observó la morada, enorme, deshecha, con sus pisos rotos, los techos desvencijados, las paredes agrietadas, los retratos borrosos, el olor a moho y su inmensa soledad contemplando la destrucción de todo, la lejanía de los acontecimientos y la cercanía de los muertos, hechos alma con aquella mole carcomida. Lentamente se devolvió, guardó el tesoro en una lona, recogió algunas cosas y abrió el portón. Su último recuerdo fue el chasquido de la puerta al cerrarse para siempre.



## LAS BODAS DEL OLVIDO

En el pueblo todo era euforia. La señorita Laura se casaba. Era la mujer más bella del lugar y de todos sus alrededores. Su hermosura era tan mítica que más de un caballero de otros lares recorrió largas distancias solo por el placer de conocerla. No es exagerado decir que toda persona, hombre o mujer, se impresionaba al verla. A su paso la gente se detenía, sin poder disimular su admiración. Lo más extraño es que Laura parecía ajena a la conmoción que causaba, o al menos no se envanecía por ello.

Era tal el orgullo que todos sentían por la belleza de Laura que a veces, cuando llegaba un forastero, lo primero que le preguntaban era si le gustaban los paisajes del pueblo, y si ya conocía a la señorita Laura. La respuesta usual era que no, pues vivía resguardada en los muros de la casa paterna, de la que solo salía a la iglesia o a las fiestas patronales. Entonces se ofrecían a llevarlo hasta las cercanías de la casa para que, al menos, la viera de lejos. La cita se concertaba para las tres de la tarde, cuando ella acostumbraba asomarse a la ventana.

Era una cita sagrada, como si se tratara de la procesión de la Virgen. A la hora fijada, nativo y forastero estaban allí para disfrutar, por igual, de la anunciación.

Generalmente el visitante imaginaba una campesina rubicunda, de fuertes pechos, o a lo más, una jovencita agraciada. Un poco remiso e incrédulo, aguardaba, movido solo por la curiosidad o por complacer a aquellas buenas personas, mas cuando se entreabría la ventana y ella se asomaba, el incrédulo caía en trance. Era un momento místico. Cuantos la veían quedaban embelesados, en una especie de éxtasis que les arrebatava conciencia y pensamiento. Era una actitud de arrobó, de fervor, un imán que los ataba a la tierra y los elevaba a las alturas. Todas las personas que la veían, humildes o encumbradas, naturales o no, experimentaban lo mismo y se perturbaban por igual. Los lugareños no se cansaban de contemplarla, y los afuerinos se preguntaban, asombrados, cómo una beldad así permanecía oculta en un lugar pequeño e insignificante, prácticamente desconocido, cuando su rostro debería traspasar las fronteras del mundo y deslumbrar a todo ser viviente.

Y ahora esa divinidad única se casaba. Estaban contentos y al mismo tiempo tristes. Era como perderla un poco. Ya no sería el sueño de todos, la joya cuyo brillo se esparcía alrededor de quienes la contemplaban. Iba a ser posesión exclusiva de un solo hombre. Solo él disfrutaría, perennemente, día y noche, de aquella gema preciosa, solo él tendría acceso a su luz, su gracia y esplendor. Apenas les quedaba el consuelo de que no se marcharía del pueblo. "Envejecerá aquí", se decían, con un suspiro de satisfacción y nostalgia, pues en el

fondo de sus corazones no deseaban verla envejecer. Nadie quería que se marchitara su piel color miel, ni su cuerpo grácil, ni que desapareciera el carbón de sus cabellos, ni se apagara el brillo de sus ojos dorados.

Y es que el pueblo amaba a Laura. Las mujeres comentaban que a pesar de su belleza y posición, no era orgullosa, y los hombres, sus enamorados secretos, alababan su incomparable donaire y la gentileza de su persona. Muy en el fondo de sus corazones suspiraban por ella, pero sabían que era un imposible. Era la hija del hombre más rico del pueblo, y se suponía que se casaría con un hombre a la altura de su condición social.

Por eso fue una sorpresa cuando supieron quién fue el elegido. Un nativo del lugar, ni demasiado guapo ni demasiado rico. Un campesino próspero, amable y trabajador, que parecía el ser más noble del mundo, pero sin misterios ni nada especial, tan común y corriente como ellos. Sin embargo, en la efusividad que cundió por hacer de aquella fiesta un hecho inolvidable, nadie hizo demasiados comentarios. Si acaso la curiosidad de saber cómo hizo para conquistar a tan inaccesible belleza.

El día del casorio el pueblo relumbraba como nunca, y el templo espejeaba al final del camino, con las puertas abiertas. Jamás se había visto tanto esplendor, jamás se había tocado tan de cerca la gloria. Hasta última hora

las señoras se afanaron en arreglar la iglesia. Pulieron el piso, limpiaron el altar, lavaron los ventanales, adornaron bancos, arcadas y puertas con ramos de rosas y jazmines. El perfume de tantas flores traspasó el pórtico e inundó el ámbito del pueblo, haciendo suspirar a los enamorados secretos de Laura y a las mujeres que anhelaban ser como ella.

En la plaza, la banda municipal aguardaba, lista a tocar la marcha nupcial. Los invitados festejaban por todo lo ancho, y los curiosos, recién bañados y con sus mejores prendas, se ubicaron a ambos lados del camino para tener el infinito placer de ver a Laura vestida de novia. A última hora el padre dispuso que todos eran invitados, y el patio principal fue habilitado para recibir a cuanto vecino llegara. La alegría los desbordaba. No había rincón de la casa y sus alrededores que no ocuparan los felices convidados, la orquesta no cesaba de tocar, y las mesas rebosaban de todo tipo de platillos y bebidas, además de la magnífica torta, réplica fiel de la iglesia, de no se sabía cuántos pisos, con el patillaje dispuesto en artísticas figuritas, cubriendo la apetitosa pasta de frutillas, chocolate y almendras.

Los padres, tomados de la mano, recibían a los invitados, los de tarjeta y los de palabra, con una amplia sonrisa, y los sirvientes se desvivían por atender a todo el mundo, repartiendo pasapalos y cocteles. Sobre cada mesa se exhibía un recuerdo del matrimonio, también primorosamente elaborado por

artistas de la ciudad, con una tarjetita en la que constaba el nombre de los contrayentes y la memorable fecha.

La hora crucial se acercaba. La gente esperaba emocionada. Unos permanecían de pie, tomando alguna bebida, pendientes de la puerta por donde, supuestamente, saldrían los flamantes novios. Otros caminaban de un lado a otro, e igualmente atentos al momento en que se abriera la puerta principal. Se les hacía demasiado largo el momento en que Laura apareciera, flotando en su traje de tules, con su hermoso rostro circundado por el velo, y su sonrisa cautivante alumbrando el mundo.

En la habitación, Laura se miraba al espejo, mientras sus hermanas se afanaban en embellecerla aún más. Parecía poseída por un extraño sortilegio. Se embebía en su imagen, y aunque estaba más preciosa que nunca, temblaba y se agitaba, como si desde ya saboreara los desconocidos placeres de la entrega amorosa. Sin darse cuenta, las hermanas retardaban el rito. A medida que la acicalaban, su hermosura realizaba aún más, por lo que prolongaban el acto solo por disfrutar unos minutos más de tan asombrosa transfiguración.

Afuera, todo empezó a desordenarse un poco. La novia no aparecía y tenían miedo de que saliera por alguna puerta secreta, privándolos de su grata visión, por lo

que decidieron ubicarse en un lugar estratégico desde donde dominaran todas las salidas. El camino volvió a llenarse de gente, porque era inevitable que pasaría por allí, hacia lo alto de la colina, rumbo a la iglesia. Así no se perderían detalle de la aparición, y cuando al fin traspasara uno de los umbrales, podrían verla, serena y deslumbrante, como una virgen en su carroza, como una barca que flota en las aguas, nimbada por un halo de luz, o una sirena que emerge de las aguas circundada por el encaje de las olas.

Del novio nadie se acordaba. Era un misterio cómo un campesino igual que ellos pudo conquistarla. Ninguno pensó que pudiera merecerla, y ahora aquel tontón, movido por quién sabe qué promisor presentimiento, por una valentía inusitada, o un inmenso e incontenible amor, lo había logrado. Pero no había tiempo para lamentos ni enigmas. El acontecimiento avasallaba sus penas cotidianas y los embullía en la magnitud de su existencia. El solo hecho de ser testigos de aquella boda memorable compensaba resentimientos y amarguras.

Mas dentro de la habitación algo extraño acontecía. La novia ya lucía su vaporoso traje blanco, pero las hermanas no conseguían el velo, ni la corona, ni el ramo. "Dios mío, ¿dónde lo guardamos?" Y revisaban todo, nerviosas, incrédulas. Aquello era inexplicable. La novia no parecía darse cuenta de nada. Seguía absorta en su imagen de virgen ansiosa, sin fijarse en nada más,

sin pensar en nada más, como si en el espejo viera la figura del amado esperándola.

Las hermanas comenzaron a caminar sin sentido, tropezando y empujándose. La angustia dio paso al terror. Pensaron que, en el trajín de los preparativos, habían extraviado tan importantes accesorios. Tenían ganas de gritar, de llorar. Una y otra vez abrían el escaparate y los baúles, buscaban debajo de la cama, volteaban los colchones, pero nada aparecía. Tenían el corazón encogido y no cesaban de temblar. “¿Qué pasa, Dios mío?, ¿qué pasa?”, se preguntaban atribuladas, invocando a la par todas las vírgenes, santos y ángeles conocidos. Constantemente se volvían hacia Laura, que parecía sumida en otro mundo, sin percatarse de nada. Ellas seguían buscando, y ya creían encontrar una cosa u otra, para después, confundidas y desanimadas, comprender que se habían equivocado. Casi desmayadas salieron a buscar a la madre, con la esperanza de que ella supiera dónde estaban, o las ayudara, pero afuera también acontecía algo raro.

Los invitados yacían sobre las mesas de cualquier forma, como si no les importara, o no se dieran cuenta, del aspecto que ofrecían. Permanecían muy quietos, con el gesto del brindis detenido, y la mirada perdida, ausente. Era como si, repentinamente, se enfrentaran a un hecho insólito, como si los devolvieran a un episodio del pasado al que jamás le prestaron atención, y que, de improviso, aparecía descarnado, desnudo,

frente a ellos. Tenían una actitud elusiva, de rechazo y miedo. Algunos, incluso, permanecían con la sonrisa entumecida, otros con un pedazo de torta, de helado o pavo en la boca entreabierta. Era como si en la plenitud del festejo un aliento mortal lo seicara todo, o como si una bruja maléfica reclamara no haber sido invitada, alzara su mano vengativa y detuviera la escena en el instante supremo en que entraban al mundo de los sueños. Así se quedaron, atónitos, mudos, avizorando un paisaje lleno de luz al que solo se podía conocer guiados por la memoria, pero hacía años que la habían perdido.

Las hermanas caminaron entre ellos, perplejas y acongojadas, como almas en pena que pueden ver el sufrimiento de los demás sin que nadie pueda ver el de ellas. No entendían nada, pero tampoco querían explicarse nada. Solo anhelaban que su hermana se casara, así que cegaron el dolor y pasaron de largo, buscando a sus padres, hasta que al fin divisaron a la madre de lejos, envuelta en la delicadeza de sus pieles y plumas, caminando como si no conociera a nadie, como si no percibiera nada. Tenía los ojos entrecerrados, un rictus caído y parecía hacer un gran esfuerzo por permanecer erguida, como si cualquier movimiento le costara demasiado. Detrás iba el padre, sin su acostumbrada locuacidad. Pasaron sin verlas y se encerraron en la habitación, signados por el enigma. Fue inútil tocarles la puerta. Entonces las hermanas se volvieron hacia la muchedumbre adormecida, y fue



como caer en un mar profundo, como náufragos que se ahogan atraídos por un misterio irresistible.

Desesperadas, salieron a la calle, dispuestas a hacer lo que fuera porque la boda se consumara, incluso a pedir prestados los aderezos, pero se encontraron con que todo lucía solo y oscuro. Los portones cerrados, las guirnaldas deshechas, y ni un alma se asomaba a las ventanas. Ya nadie atestaba el camino, ya no había farolas encendidas, ni la plaza refulgía, ni los músicos aguardaban prestos a entonar la marcha nupcial. Todo había muerto. Solo al final del camino la iglesia resplandecía, con las puertas abiertas, como un reflejo de la ilusión o una última esperanza.

Desoladas, pasearon la mirada por el vacío. ¿Qué era aquello? ¿Una revelación inusitada? ¿Un presagio terrible? ¿Un salto mortal al miedo? No podían comprender nada, pero tampoco podían volver a la habitación y contarle a Laura lo que sucedía. Repentinamente, todo se había derrumbado. Las hermanas no soportaron aquella visión demoledora, se dieron vuelta y desaparecieron entre las calles abandonadas.

En el dormitorio, Laura seguía ensimismada en su aura de novia enamorada. De pronto se vio completamente sola. Vagó sin sentido por la habitación, llamando a las hermanas. Nadie atendía a su llamado. Entonces abrió la puerta y topó con la soledad. No se oía ningún

ruido. Buscó a los padres, a las hermanas, a las sirvientas, pero era inútil. Todo se veía desolado. Al fin abrió el portón y salió a la calle. Nadie. La plaza estaba sola y las calles desiertas. ¿Qué había sucedido? No podía ser que soñara porque ahí estaba ella, vestida de novia, recorriendo los sitios que conocía y amaba: su casa, las calles, el pueblo donde nació y vivió siempre.

Así estaba, como un espectro sorprendido, paseándose por los escombros del pasado, cuando oyó pasos. Unos desconocidos bajaban por la calle principal, pero al verla huyeron. Laura se llenó de miedo. ¿Acaso había muerto y deambulaba por los sitios que amaba sin aún darse cuenta? ¿Qué había sucedido? Empezó a caminar sin orientación alguna, empujada por el deseo de encontrar alguien que le explicara, alguien que la sacara de aquella noche insomne, de la duda si estaba viva o no. De nuevo oyó pasos y se volvió. Eran sus hermanas. Loca de alegría corrió hacia ellas y las abrazó. Las hermanas se sobresaltaron, mientras Laura lloraba, aferrada a sus cuerpos. Ellas parpadeaban, todavía incrédulas. Repetían una y otra vez, “¿Laura, Laura, eres tú, eres tú?”, y ella asentía llorosa.

—Pensamos que te habías muerto. ¿Y qué haces todavía vestida de novia?

Laura dejó de llorar.

— ¿Acaso no se acuerdan que me caso hoy?

La miraron compadecidas. Entonces se dieron cuenta que estaba exactamente igual al recuerdo. Nunca había salido del éxtasis de su boda. Todos habían envejecido menos ella.

Las hermanas hicieron un esfuerzo tremendo para salir del asombro, para explicar lo que nunca habían entendido.

— Laura, Laura, la boda nunca se realizó.

Ella daba vueltas y vueltas, mirándolas ávidamente.

— ¿Dónde están todos? ¿Dónde están papá y mamá? ¿Y Albacio? ¿Dónde está Albacio?

— No sabemos, no sabemos, nunca más supimos nada, nunca más volvimos a casa.

Sacudieron la cabeza, ansiosas por espantar el pasado, por velar sus incógnitas. Se zafaron del abrazo y continuaron su camino, las espaldas vencidas, hasta desaparecer quién sabe dónde. Laura siguió mirándolas hasta que no las vio más, hasta que no vio nada. Aterida, sin saber a dónde ir ni qué hacer, miró desesperada alrededor, buscando alguien que la ayudara, cuando columbró la iglesia, al tope del camino, abierta e iluminada.

Rápidamente se encaminó hasta ella. Su novio la estaría esperando. No se veía un alma, pero ya no tenía miedo. Cuando llegó vio las luces encendidas, y el sacerdote frente a ella. Estaba raramente quieto. Se había momificado. Desconcertada, miró a todos lados.

– ¿Y Albacio?

Empezó a recorrer la iglesia, llamándolo, buscándolo. Nadie respondía, y de pronto lo vio. Estaba dentro de un nicho, cubierto por una tapa de vidrio. No parecía él, pero era él. Tieso como un muñeco de palo, con su traje de novio, el corbatín, y los ojos estrábicos, perdidos en el laberinto de los años. A sus pies una leyenda: *Aquí yace San Albacio, quien murió esperando a su novia*. Entonces comprendió lo que no había querido comprender. Comprendió que había sido víctima de lo inaudito, que algo misterioso había sucedido, despojándola de la felicidad. Comprendió que un segundo podía destruir una eternidad y que jamás sabría por qué. Sintió deseos de llorar, pero no pudo. Casi se reía, pero tampoco pudo. Entonces era verdad que la boda nunca se dio. Albacio fue beatificado por su paciencia, por aquel amor tan grande que lo hizo aguardarla hasta morir, y el cura, obsesionado por la consumación del sacramento, se había momificado esperándola.

Ya sin más preguntas y decidida a no dejarse abatir por la adversidad, se encaminó hacia la salida. Un último

sentimiento la hizo detenerse: iría a despedirse de Albacio, el hombre que la amó hasta morir, el novio sobre cuyo nicho depositaría su ilusión trunca. Entonces, al detenerse ante él se vio reflejada en el cristal. Estaba espléndida. Tenía los ojos brillantes, la boca húmeda, la cabellera negrísima y la piel traslúcida. Ella estaba hecha para el amor y no se rendiría ante lo impredecible. Ella quería ser feliz y sería feliz. Comprendió el mensaje de Albacio y se devolvió, dispuesta a vivir, que ni la vejez, ni el tiempo, ni lo inexorable, la venciera. Entonces se detuvo atónita. Allí, en el pórtico, estaba Nicolás, su novio de infancia, aquel que una vez le juró que nunca se casaría con otra que no fuera ella, que la esperaría toda la vida. Era el mismo del recuerdo. Se abrazaron. Mas no tomaron el camino del pueblo. Se fueron por un atajo, lejos, a otro lugar, a otro sueño, a otros decires.



## LA FALENA OSCURA

Apenas despertó escuchó la voz. Era casi un murmullo. El mismo murmullo que la acompañaba desde no sabía cuántos años. A veces era un suspiro, un ronquido, un farfullar. Ahora lo escuchaba sorbiendo el café. Después fueron sus pasos rápidos, la puerta que se abre y el carro en marcha. Ni siquiera un adiós.

¿Cuánto tiempo hacía? Ya casi no recordaba su rostro. Tal vez el de aquellos años. Ahora le costaba evocarlo. Apenas era un ser perceptible, un susurro que recorría la casa, que resonaba en todas partes como un latido, o un eco que se colaba hasta su cuarto y allí se adormecía.

— Él — pensaba a veces, cuando lo escuchaba llegar.

No pronunciaba su nombre, como si al hacerlo pudiera darle alguna consistencia. Así, todo quedaba en lo ambiguo de sus relaciones. Hacía tiempo que percibía la separación. Eran como dos animales enlazados a una misma correa, marchando siempre juntos, pero cada uno atento a sus propios pasos y oteando un horizonte diferente.

El murmullo. A veces lo oía desplegarse alrededor suyo, rodearla, volverse tenue o intenso, sin experimentar ninguna emoción. Ella solo era un latido

esperando. Y en la niebla de su memoria se definía una figura imprecisa, aleteando como una mariposa nocturna, sin detenerse nunca, sin dejar de vibrar. Era como si repentinamente quedara ciega y solo percibiera su vuelo. Entonces esperaba el momento en que la mariposa se cansara. Que decidiera, al fin, reposar en un recodo de la casa, y entonces, lentamente, subrepticamente, se deslizaría fuera y permanecería, muy quieta también, esperando el despertar de sus sentidos, el fluir de sus pensamientos, el contacto de sus dedos en la piel. Una especie de reconocimiento, de convicción, un deseo de sí misma.

A veces, en las noches, oía su profundo sueño. Permanecía quieta, atenta a aquel jadeo que sofocaba su vida. Entonces, repentinamente, su mano la buscaba. Ella respondía al apremio. No importaba nada. Simplemente respondía. Al otro día, apenas se iba, tocaba la almohada para percibir su tibieza, la curva de la nuca, alguna humedad. Entonces se sorprendía ante la evidencia. El colchón mojado. Sí, hacía pocas horas, durante unos instantes. El único paroxismo de sus vidas. Unos segundos de furor, de existencia breve e intensa. ¿Y por qué ahora miraba aquellas manchas con tanta incredulidad? ¿Por qué era una extraña contemplando lo extraño? Allí, en aquella pequeña mácula se había derramado toda hasta quedar exánime. Había poseído una súplica, un grito, un temblor. Y ahora solo eran puntos insignificantes, o grandes



enigmas. Le era dado experimentar la cúspide del placer y le era dado olvidarlo.

Una noche, tarde ya, llegó dando traspiés. Comprendió que estaba ebrio. Permaneció quieta, esperando. Rápidamente la volvió boca arriba.

—Suéltame —gimió.

Abrió los ojos y lo vio, inmenso y oscuro como un animal prehistórico, y sintió el peso de sus testículos, aplastándola.

— Suéltame —suplicó —. Tus bolas son tan grandes y pesadas.

Pero él no la oía, no la veía. Simplemente la tomaba. Entonces, repentinamente parpadeó, como si saliera de un largo sueño, farfulló algo incomprensible y se levantó bruscamente, arrancándole la piel. Luego fue hasta el baño, vació esperma y orina, y todavía tambaleante regresó a la cama, otra vez a su lado.

Después ella permaneció despierta, chorreando semen. Ningún pensamiento la abrumaba. Días y noches completas en que, insomne y aturdida, se preguntaba si aquel fluido que él depositara en ella contenía el sentido de su existencia, si era su plenitud como mujer o el preámbulo de una muerte cotidiana. Entonces deseaba volver a sí misma y reconocerse como un ser

vivo, tal vez como una recién nacida o una moribunda, pero saber quién era, qué hacía allí, y quién era aquel hombre al que estaba atada por el miedo de los años, por el silencio y la costumbre, o porque no sabía cuándo fue el principio de la huida.

Y de pronto la realidad. La vida golpeándola como un manotazo en la nuca. Los ruidos del día, el anuncio de que debía empezar de nuevo. Su trabajo de ama de casa, y el dinero que dejara sobre la mesa de noche. Aquel dinero era la revelación más cruda de su matrimonio. Desde aquellos días cuando se instalaron en la casa, hasta que los hijos nacieron y crecieron. Ella en el vértigo de los muros, él en el vértigo de las calles. Hasta que un día, sin darse cuenta, dejaron de existir.

A veces, repentinamente, regresaba a media tarde. Había olvidado algo, quería descansar. Un beso marcaba el encuentro y la separación. Entonces se acostaba y ella, en silencio, lo contemplaba. Así, en la brillante luz del día era más real. Un ser que dormía, que en cualquier momento despertaría, hablaría con ella, tal vez se interesara en sus cosas, y sería un poco tierno. Unos instantes de sinceridad, de compañerismo, de credulidad. Podía acercarse y tocarlo, desear ser suya, hacer el amor. Podía mirarlo a los ojos y comprender que todavía se querían. ¿Entonces por qué aquella fugacidad? ¿Por qué todo era tan incierto? Solo era verdadera la soledad, el eco de otros seres, el ruido de las cosas. Nada era suyo. El amor era un viajero con

el cual se confraterniza unos instantes y luego desaparece, tragado por la fatalidad.

Así era todo. Tomó el dinero y empezó a disponer el gasto. La sirvienta acudió a su llamado y desapareció. Ella permaneció un rato más en la habitación. Recordó la noche anterior, cuando una vez más él la meciera en el lecho. Evocó aquel episodio de su infancia, en casa de la abuela, cuando la criada improvisó un columpio de sogas atado a un árbol que se erguía sobre el precipicio. Abajo, muy abajo, corría un río blanquísimo. La sirvienta empezó a mecerla, y ella sentía que volaba sobre el espacio, libre y feliz, sin percatarse del abismo. Entonces oyó un alarido, y el salto rápido de la madre, atrapándola en el momento en que el columpio retrocedía.

Lentamente salió del dormitorio. Arriba, pegada al techo, una falena oscura anunciaba el invierno. Anunciaba su quietud hasta la muerte. La observó un rato. Después se dirigió a la cocina y verificó que la sirvienta cumplía sus instrucciones. Luego se acercó al ventanal que daba al jardín y miró largo rato el garaje donde guardaban el auto. Consultó el reloj. No tardaría en llegar. Pronto dialogaría con el viajero que después desaparecería, tragado por lo inevitable. Más sería el tiempo que tardaría la falena en morir. Más larga sería su quieta espera.



## LA CICATRIZ

### I

Andrea nunca olvidaría aquella tarde de agosto, cuando jugaba con su hermana en el patio de la casa. Sintió un espasmo en el vientre y las pantaletas mojadas. Interrumpió el juego, pensando que se había orinado, y fue al baño. Palideció y casi lanza un grito cuando vio la mancha redonda y roja mirándola desde el fondo de sus pantaletas. ¿Qué había pasado? No lo sabía. Se quedó paralizada, con la prenda colgando en sus muslos, sin poder creerlo. La miraba y la miraba para convencerse que aquella mancha no existía, que pronto desaparecería, pero no, allí estaba, imborrable, inclemente, exigiendo su reconocimiento.

¿Era la menstruación? “Sí, es la menstruación”, se decía una y otra vez, casi llorando. Estaba asustada. Nadie la había preparado, nadie le explicó nada. De ese hecho tenía referencias aisladas, comentarios en voz baja, como si fuera algo vergonzoso o indeseado. Y ahora, inesperadamente, le sucedía. No quería salir del baño, no quería tocar las pantaletas. Era como si tuvieran una maldición. Casi enseguida oyó a Sonia llamándola. No pudo contestar. El juego había terminado.

Permaneció un rato quieta. Se sentó en el excusado y poco a poco fue quitándose las pantaletas. Las tiró sobre el lavamanos, sin atreverse a mirarlas. Después

fue al espejo y se miró. Nada, estaba igual, solo que un poco crispada y pálida. Permaneció un rato más, consultando el espejo. Esperaba que reflejara otra imagen, otra realidad, pero todo permanecía idéntico.

Apenas pudo, muy silenciosamente, salió del baño y se escondió detrás del escaparate. Oyó que la buscaban, pero no dijo nada. Nereida, la mayor, recomendó que debían esperar. Después escuchó a Elba sirviendo el almuerzo. Ni siquiera tenía hambre y continuó escondida.

– ¿Qué se haría? – preguntaban.

Después vino el silencio. Sus padres dormían la siesta y las hermanas desaparecieron. Tampoco escuchaba a la sirvienta. Entonces, muy despacio, sin hacer ruido, abandonó su escondite. Llevaba las pantaletas en la mano, sin mirar la mancha, y se fue directo al lavadero. De pronto escuchó un grito:

– ¡Ay, pobrecita, se desarrolló!

Era Elba, con los ojos como platos, mirando la prueba de su bochorno. El grito la aterró aún más. Rápidamente, con una puntería sorprendente, lanzó las pantaletas al lavadero y desapareció. De nuevo corrió a su refugio.

Al poco rato oyó murmullos. Preguntaban por ella. Elba sospechó su escondite y le dejó el almuerzo en el piso. Ella no aguantaba el hambre y se comió todo.

– Andrea se desarrolló – dijo Elba.

La madre no contestó. Fue un silencio mortal. Ahora deseaba desesperadamente que alguien la buscara, que le explicara qué era eso, qué iba a pasarle. Después vio un chorrillo de sangre bajando por la entrepierna. Se asustó, y todavía escondiéndose de todo el mundo entró al baño y se puso bastante papel higiénico. Aguardó un rato y volvió a su escondite. Se dio cuenta que oscurecía, pero nadie la llamaba a cenar. De nuevo el brazo de Elba se deslizó por la rendija y depositó el plato en el piso, y de nuevo ella lo recogió. En ese momento era la niña más sola del mundo.

“Mamá, mamá, ¿dónde está? ¿Por qué no viene?” Se asomó y vio a las hermanas dormidas. Ella se moría de sueño y de cansancio. Poco a poco salió y se acostó. Compartía la cama con Sonia y tenía miedo de ensuciar las sábanas, pero al fin olvidó todo y se quedó dormida.

Al otro día, tarde ya, despertó. Sonia se había levantado. Tocó su vagina y se dio cuenta que el papel había resbalado y estaba manchada. Rápidamente, con el corazón palpitante, examinó las sábanas. Lucían limpias. Entonces se incorporó para ir al baño cuando

vio los pañitos. “Mamá”. Era su manera de acercarse, de decirle que lo sabía y que no la abandonaría.

Emocionada los tomó, se lavó y se los puso. Después, con el corazón suspendido, salió al comedor. Desayunaban tranquilamente. La saludaron como siempre. La madre permanecía impassible. Solo Sonia la miraba de reojo y Elba le sonrió. Entonces se dio cuenta que ese era un tema del cual no se hablaba.

Así pasó el día. En la tarde, Nereida entró a su cuarto.

— Ya usted es una mujer.

Sonreía cariñosamente y le acarició la cabeza. No entendía nada, pero su trato la reconfortó.

— ¿Qué me va a pasar?

— Se desarrolló. Le llegó la regla y desde ahora empieza a ser una mujer. Va a notar cambios en toda usted.

— ¿Cambios, qué cambios?

— Empezará a cambiar toda. Ya lo notará. La regla le vendrá todos los meses, casi en la misma fecha, y le durará cinco días. No puede bañarse ni comer cosas ácidas porque sangra más y duele más. Deberá tomar calmantes y cambiarse cada rato los pañitos.



Se quedó callada, como si no tuviera más nada que decir. Ella estaba llena de preguntas.

– ¿Qué es ser una mujer?

Nereida se quedó pensativa, como si dudara en la respuesta.

– Poco a poco se dará cuenta. Tiene que cuidarse mucho de los hombres porque la empezarán a mirar y a perseguir. Cualquier cosa me cuenta.

De nuevo la besó y se fue. Andrea se quedó mirando el vacío que dejara en la cama como un abandono, como el principio y el fin de algo que no entendía, pero que le azoraba el corazón. Sentía la garganta seca, y una especie de molestia, como si tuviera algo atravesado. ¿Qué iba a pasarle? ¿Qué era ser una mujer? Ella no se sentía mujer. Era una niña. Apenas el día anterior jugaba con su hermana, y salvo el sangramiento, era igual que ayer, que anteayer, y que todos los días. Estaba triste, se sentía distinta, pero no se sentía mujer.

## **II**

Tenía doce años y se dirigía al Liceo, a sus primeras clases de bachillerato. Le parecía mentira que aquella construcción tan grande albergara su cuerpo menudo y sus miedos. Se sentía muy sola y desamparada. Ya no estaban las maestras. La escuela quedó atrás, el liceo era diferente. No sabía si bueno o malo, solo sabía que no quería entrar. Su temor se parecía a aquel que sintiera ante la primera menstruación. De pronto ella y todo había cambiado, algo la amenazaba y no sabía qué era, y sin saber cómo debía enfrentarlo. Así era el liceo, igual al futuro que le augurara su hermana: inmenso, desconocido e inevitable. Aunque no quisiera tenía que entrar, aunque apenas entrara aquella cosa enorme se la tragara, no podía dar marcha atrás.

Allí, en aquel edificio extraño estaban las personas que la acompañarían en su nueva edad. No solo serían sus compañeras de la escuela, sino los varones, que, según su hermana, se fijarían en ella y la molestarían. Y los profesores. Por primera vez estaría cerca de adultos que no eran de la familia, que tenían un gran poder sobre ella, y que podían hacerle mucho bien o mucho mal.

¡Qué frío! Las paredes grises, las luces opacas, los pupitres en perfecto orden, los ventanales cerrados y el pizarrón desnudo como su alma. En la escuela las paredes estaban llenas de dibujos, de altares con vírgenes hermosas y niños sonrientes, y por los ventanales entraba el sol y el ruido de la calle. La

maestra estaba siempre atenta, observándolas, y en su escritorio no faltaba un ramo de flores. Aquí todo era escueto, simple, y el profesor ni los miraba. Permanecía sentado, abriendo y cerrando carpetas. Al fin comenzó a pasar lista. A cada respuesta, una breve mirada y de nuevo el mutismo. Luego se levantó y empezó la clase.

¿De qué habló? Ni idea. Sus palabras eran una sorda exposición de cosas que no le interesaban. El hombre discurría sin parar, escribía signos extraños, hacía pausas y volvía a comenzar. ¿Y los compañeros? Todos callados y curiosos. Ella ni atendía ni entendía. Miraba a todos lados, como si de alguna parte viniera la explicación a una pregunta indefinida.

Al fin el receso. Salían rápidamente, a perderse en los pasillos. Los jóvenes se agolpaban en los rincones esperando a las chicas. Ella erraba entre corredores, columnas y patios, buscando una amiga, una sonrisa, alguna atención. Se sentía insignificante. Tal vez a las demás les pasaba lo mismo porque las veía solitas, mirando tímidamente a su alrededor. Decidió refugiarse en el baño y encontró un montón de niñas. Igual que ella, querían esconderse. Daban vueltas y vueltas ante los espejos, se peinaban, entraban y salían de los inodoros. Ella no hallaba qué hacer. El tiempo se le hacía largo, insoportable. Sonó el timbre y aquel ruido le pareció una alarma, algo peor que el azoro vivido. Era de nuevo el salón lleno de seres desconocidos, con una especie de robot hablando solo

y unos muñequitos de papel sueltos, girando por el aire sin sentido, hasta que al fin caían en un pupitre.

Así transcurrieron sus primeros días. Le costaba adaptarse a la vida estudiantil. Poco a poco fue descubriendo que a las demás les pasaba lo mismo. Entonces ensayó sonreír y contestar los saludos. Empezó a hacer amistades. Descubrió que todas tenían las mismas dudas, se ruborizaban fácilmente, trataban de ocultar los pezoncitos y les atraían los muchachos. Comenzaron los encuentros a escondidas, las comparaciones anatómicas, y las preguntas: ¿Te gusta alguno de los niños? ¿Ya te están saliendo las teticas? ¿Y los pelitos también? ¿Has visto a papá y mamá haciendo cositas? Algunas sospechas se hicieron certezas, algunas revelaciones se convirtieron en preguntas o retos imprevistos. Lentamente pasaba de la niñez a la adolescencia.

Sin embargo, los cambios físicos fueron más rápidos que su comprensión. Desnuda ante el espejo contemplaba con asombro su metamorfosis. Los pechos crecían impacientes, sus axilas y pubis se cubrieron de un vello rizado, y sus nalgas ceñían las pantaletas. Con una especie de temor sagrado recorría las partes de su cuerpo que se tornaban más exuberantes. Tal vez a eso se refería su hermana cuando le dijo que ya era una mujer. Poco a poco fue aceptando los cambios. Estos no eran solamente físicos. Toda ella vivía una especie de efervescencia, de explosión interior, de sexualidad

urgida. Quería atraer a los jóvenes, conocer el mundo, romper con las prohibiciones y desobedecer a sus padres. El pudor fue cediendo paso a la tentación.

El número de sus amigas creció rápidamente, así como su interés en el sexo opuesto. Empezó a leer, buscando una explicación a sus inquietudes, y coqueteaba ante el espejo ensayando poses y sonrisas seductoras. Era tanto su entusiasmo que no se dio cuenta de la mirada de sus padres. Era como si no existieran o no importaran. Empezó a concebirlos como un obstáculo entre ella y su necesidad de vivir la vida.

Y repentinamente, cuando apenas entraba en la adolescencia y se llenaba de atractivos insospechados, cuando esa transfiguración le otorgaba una calificación distinta en la sociedad masculina, ocurrió un hecho que habría de trastornar su vida, arrojándola abruptamente al mundo adulto. El país se estremeció ante la caída de la dictadura y el advenimiento de la democracia. Después de largos años sometidos a un gobierno autócrata, oficiales descontentos, partidos ilegalizados y ciudadanos indignados, formaron un coro único e indetenible. A la par que los aviones cruzaban el cielo y los tanques salían a la calle, el pueblo recorría la ciudad clamando libertad, y las emisoras de radio lanzaban consignas y mensajes agitadores. Los padres de Andrea, sus hermanos y ella formaron parte de aquel torbellino entusiasta. De pronto comprendió que había cosas más importantes que ella, los libros y los

hombres: un país pletórico de acontecimientos extraordinarios, de pasiones y sacrificios. Y ese suceso excepcional, paradójico y avasallante era la política.

Fue un descubrimiento excitante. A los catorce años asistía a foros, leía periódicos, oía la radio y participaba en concentraciones y mítines donde se denunciaban las atrocidades cometidas por el régimen. No resistió aquel llamado excepcional. Olvidó el coqueteo y los espejos y se arrojó de bruces en la vorágine partidista. La política, una actividad exclusivamente masculina, abrazó a todos por igual y Andrea no resistió su llamado. Su exaltación era tanta que el susto de los padres ante una hija linda e irreverente cambió de motivo. Ahora era una jovencita rebelde que no se paraba en mientes para meterse en asuntos exclusivos de hombres.

Nadie la entendía y pocos la aceptaban. Era una hija problemática y una jovencita criticada. Su pasión política despertaba dudas y extrañeza. Aquella era la edad en que las adolescentes se divertían con sus amigas, escapaban a las fiestas y tenían novios a escondidas. No era común una chica así, y más de un joven la miró con suspicacia. Las buenas familias no la recomendaban como amiga de sus hijas. “Ella es una muchacha rara”.

Pero Andrea era invulnerable. Así continuó algunos años hasta que un día, inesperadamente, afirmó que la

socialdemocracia era una superchería que ocultaba intereses despreciables, y traicionaba sus principios. Era la posición de la clase media decadente, y ante el horror de sus padres y el rechazo de los hermanos, decidió que ya no compartía esas ideas y se calificó de comunista. Ella lucharía por la transformación del mundo.

Comunismo equivalía a ateísmo, a la quiebra de los valores morales, y a ruptura familiar. Según su padre eran malos y capaces de todo, pero ella no hacía caso. Ni las amenazas paternas, ni el llanto de la madre, ni la reconvención de los hermanos surtieron efecto. Era revolucionaria por encima de todo y todos.

Solo contaba dieciséis años, pero actuaba como una mujer de veinticinco. Pidió inscripción en el Partido Comunista. Sin embargo, no fue admitida. Debía esperar la mayoría de edad. Entre tanto le dieron escritos marxistas y le confiaron tareas menores. Aquellas pequeñas responsabilidades la llenaron de orgullo y le permitieron foguearse ideológicamente.

Estaba contenta. Solo debía esperar dos años para ingresar legalmente en el Partido Comunista. Mientras tanto participaba en manifestaciones estudiantiles. Lanzaban consignas, quemaban carros, apedreaban a la policía, quebraban vidrieras. Ellos, los jóvenes, exigían otro tipo de gobierno. En realidad, no tenía una idea concreta de cuál gobierno, pero se trataba de luchar

contra un estado que se había anclado en el reformismo y no profundizaba los cambios. ¿Pero qué cambios?

No sabía exactamente. Apenas entendía los folletos, revistas y periódicos que le daban a leer y los cursos de ideologización, pero necesitaba creer. Sabía que el mundo no le gustaba, que odiaba las desigualdades, y aunque aún no comprendiera el discurso marxista lo asumía como la verdad. Era una rebelde llena de idealismos, emotividad, afanes transformadores y deseos de jugar un papel importante en la sociedad.

Leía, leía continuamente. Pasó de las novelas románticas y panfletos políticos a los grandes escritores. Participaba en actividades artísticas y políticas, flirteaba y se divertía. Además, su belleza florecía y le sobraban enamorados. Ese lapso, entre los dieciséis y los anhelados dieciocho años, fue el más enriquecedor y grato de su vida, ávida de grandes acontecimientos.

Al fin cumplió los dieciocho. Para entonces un suceso extraordinario daría un vuelco a su vida. El Partido Comunista, tras ardua lucha opositora en el Congreso, y actividades sediciosas en los barrios, fue ilegalizado. El gobierno violó la inmunidad parlamentaria y sus representantes, senadores y diputados, fueron encarcelados. El Comité Central, ansioso por imitar la Revolución Cubana, utilizó ese hecho como pretexto. Se ordenó la lucha armada, en sus



dos variantes, rural y urbana. Llena de una emoción indescriptible, Andrea formalizó su ingreso en el Partido Comunista.

Se abrió para ella un período de intensa actividad. Quería ser una militante excepcional. Sin embargo, su edad y escasa experiencia eran una limitación. Le encomendaron tareas de solidaridad con las guerrillas. Debía conseguir dinero, ropas, medicinas, alimentos, escondites. El partido entró en la clandestinidad, y dado lo delicado de la situación, le asignaron un miembro del Comité Regional para adiestrarla. Mientras el camarada llegaba, le dictaron charlas sobre normas de clandestinidad y le pidieron que escogiera un seudónimo.

A la par del trabajo político, su atractivo se acrecentaba. Ahora sí se sentía una mujer. Aquella seguridad se la confirmaban los espejos y la mirada de los hombres. Una mezcla de curiosidad, vanidad y deseo turbaban sus sentidos y le impedían recordar que ella no era simplemente una chica hermosa. Era una camarada, una revolucionaria llamada a subvertir el sistema imperante, la podredumbre de la burguesía y a instalar el socialismo. Ese propósito era lo más importante de su vida.

Sin embargo, su feminidad, su sexualidad, su belleza marcaban sus propias pautas. De una manera callada, subrepticia, la naturaleza se imponía. No podía evitar

el interés que despertaba en los hombres, ni el hecho de que eso le agradara. Es más, de una manera simulada trataba de atraerlos, de conquistarlos, aunque ninguno le gustara de manera especial, solo que aquellos escarceos amorosos le permitían explorar el sexo opuesto, y conocerse a sí misma.

Aun así le era difícil conocerse. Seguía llena de incógnitas, de temores indefinidos. Su adolescencia parecía haberse prolongado. Todo era misterioso: el hombre, la mujer, Dios, la vida, la muerte. Vivía en una búsqueda permanente y solo tenía una certidumbre: la militancia política. Todo lo demás se presentaba confuso, nebuloso. La palabra sexo estaba prohibida. Era un tema tabú. Aunque muchas veces intentó explorar esa parte oscura e inquietante de su vida, nunca encontró una respuesta clara. A cada pregunta, el silencio, la reconvención, la evasión. El único precepto en el cual todos hacían énfasis, era en la obligación femenina de preservar la virginidad. “Es el tesoro más precioso de la mujer”. Si la perdía se convertía en una mujer fácil. No deseaba que tal cosa sucediera. De una manera inconsciente, casi automática, reprimía cualquier impulso que pusiera en riesgo su virtud y su reputación.

Además, no sentía interés especial en ningún hombre ni tenía que contener sentimientos turbadores. Su afán se dirigía a las grandes incógnitas de la vida, y al momento político. A pesar de que la democracia se

consolidaba, ella creía firmemente que no. El hombre común, el ama de casa, el trabajador, no querían nada con el comunismo. Le temían y lo repudiaban. Mas los manuales marxistas, los folletos maoístas, la revolución cubana, insistían en que ese era el verdadero camino, que el método único y viable era la lucha armada, y que la socialdemocracia era una engañifa a la cual debían desenmascarar con formación ideológica y pasión revolucionaria. Al partido había que entregarle todo: trabajo, familia, amores, bienestar, y hasta la vida. Debían renunciar a sí mismos y a toda apetencia material, y orientar sus objetivos a lo único válido de la existencia, de la conciencia humanista y del ideal transformador del mundo: el comunismo.

Se fue de la casa. Ya las relaciones entre ella y su familia eran tensas, sus vecinos y amigos la criticaban, y ella estaba orgullosa de la misión que le asignaran. Pensó que eran los únicos que la comprendían y la tomaban en serio. Además, aquella sociedad de tabúes femeninos, de valores materiales y prejuicios religiosos no tardaría en ser removida hasta sus raíces. Con una gran satisfacción comenzó a trazar los planes de su futura misión.

### ***III***

Fue cuando Pedro Manuel entró en su vida.

El Comité Regional lo designó para trabajar juntos en el frente financiero y en la obtención y adiestramiento de armas. Solo sabía su seudónimo y ése sería el nombre con el que lo recordaría toda la vida.

Apenas lo vio sintió el impacto. Más que un impacto fue un sacudón, un zarpazo, un desfallecimiento. Moreno, de frente ancha y ojos apasionados, se detuvo ante ella, como una piedra que lanzan inesperadamente, oscila, busca su equilibrio, y allí queda, firme y eterna. La desazón la invadió. Nunca antes había experimentado algo semejante. Lo miró turbada y con un ligero temblor. Él también la miró. Vio su inquietud, su ofuscación. “Éste es”, se dijo, no con el pensamiento, sino con todo su cuerpo. Desde ese momento ya no se perteneció a sí misma.

La miró de arriba abajo, en una mirada apreciativa, y pareció vacilar. Sin embargo, tendió la mano.

—Pedro Manuel.

Y ella tendió la suya, súbitamente humedecida. No supo cuándo ni cómo pronunció su apodo. Cuando él la soltó, sintió que perdía el equilibrio.

Conversaron brevemente sobre el trabajo a realizar. Preguntó dónde se reunirían.

—No puedo decírtelo. Siempre será en un sitio diferente. Tampoco puedo decirte dónde vivo, ni darte ningún dato comprometedor. No preguntes ni anotes nada. Escucha y memoriza, y cuando sea necesario olvídalo.

Asintió. Quedaron en verse al otro día para planificar las actividades.

No podía dormir. Una doble sensación de felicidad y miedo le corría el sueño y la hacía imaginar sucesos extraordinarios. Ya no era la misma. Ya no se trataba de ella y sus sueños, de sus temores y dudas. Ahora estaba él. No hallaba cómo asumir aquella insólita experiencia, no podía racionalizarla ni domeñar un impulso poderoso, incontenible e inexplicable, que confundía sus sentidos y sometía su voluntad.

Al día siguiente, desde antes del encuentro, las manos le temblaban y las rodillas desfallecían. Cuando al fin llegó, a la hora exacta, aunque lo esperaba desde mucho antes, vio cómo se turbaba. Tartamudeó cuando le explicó que nunca debía llegar demasiado temprano ni demasiado tarde. Ella asintió.

Apenas entendía lo que exponía, pero se dio cuenta que a él le pasaba lo mismo. Se esforzaba por mantener la serenidad, pero no podía controlarse y confundía los datos. Andrea memorizó lo principal, aparentando calma. Al separarse, fijaron la próxima reunión.

Cuando se volvía, sintió su mirada en la espalda y se estremeció. Desde ese momento empezó a contar los días del reencuentro.

Se convirtió en una obsesión. Día y noche pensaba en él. Deseaba verlo todos los días, y apenas la convocaban a una reunión, salía rápidamente, ansiando encontrarlo. Apenas unos minutos antes su corazón latía alocadamente, y si no estaba todo perdía sentido. Se dio cuenta de que existía solo para él, y que el partido y todo lo demás se desdibujaban ante el aluvión de su presencia.

Pedro Manuel abrió los contactos para conseguir recursos financieros y armamento. Era la parte más delicada. El ser mujer y linda facilitaba las cosas. Los camaradas extranjeros, en especial italianos y españoles, colaboraban monetariamente, y algunos intentaron conquistarla, pero ella solo pensaba en Pedro. Sin embargo le inquietaba un hecho. A pesar de su innegable atracción, no intentaba traspasar la barrera de la camaradería y las responsabilidades mutuas. Debía saber que ella sentía lo mismo. ¿Por qué no le decía nada, por qué se cohibía?

De pronto desapareció. La información fue escueta. Ya los objetivos estaban cumplidos. Pedro Manuel pasaría a desempeñar otras funciones en el Buró Político y ella sería transferida al Comité Regional para completar su formación ideológica y militar, conocer más a fondo las

normas de seguridad, y convertirse en enlace directo entre la guerrilla rural y la urbana.

El ascenso y la confianza dada no la alegraron. Su corazón se encogió. Se fue. Aceptó irse sin decirle nada. Se sintió injustamente abandonada. El enamoramiento era solo de ella. Si le fue tan fácil marcharse sin despedirse, era porque no le importaba. Quería morir. Estaba perdidamente enamorada. Apenas lo vio unas cuantas veces, no sabía su verdadero nombre, no sabía exactamente qué hacía y ya estaba metido en su corazón, en su cerebro y en su cuerpo. Por primera vez experimentaba el amor como una palpitación en su carne, como un trastorno de los sentidos, y no soportaba el dolor ante su pérdida. El hombre amado había escapado, desaparecía de su vida, y dejaba un vacío espantoso. Andrea perdió el sueño y el deseo de vivir. De noche suplicaba al Dios que abandonara hace tiempo, al Dios en el que ya no creía y que la pena había resucitado extrañamente, que la dejara morir, que le impidiera la amargura de despertar sin él. Pero su Dios era sordo. Despertaba viva, consciente de su desdicha y el dolor le traspasaba el alma. Estaba segura que nunca podría reponerse de aquel quebranto, y que poco a poco moriría de mengua.

Y una noche, repentinamente, lo encontró. Fue convocada a una reunión urgente y se fue sin esperar nada. Estaba casi segura que no volvería a verlo. La esperaban los miembros principales del partido.

Entonces lo vio. Él enrojeció violentamente. Sus ojos brillaron y los músculos de su cara parecieron paralizarse. Y ella se quedó sin aliento, con las piernas trémulas y el corazón desbocado. No podía creerlo. Era él, sí, era él. Lentamente, atraída por una fuerza irresistible, se acercó. Hubo un súbito titubeo, un estremecimiento, y luego, una sonrisa de reconocimiento, de felicidad. Se miraron sin decir nada, pero toda la noche sus ojos se buscaron.

Había movimiento en los cuarteles. Desde ese momento el partido entraba en receso y se suspendía toda actividad. Debían marcharse cuanto antes. Pronto les entregarían la información necesaria. Andrea lo buscó con la mirada, pero había desaparecido. Aun así estaba contenta. Él sentía lo mismo, y estaba segura que deseaba volver a verla. Eso le bastaba.

Sin embargo, pasaron los días y no la buscó. El golpe de estado, liderado por oficiales izquierdistas, estalló con violencia y fracasó. El partido continuaba inactivo y la angustia de Andrea era creciente. Nada sabía de él. Para colmo, todos sus compañeros estaban escondidos y no daban ninguna información. Sintió que enloquecía. Una vez más Pedro se iba sin decir nada. Solo quedaba el recuerdo de un instante de conmoción en que sus mejillas enrojecieron y los labios temblaron, en que ninguno de los dos pudo apartar los ojos del otro, y una misma sonrisa de felicidad cruzó sus rostros.



Otra vez sola y abandonada. La ausencia de él era la pérdida de todo, un vacío, un dolor permanente. Nada tenía sentido, nada la satisfacía, nadie le importaba. No se hallaba en ninguna parte y vagaba de un sitio a otro, como perdida, buscándolo. Sus pensamientos eran solo de él, su felicidad era él. Constantemente se preguntaba cómo podía vivir sin ella, cómo podía alejarse así, cuando estaba segura que también estaba enamorado. Su ausencia y el desconocer la causa la atormentaban día y noche.

Se decidió a buscarlo, a prescindir del temor y preguntar por él. Nadie sabía nada, nadie informaba nada. El partido extremaba las medidas de precaución. El golpe de estado había sido fraguado por militares izquierdistas en connivencia con civiles, muchos estaban presos o escondidos, algunos habían desaparecido o eran brutaemente torturados y asesinados. Le aconsejaron que se retirara un tiempo y tuviera mucha prudencia. Desalentada, pensó que debía esperar una nueva oportunidad, o de lo contrario, olvidarlo.

Pero no podía. La sola idea de olvidarlo dolía demasiado. Era dejar de ser ella misma, era vivir en un cuerpo vacío. Él estaba siempre presente, y las pocas veces que intentó otra relación, resurgía con más fuerza, con mayor insistencia, como si fuera el único merecedor de ser amado, el poseedor exclusivo de su corazón y de su vida, el único capaz de hacerla reír o llorar. Y lo era.

Una tarde, cuando la tristeza y desesperanza la abatían, recibió una comunicación. Debía trasladarse fuera de la ciudad, reunirse en determinado sitio con un camarada no identificado, dar su seudónimo y contraseña. Así lo hizo, y no sabía por qué; de manera absurda, deseaba que el camarada anónimo fuera él. Pero no era. Apenas abrió la puerta, el desaliento la invadió. No era Pedro y esa otra persona no le interesaba. Ni siquiera podía concentrarse en la información dada. Quería llorar. Cuando estaba a punto de marcharse, tocaron la puerta. Se alarmó ¿La policía? El camarada la tranquilizó. Dieron una contraseña y la puerta se abrió. Era él.

¡Era él, Dios mío, era él! No podía creerlo. Era él saludando, era él entrando, era él acercándose. Sintió que desfallecía. La miró brevemente y se fue aparte con su amigo. Le pidieron que esperara y ella obedeció. No podía hacer otra cosa, no podía abandonar el sitio donde se encontraba el hombre que tanto amaba. Pasó un buen rato y su angustia aumentó. ¿Por qué tardaba tanto? ¿Por qué apenas la miró? Al fin salieron y se ofreció a llevarla. Aquella invitación rompía con todas las normas de seguridad, pero no podía negarse. Entró al auto y se sentó a su lado. Durante varios minutos se deslizaron por la carretera en silencio. En un recodo él estacionó. Entonces se abrazaron.

¿Fue un ardid? ¿Se pusieron de acuerdo para aquel encuentro? No lo sabía ni le importaba. Lo que sí sabía es que era la mujer más feliz del mundo. Por primera

vez experimentaba el amor verdadero, por primera vez conocía los deleites del enamoramiento, y por primera vez la urgía el deseo que no sabe ni puede esperar. A pesar de las advertencias familiares, del riesgo a perder su reputación, a pesar de las prédicas moralistas del partido, anhelaba pertenecerle, amarlo en la forma que fuese. Iba contra todas las previsiones y sus consecuencias, pero la necesidad de poseerlo y ser poseída era más fuerte que cualquier temor, que toda conveniencia.

Lo amaba indescriptiblemente, lo deseaba con todas las fuerzas del alma y de su cuerpo joven, pero no podía dar rienda suelta a su pasión. Era virgen, y él lo sabía. Además, era su camarada. A veces ella flaqueaba y era Pedro Manuel quien la contenía. Al principio se veían a escondidas, en sitios alejados, pero aquella opción resultaba peligrosa. Las caricias eran cada vez más audaces y costaba contener el deseo. Andrea le pidió que se casaran y él se negó. En ese momento era imposible. Trabajaba para el partido con una paga miserable y ella también. Ambos tenían responsabilidades ineludibles con la revolución y no podían fallar. Debían esperar.

¿Esperar? ¿Hasta cuándo? Cada día era más difícil.

—Entonces, empecemos un noviazgo formal, que todos sepan que nos amamos, que en cualquier momento nos casaremos.

—No. Pronto debo volver a Caracas a reanudar mis actividades. Sabes que estoy aquí por las circunstancias. Apenas pase el escándalo del golpe me reincorporaré al trabajo. Tú debes estudiar. Vendré frecuentemente a informar de lo decidido, y nos veremos. Es mejor esperar.

No, no podía estar de acuerdo, no quería esperar. Juntos eran felices, separados sufrían. Él era más cauto, no quería precipitar las cosas y tampoco quería desvirgarla. Solo era cuestión de paciencia mientras solucionaba algunos problemas. ¿Qué problemas? Por ahora no puedo explicarte, pero después lo sabrás.

De él quería saberlo todo, y no perder un instante de felicidad. Cada cierto tiempo llegaba de Caracas, se reunía secretamente con el Comité Regional, y con ella. Alejados de la ciudad, en el auto, se entregaban a la pasión, mas en el momento álgido él interrumpía. Andrea, con la blusa abierta, la falda arriba de las rodillas, le rogaba que continuara. Una vez se detuvo en sus senos y condujo su mano hasta el pene inflamado y caliente, y ella lo acarició despacio, con deseo, con ardor. Sin aguantarse más abrió la bragueta y se sentó sobre él. Se mecieron desfallecientes, hasta que terminaron. Después la bajó suavemente y puso el auto en marcha.

Así pasaron largo tiempo. Una vez no pudieron contenerse más y fueron a uno de los tantos sitios

clandestinos. El deseo tanto tiempo reprimido explotó. En una cama angosta y chirriante, sin desnudarse, se abrazaron apasionadamente, convertidos en un nudo apretado, en un solo cuerpo que saltaba sobre el colchón, rebotando como una pelota, aferrándose el uno al otro, como si temieran que algo o alguien pudiera separarlos, como si no creyeran que al fin estaban juntos y podían amarse plenamente, como si al acariciar sus cuerpos fueran a morir y perdieran para siempre la oportunidad de la entrega. No supieron en qué momento se desnudaron, dispuestos a la posesión total, y cada uno siguió el ritmo del otro guiado por el instinto y el deseo, pero en el instante en que él la embestía y su pene tocó el himen, Andrea soltó un quejido. Hubo una pausa, un momento de duda. Pedro se irguió sobre sus pechos.

—Vámonos —y se levantó.

Andrea protestó, pero fue inútil.

—No quiero tomarte así, no quiero desflorarte. Apenas resuelva mi situación nos casamos.

Andrea se enfureció:

—Pero yo quiero.

—Yo también quiero y te lo haré, pero no ahora.

Ella acarició su mejilla:

– Quiero que seas tú.

Asintió y volvió a besarla. Al fin se calmó. Poco a poco se vistieron. Tenía la vagina mojada, su clítoris palpitaba y todo su cuerpo se estremecía en un temblor interior. Se lo dijo.

– Tal vez nadie te ame tanto como yo, pero no podemos ser irresponsables. Pronto podremos hacerlo sin temores. Todo lo que queramos.

Guardó silencio. Recostada de la pared, lo observó fijamente. Quería retenerlo para siempre en su memoria, como si acabara de perderlo, como si aquel instante en que casi fue suya por completo, se diluyera llevándose para siempre. Se pegó a su cuerpo:

– Quiero un hijo tuyo.

De nuevo asintió, las mejillas contraídas y las venas del cuello súbitamente inflamadas.

– Lo tendremos.

Entonces, inexplicablemente, volvió a desaparecer. Transcurrió un tiempo largo en que no sabía nada de él. Andrea estaba desesperada. Ni siquiera podía preguntar. Sus amores eran tan clandestinos como el

partido mismo. Tenía miedo que le hubiera pasado algo. En el colmo de la angustia buscó al compañero que acordara el encuentro. No sabía nada. No podía pasar algo grave porque se lo habrían comunicado. Era mejor que esperara. ¿Esperar? Ella no podía esperar. Desconsolada, sin importarle nada, lloró. El camarada prometió ayudarla. Apenas supiera algo le avisaría.

Pasó varios meses en la peor de las agonías. No se explicaba una ausencia tan prolongada, un silencio tan absoluto. ¿La había olvidado? ¿La abandonó? ¿Por qué? Él era su necesidad. Estaba dispuesta a buscarlo, a saber qué sucedía así violara las reglas de seguridad, así cometiera un acto de locura y sospecharan lo que era cierto. Fue cuando le avisaron que una camarada del Comité Central vendría de Caracas para informar sobre los últimos acontecimientos y entregar las nuevas disposiciones.

Su corazón saltó: “Ella es la solución. Tiene que saber de él y le preguntaré. No me importa nada”. Al término de la reunión la buscó. Quería una cita, era importantísimo. Al día siguiente se vieron. Parecía intrigada, y Andrea le contó lo sucedido. Lo amaba, sufría demasiado y no sabía nada de él. La camarada vaciló. Tal vez se conmovió, tal vez como mujer la comprendía, lo tal es que aceptó ayudarla.

—Pedro no está en Venezuela. Tiene problemas familiares y fue enviado a Cuba. No puedo decirte nada más.

— ¿Problemas familiares? —El corazón se le detuvo, abatido por un mal presentimiento— ¿Problemas familiares? ¿Qué tipo de problemas?

Ella la miró de frente. Parecía dudar. Al fin soltó las palabras temidas.

— ¿Nunca te lo dijo? Bueno, debió hacerlo, pero yo no puedo ocultártelo. Es casado y con dos hijos.

Se quedó muda. Sus piernas flaquearon y creyó que iba a caerse. No supo cómo pudo mantenerse en pie, cómo estaba ahí, inmóvil, mirando a la mujer que le daba la noticia más terrible de su vida. Al fin no soportó más, cayó sobre la cama y rompió a llorar. Lloraba sin disimulos, sin poder contener su pena. La camarada tomó una de sus manos.

—No te conviene. El partido no permitiría una relación entre ustedes y te expones a una expulsión. Los dos están en riesgo.

— ¿Casado con quién? ¿Quién es ella?



—Una camarada, una guerrillera. Ella está enferma y Pedro se la llevó a Cuba para hacerle un tratamiento. No tardará en volver.

Asintió. Por más que lo intentó no pudo marcharse, no quería marcharse. Le aterraba quedarse sola. Era el fin de una ilusión, la agonía del amor, el suicidio. Siguió echada en la cama, sin poder levantarse, sin parar el llanto. Victoria caminaba frente a ella, confundida, incómoda.

— ¿Quieres una entrevista con él? Puedo avisarle cuando llegue a Caracas.

—No, no deseo volver a verlo, no quiero saber nada de él. Me ha engañado.

Al fin se fue. Llevaba la muerte en el alma. Antes de irse, la camarada le confió su seudónimo:

—Victoria, por la victoria que se avecina —y le entregó un número telefónico—; cualquier cosa, lo que sea, me llamas.

No pudo llamarla. Constantemente se decía: “Con razón me esquivaba, con razón no quiso desvirgarme, con razón no podía casarse, con razón...”, pero a medida que encontraba mil razones explicando su extraño comportamiento, sentía que lo amaba más. A pesar de todo, a pesar de sí misma, lo amaba. Más que

nunca, más que antes, y comprendió que él, contra su propia voluntad y deseo, desafiando las reglas partidistas y arriesgando su matrimonio, también la amaba. También se había enamorado.

Sin embargo, no volvería con él. Le había mentido. Fue incapaz de decirle la verdad, y eso bastaría para odiarlo, pero aun así no podía apartarlo de su pensamiento, no podía sacarlo de su corazón, y cada segundo sin él era un infierno. Presentía que iba a volver, que le reclamaría su falsedad, su falta de hombría, y le diría que no deseaba verlo nunca más, pero al imaginar la escena se deshacía en lágrimas. El miedo de perderlo para siempre, de negarse a toda esperanza, era peor que el engaño.

Y volvió. Se quedó petrificada al verlo. Ella era una pregunta abierta y él un silencio adolorido. También permaneció inmóvil, sin poder inventar una excusa o una mentira. Fue ella quien habló. Lo sabía todo, no debía mentirle más, no debía disimular más. Victoria le contó y desde ese momento ella no tuvo paz. No quería volver a verlo.

—Todo lo que dices es cierto. Sí estoy casado y no quería enamorarme de ti. Luché contra esto desde el principio, pero llegó el momento en que no pude más. Yo te amo.

Fue su única explicación. Permaneció un rato indeciso, sin saber qué hacer, mientras Andrea lo miraba ansiosamente, deseando que la abrazara y besara, que saltara por encima de todos los inconvenientes, de todos los obstáculos, que le dijera “no puedo abandonarte, no puedo vivir sin ti”. Sin embargo, no se movió. Lentamente, sin dejar de mirarla, retrocedió y se fue. Otra vez se iba. No insistió, no luchó. Simplemente se fue.

¿Cuánto tiempo pasó? No sabría decirlo. Solo sabía que su decisión la estaba matando, que lo añoraba más de lo imaginado, y no tenía el valor de vivir sin él. “Seré tuya siempre, solo tuya. No me importa que estés casado, que tengas hijos, nada me importa. No puedo vivir sin ti, y seré tu mujer como sea. Toda la vida, por momentos, a escondidas, no me importa”. Ella le pertenecía.

Sin más vacilaciones recurrió al camarada amigo y le entregó una carta. Al poco tiempo llegó. Por primera vez lo vio anhelante, sin ocultar sus sentimientos, sin poder contenerse. La reconciliación fue uno de los momentos más maravillosos de su vida. Él no hizo preguntas y ella no dio explicaciones. Simplemente se abrazaron. La pasión cedió paso a la felicidad del reencuentro, y se besaron largamente. Después le contó:

—Ella es una mujer extraordinaria, además es la madre de mis hijos, pero ya no la amo. Estoy enamorado de ti, estoy dispuesto a todo por ti. Le solicitaré el divorcio.

Permanecieron en silencio unos minutos. Después agregó:

—Desde hace tiempo he pensado en decírselo, pero no sé cómo.

Continuaron viéndose. Volvieron las noches fogosas, el deseo agitándose como pájaro en celo, las súplicas de Andrea y la férrea decisión de él de ser prudentes. Apenas volviera a Caracas hablaría con Alicia.

No hubo tiempo. Ambos fueron llamados de urgencia por la dirección del partido. Andrea se asustó.

—Nos descubrieron.

Él trató de calmarla, aunque también estaba nervioso:

—No creo. Lo más seguro es que nos destinen a una nueva misión.

— ¿Qué misión, si hace tiempo no nos convocan para nada?

—Tranquilízate. Hemos sido cuidadosos y nadie lo sabe.

– ¿Y Victoria? ¿Y tu amigo?

– Son incapaces de traicionarme.

Fueron demasiado optimistas. El Comité Regional en pleno los esperaba. Sostenían amores clandestinos, y el partido no aprobaba tales relaciones.

– El comunista debe ser un ejemplo para la sociedad. Esta es la sociedad burguesa, cuyos valores están podridos y por eso la queremos cambiar. Incurrir en sus mismas faltas es una traición a la causa y nos descalifica como revolucionarios.

Hubo un silencio hostil. Andrea temblaba de indignación. Al fin Pedro se atrevió:

– No hemos faltado en nada. Simplemente estamos enamorados y queremos casarnos.

– ¿Casarse usted? Primero deberá divorciarse de la camarada Alicia.

Andrea no soportó más y saltó:

– ¿Qué pasa? ¿Es que no podemos enamorarnos? ¿Es que no existe el divorcio?

El silencio hostil se tornó en cólera sorprendida. Uno de ellos se volvió airado hacia Pedro:

– ¿Divorciarse de la camarada Alicia? ¿Acaso sabe lo que dice?

La pregunta parecía una sentencia. Después silabeó:

– Ella es una mujer íntegra, una revolucionaria dedicada a la causa a la que usted y el partido le deben mucho. Jamás lo admitiremos.

Andrea protestó:

– ¿Y por qué no? ¿Acaso nuestro amor no vale nada? Yo también soy una camarada dedicada a la causa, y quiero casarme con él.

El Jefe la miró, pálido de rabia. Dio un golpe a la mesa.

– Esto es una locura. Usted ha tenido un comportamiento indigno de una camarada, de una verdadera revolucionaria. Ha incurrido en una desviación imperdonable. Debería darle vergüenza.

Andrea ripostó:

– Sé que es casado, pero igual lo amo y no siento vergüenza.

El Jefe fue terminante:

– Se acaba esa relación ahora mismo o ambos serán expulsados.

Hubo una interrupción y luego el enfrentamiento directo hacia Pedro:

— Ya sabe lo que una expulsión significa para usted.

Y lo sabía. Estaba lívido, demudado. Todos callaron. El Comité permanecía rígido, con una evidente indignación. Poco a poco, en un acuerdo tácito, despiadado, se incorporaron. Andrea se quedó mirando las sillas vacías. Pedro colocó una mano sobre su hombro y se volvió hacia ella. Tenía los ojos arrasados en lágrimas.

— Lo siento.

Andrea apresó su mano, pero él se desprendió. Hubo unos segundos de duda, de estupor. Al fin se dio cuenta que se había ido. Asaltada por el peor de los temores, salió detrás de él. No estaba.

Se fue. La había abandonado. Le costaba entenderlo, le costaba aceptarlo, pero era verdad. Estaba ahí, sola, con el alma deshecha, presa del dolor más grande de su vida. Se fue, se fue, repetía, todavía incrédula. “Sabe lo que una expulsión significa para usted”. Era la pérdida de todo. El partido, la causa, la familia, su pasado, presente y futuro. Todo. Y ella era algo, algo importante, pero no todo.

Él sí lo era. Ahora lo perdía a él y al partido. Era una mujer marcada. Sabía que en casos así el castigo es más duro con la mujer. La moral comunista era tan discriminatoria con su sexo como la cristiana. Ya no la aceptarían, ya no la tomarían en cuenta. Sería marginada.

Poco a poco caminó por la avenida colmada de gente y sin él. Lo había perdido, y se había perdido. De un solo golpe fue despojada de los dos amores más importantes de su vida. Ahora no era nada. Un ser vacío, un dolor eterno, una cosa insignificante. ¿Qué haría sin Pedro, sin el partido al cual había entregado tanto y que había convertido en su fe, su religión, su hogar y su familia? ¿Qué sería de ella? No sabía, no podía responderse, tampoco sabía a dónde ir. No quería volver al apartamento, no buscaría a ningún camarada. Necesitaba un refugio seguro, un sitio sin preguntas ni acusaciones. Entonces, sin darse cuenta, encaminó los pasos hacia su casa.

Los padres la recibieron con gran alegría. Sonrientes, la apretaron contra su pecho, meciéndola como a una niña. No les contó la verdad. Solo dijo que había abandonado el partido, estaba decepcionada y no volvería. La madre corrió a prepararle la cena, mientras anunciaba a todos que Andrea había regresado. Los hermanos corrieron a abrazarla. En medio de su tragedia personal, se sintió reconfortada y agradecida. Empezó a sollozar. Cuando la madre regresó, se detuvo



en la puerta, sin saber qué hacer. Se acercó poco a poco y alzó su cara:

– ¿El partido es la única razón?

Bajó la cabeza, sin contestar. No era común la confidencialidad entre ellas.

No podía disimular su tristeza. Todos la atribuían a su exclusión del partido, salvo la madre, que la perseguía con una interrogación en los ojos. Nada sabían de Pedro. Se entregó sin renuencias a la pena. Ya no quedaba el recurso de coincidir en alguna reunión política. Era una execrada. Sin consideración alguna la echaron, le tiraron la puerta en las narices, y Pedro, el hombre que amaba, la persona más importante de su vida, se quedó tras la puerta con sus verdugos, con sus asesinos. Se sentía una paria, un ser inservible, y al sufrimiento inmenso de perderlo se unía la sensación de no valer nada ni importarle a nadie.

Fueron años terribles. El partido y sus aliados se debatían en fuertes contradicciones, luchaban por los liderazgos, sufrían derrotas y triunfos, insubordinaciones y desertiones, y se decretaron fusilamientos prematuros e injustificados. Se generalizaron los asaltos a bancos, los secuestros y asesinatos. Ella sentía que moría de inercia, sometida al ayuno político, pero también pudo discernir que disentía de aquellas formas de lucha. Comprendió que

de ese modo no se daría la victoria. A la par de sus dudas, veía cómo la represión se acentuaba. Crecía el número de desaparecidos, de torturados y detenidos. El pueblo no comulgaba con la rebelión izquierdista, pero los altos dirigentes no parecían darse cuenta. Deslumbrados con la consolidación de la revolución cubana, con la oleada subversiva que arrasaba el continente y sus figuras más emblemáticas, no percibían el sentir popular.

Y ella, a pesar de su resentimiento, no podía arrancarse el recuerdo de Pedro. Quería volver a verlo, quería perdonarlo. Soñaba constantemente con él, y el sueño era siempre el mismo: se encontraban, se abrazaban loca y felizmente, y cuando más disfrutaban el reencuentro, despertaba en la soledad del cuarto, en la soledad de la cama, con sus brazos aprisionando el aire, y la figura amada esfumándose en la noche, en el más despiadado de los olvidos.

## *IV*

No volvió. Pasados algunos años de abandono en los que contó con la comprensión de la familia, decidió rehacer su vida. Se acercaba a los veintitrés años y no había consolidado nada. Se iría a la capital a

comenzar la carrera de Sociología, la más afín con sus ideales marxistas. Porque a pesar de todos los errores, propios y ajenos, seguía siendo marxista.

Apenas llegó a Caracas buscó a Victoria. Le preguntó si alguna vez había comentado su relación con Pedro.

—Jamás —dijo firmemente.

Después conversaron sobre los fracasos de la izquierda.

—Nunca estuve de acuerdo con los atentados. Fue un error.

Victoria disentía.

—Eran necesarios y justificados. Se trataba de policías asesinos, de torturadores y verdugos. Los comunistas éramos víctimas de una persecución implacable.

— ¿Persecución implacable? Nosotros atentamos contra una democracia, defectuosa y como quieras, pero democracia, y el pueblo la apoya.

Victoria acusó a la democracia de corrupta y perversa, y a quienes la apoyaban, como unos pobres diablos engatusados. Polemizaron un rato sin coincidir en nada.

– ¿Pero sigues siendo comunista?

– Sí, claro que sí, pero en esto no los sigo. ¿Todavía hacen juicios moralistas?

– Ya no.

– Me alegra. Fue una injusticia.

Ya a punto de despedirse, un poco intimidada, con el corazón en la boca:

– ¿Qué sabes de Pedro?

– Está en las FALN, en el Frente Guerrillero de Oriente.

– ¿Sigue casado con Alicia?

– Sí.

Fue todo, escueto y simple. Una leve raspadura sobre la herida abierta. Se marchó desgarrada por el dolor, recordando cuánto planificaron su casamiento, y el hecho de que él continuara su vida anterior sin volver más nunca. Y la frase breve “Ya no hacemos juicios moralistas”, de espaldas al dolor que causaron, olvidados de tragedias como la que ella vivía desde el día en que la separaron del hombre que amaba.

Lo buscaba, lo buscaría siempre. Sabía que permanecía en las sierras de Falcón, pero contra toda lógica, de manera absurda, esperaba encontrarlo en cualquier lugar, en cualquier momento. Lo veía en todas partes, en calles solitarias, entre las multitudes, entre los amigos, en hombres desconocidos. Todos los días pensaba en él, todas las noches soñaba con él. No lograba interesarse en nadie, no deseaba acostarse con nadie. Aún persistía vivo el deseo de ofrendarle a él, sólo a él, su virginidad.

Fue en ese estado de enajenación que la llamó Victoria. "Pedro", pensó. No, no era él. Era el partido.

La esperaba con un amigo y compañero de luchas. Se sorprendió al verlo. Era un hombre atractivo, de modales finos y mirada inteligente. No experimentó la conmoción que le produjera el primer encuentro con Pedro, pero sí una grata impresión. Le gustó. Por primera vez se interesaba en otro hombre.

El saludo fue firme y cálido. Tenía las manos grandes y una sonrisa cautivadora. Su corazón palpitó. ¿Sería posible...? Pero era mejor no adelantarse a los acontecimientos. Victoria empezó a hablar. La situación era difícil. La lucha armada fue un fracaso, el partido estudiaba una reorganización, un cambio de estrategia, el gobierno socialcristiano ofrecía la pacificación. La necesitaban, porque la reorientación se dirigía al trabajo

de masas y la legalización. Incluso, se planteaba la vía electoral.

Se quedó atónita. ¿La vía electoral? ¡Cuántas veces renegaron de ella, acusándola de fraudulenta! ¿Y los jóvenes que se sacrificaron, los desaparecidos y muertos, los torturados? ¿Después de tanto tiempo reconocen que fue un error, que se debe echar marcha atrás, y que la democracia abría posibilidades que una vez negaron, y combatieron? ¿Y el adoctrinamiento, la preparación, la justificación de la lucha en qué quedaban? ¿Qué de los dirigentes que los convencieron para alistarse en la guerrilla, renunciando a su profesión, a la familia, y a la vida?

—Fue un error doctrinario, es cierto, pero la política es así. Cambiaron las circunstancias y debemos adaptarnos.

—No es fácil aceptar un razonamiento así.

—Las bases lo aceptan y piden una rectificación.

—No me contenta esa explicación. Fue el sacrificio de varias generaciones. No es posible que por imitar la revolución cubana, por no hacer un estudio profundo de nuestra realidad, el Comité Central nos lanzara a una aventura irresponsable.

Guardó silencio. Y de pronto, con rabia, con ironía, como si mordiera la fruta prohibida:

—Fue un error tan grande como el de controlar nuestras vidas, como el de juzgarnos. A veces me pregunto por qué sigo en esto.

Estaba dicho. Se asustó. Era una verdad temeraria, su verdad más sentida. Victoria enmudeció, se puso tensa y la miró sumamente contrariada. Se dio cuenta de que debía callar. Una buena militante no cuestiona, y ella quería reintegrarse al partido, quería recuperar a Pedro, y si persistía en sus críticas perdería toda esperanza.

Está bien. Amaba el partido, amaba el país, creía en la revolución. Sin embargo tenía miedo. ¿Y si la repudiaban de nuevo? ¿En qué concepto la tenían? ¿Victoria quería que volviera o era el partido quien la requería?

—Si yo quiero o no, no importa. El partido te necesita. Todo lo que pasó está olvidado.

— ¿Estás segura?

—Sí, muchas cosas han cambiado.

Aceptó.

– Ahora haremos trabajo de masas en los barrios, en áreas marginadas. Se trata de aumentar el caudal electoral.

– ¿Y qué debo hacer?

– Tú estudias Sociología. Irás a esas zonas a conformar células urbanas, a adoctrinar, captar a todos los que puedas. Tendrás asesoría del partido y te acompañarán otros camaradas.

Era lo que más añoraba, su gran pasión. El trabajo social, el adoctrinamiento, la preparación teórica y práctica. De nuevo era una camarada, una luchadora. El partido la recibió sin reticencias y su vida volvía a tener sentido.

Carlos, su nuevo pretendiente, se incorporó al equipo. No era un militante. Era un intelectual que creía firmemente en la necesidad de un cambio social. Ideó un excelente plan organizativo, de penetración e ideologización. Fueron meses de trabajo continuo. Los jóvenes y trabajadores de los barrios respondían a las nuevas proposiciones, no así la clase media ni las áreas marginadas. Una nueva pobreza se extendía por el país y de manera especial en la capital. Carecían de ideales y valores, y eran extremadamente violentos. Se hacía imposible desarrollar un trabajo político con ellos. El equipo, incluido Carlos Javier, se negaba a incursionar



en el laberinto de callejones y casuchas donde residían y delinquían.

Ya no se hablaba de comunismo, y menos aún se identificaban con la democracia social. Se pronunciaban por un socialismo ambiguo que nadie, ni aún sus dirigentes, sabía explicar. Las fuerzas aliadas de la izquierda disentían radicalmente de aquella doctrina. No aceptaban la vía electoral, y hubo quienes continuaron largo tiempo en la lucha armada. Andrea se daría cuenta, mucho tiempo después, que ambas tendencias estaban equivocadas. Los unos por insistir tercamente en una forma de lucha que carecía de apoyo social, y los otros porque se volcaron hacia la propuesta electoral sin definir su plataforma ideológica, y sin romper definitivamente con la izquierda tradicional. La lucha armada fue una valentía fútil, y la vía electoral daría pie al desencadenamiento de ambiciones de poder y enfrentamientos personalistas.

Sin embargo, a pesar de sus dudas y críticas, disfrutaba plenamente su nueva responsabilidad y su relación con Carlos. Empezó a ilusionarse. Salían frecuentemente, y cuando le propuso matrimonio, aceptó, aunque no quiso fijar fecha. Todavía amaba a Pedro, todavía lo esperaba y se guardaba para él. Mas la gratificante compañía de Carlos la animaba a suponer que poco a poco se enamoraría.

Transcurrieron varios meses de indefinición amorosa y escarceos tímidos. Necesitaba más tiempo, pero él insistía en profundizar la relación. Una tarde la invitó a una reunión clandestina. Irían los camaradas que disentían de la pacificación. Sentados en un sofá, conversando y riendo, esperaron. Carlos puso música y trajo una botella de vino. Hablaron de todo, y entre chanzas y juegos, comenzaron a besarse, mas a medida que pasaba el tiempo y los compañeros no llegaban, las caricias se hacían más atrevidas. Intentó oponerse, pero Carlos suplicaba y ella deseaba ser amada, volver a enamorarse. Él besaba su cuello, la acariciaba, insistía.

—Soy virgen.

—Lo sé. Por favor, no te haré daño. Yo solo...

Se dejó hacer. Por primera vez otro hombre la besaba y a ella le gustaba, por primera vez el recuerdo de Pedro no se interponía. Continuaron un rato hasta que él bajó la mano y tocó su clítoris.

—Te dije que todavía no —y trató de zafarse, pero, inesperadamente, él la levantó en sus brazos, la arrastró hasta la cama y se le echó encima. Rápidamente, abrió su blusa y el sostén, acariciando impetuoso sus senos. Andrea vio la expresión de su rostro, congestionado por el deseo, y comprendió que debía detenerlo. Quiso incorporarse, pero Carlos la retenía apretándose firmemente sobre su vientre. Hubo un forcejeo, una

breve y violenta lucha. Él la inmovilizó con sus brazos, empujó uno de sus muslos con una rodilla y abrió sus piernas. Una sacudida violenta le hizo comprender que la había abofeteado. Atontada, giró la cabeza buscando aire, jadeando, mientras sentía la dureza del miembro palpando la entrada de la vagina. Alcanzó a gritar: “¡No!” al tiempo que su pene se abría paso y la penetraba hasta lo más profundo, desgarrando el himen. Lanzó un alarido de dolor, de aterrada sorpresa, mientras él exhalaba un quejido, un balido de oveja, y caía exánime sobre su pecho. Andrea sintió el peso de su cuerpo sobre el de ella, oprimiéndola para siempre. La había violado. En segundos, la imagen de Pedro apareció ante sus ojos, y un sufrimiento atroz le atravesó el pecho.

Permaneció un rato inmóvil, incrédula, perdida en sí misma. Se volvió hacia su violador y lo vio, también inmóvil, la boca abierta y los ojos vidriosos. No podía sentir nada, no sentía nada. Estaba vacía de vida, de lucidez, de pensamientos. Deseaba irse, cerrar los ojos, negarlo todo, pero no podía. La verdad yacía allí, acostada a su lado. Podía extender una mano y tocarla, pero el estupor se lo impedía. Al fin, haciendo un esfuerzo sobrehumano se levantó. Un chorro de sangre y semen bajó por su entrepierna, y ardía la herida en la vagina. Sintió una fuerte necesidad de bañarse, de purificarse, y se dirigió al baño. Apenas entró, en una reminiscencia involuntaria, se miró al espejo, buscando la inocencia perdida. Apenas entrevió su faz pálida y

crispada. Detrás de ella apareció el rostro de la madre, envolviéndola en una mirada larga, en una interrogación eterna. La vergüenza la abatió.

—Perdón —musitó, y la imagen del hogar deshecho cubrió el espejo. Sintió la ruptura definitiva, el himen desgarrado como la cuchillada que, de nuevo, cortaba el cordón umbilical, su feminidad mancillada como un estigma que la separaba de su progenitora para siempre.

Una vez más pidió perdón. Era como arrodillarse, ultrajada, ante los seres que más amaba.

Se dio un baño largo. Después, desnuda y empapada, fue hasta la habitación. Se detuvo abruptamente. Carlos seguía dormido, y junto a él, como una rosa deshecha, estaba la mancha roja y redonda mirándola desde la albura de la sábana. De un solo golpe volvió a la infancia fracturada, a la niña que se asoma a otra realidad, al enigma de una mujer desconocida. Otra vez una mancha de sangre la devolvía a su condición de hembra, a la eterna ignominia, al estigma.

Permaneció de pie, sin poder dar un paso. Tenía miedo de acercarse, de tocar la prueba de su infamia, de mirar a Carlos. Tenía miedo de matarlo. Él parpadeó. Parecía aturdido, como si despertara de una pesadilla de años, como si un golpe brutal lo hubiera idiotizado. Cuando la vio se turbó, y rápidamente cubrió el pene con sus

interiores. Hubiera deseado reventar el espejo en que viera el rostro interrogante de la madre sobre aquella figura esmirriada, hundida en su oprobio. Enloquecida de dolor y rabia se tiró encima y le cayó a golpes. El aprisionó sus manos:

— ¡Vamos a casarnos, vamos a casarnos!

Andrea se incorporó sobre su pecho:

— ¡Jamás! ¡Nunca más vuelvas a hablarme, nunca más vuelvas a tocarme!

Se vistió en segundos, y no supo en qué momento bajó las escaleras, mientras él la llamaba desesperado. Cuando abrió la puerta se acobardó. No sabía cómo caminar, cómo llegaría hasta su casa. Iba con la cabeza baja, como si su rostro exhibiera lo sucedido, como si una cicatriz marcara su cara y todos la notaran. No podía borrar de su mente el recuerdo de la madre. ¿Cómo la enfrentaría? ¿Qué haría apenas abriera la puerta? Le había fallado. Había sido deshonrada, era una hija sucia, rota para siempre, distinta a ella.

— Te amo — musitó —. Te amo, te amo — repetía, como si la tuviera frente a sí, consternada.

Y después, como si también debiera enfrentar la mirada inquisitiva de Pedro:

— Tú me abandonaste.

Llegó a su casa y no pudo mirar a la madre. Bajó la cabeza, segura de que vería la cicatriz. Corrió a acostarse sin dejar de pensar en lo sucedido. Igual que aquella vez, súbitamente, era otra. Aquella vez perdió la infancia, ahora perdía la virginidad. ¿Qué haría si Pedro volvía? ¿Podría soportar sus preguntas, su decepción? Mas, ¿qué derecho tenía? ¿Acaso no se había ido? Sin embargo, el dolor y el sentido de la pérdida no eran exactamente por el abandono. Era porque no había sido él.

Lloró sin lágrimas. Lloró mucho tiempo, durante años. Pedro nunca más volvió, y Carlos, el hombre que despertara un nuevo sueño, había destruido su vida. Perdió su fe en la causa, en sí misma, en la vida. Ya no buscaría el amor, ya no era digna de un hombre bueno. Era una mujer dividida. Carlos la partió en dos mitades, y esas mitades no se reconocían. Y la política, su otra identidad, ya no contaba. Aunque el partido no la excluía, estaba fuera. Su militancia socialista fue un fracaso. Languidecía, sofocada, en el entramado intransitable del poder. Fuertes tendencias grupales y personalistas se enfrentaban por alcaldías, diputaciones y gobernaciones. No había lucha de masas, ni trabajo social, ni ideologización. Solo el poder valía, y ella carecía de tal pretensión. Todo había cambiado.

## V

Pasó años así, entre la incertidumbre, la decepción y el escepticismo, hasta que, sorpresivamente, se dieron acontecimientos inesperados. La capitulación marxista derribó barreras que se creían eternas. Surgió otra concepción del mundo, de la política, de la mujer. Los prejuicios, fulminados por la rebeldía generacional, dieron paso a una nueva filosofía, a una nueva juventud, a una fe distinta. Incluso a una revisión política. Se impuso la democracia. Muchas cosas sucedieron, constructivas y destructivas, pero todas ellas condujeron al surgimiento de ideales diferentes. Resurgió la esperanza. Andrea sintió que encajaba perfectamente en aquel espíritu renovador, y salvo algunos titubeos, sin muchas dilaciones, se adaptó a la inflexión de los nuevos tiempos.

Terminó la carrera, se abrió a otras experiencias, a otras relaciones, a la ilusión del amor. Fue en esa nueva visión, abierta a otras concepciones, que conoció a Rubén. Al principio era solo un sueño, pero después se enamoraron. Cuando se dio cuenta tuvo miedo. ¿Cómo contarle...? Aunque la virginidad no tenía la importancia de antes, temía confesárselo. No dudaba del amor de Rubén, pero él era un hombre de su generación, y tal vez no creyera su historia. Le costaba decirselo, y relatar el hecho más penoso de su vida le ocasionaba un fuerte sufrimiento. Al fin, en una cita

concertada, entre pausas, dudas y sollozos, contó todo. Se sorprendió de su reacción. La miró a los ojos, sonriente y diáfano:

— Yo te amo a ti, no a esa telita.

Se sorprendió ante la sencillez con que interpretó todo, como si el sufrimiento que escondía su confesión no pesara tanto, no fuera tan reprochable ni valiera la pena. Sintió un gran alivio, y fue como sumergirse en su transparencia.

— ¿Pero me crees?

— ¡Claro que sí! Y de todos modos, si se hubiera dado porque ese fue tu deseo, igual te amaría.

Se sintió absolutamente feliz, y, por primera vez en la vida, le urgía la necesidad de confiarle a alguien cuánto había sufrido, y cómo, desde esa vez, tenía una pobre visión de sí misma, cómo se sintió cortada en dos pedazos que no volvieron a unirse más nunca.

— Fue el día más trágico de mi vida. Nunca volví a ser la misma.

Y lo miró de nuevo, segura que exponía ante él su herida, que la veía descarnadamente, y aun así la amaría. Rubén la besó:



—Te amo a ti por lo que eres, por lo que vales. No debes sufrir más. La cicatriz no existe.

Se besaron largamente. Poco tiempo después se casaron. Rápidamente, quedó embarazada. Estaba segura que su hijo sería hembra y así fue. Cuando parió, la acunó en sus brazos:

—Soy tu madre, la persona que más te ama en el mundo. Te llamarás como yo y debes confiar en mí siempre.

No la juzgaría, trataría de comprenderla, de ayudarla en todo, de ser su compañera, que no hubiera secretos entre las dos.

Las relaciones maternas ya no eran tan complicadas. Eran más diáfanos, más sinceras. Cuando la pequeña Andrea se acercaba a los doce años, le explicó todo. No quería que su primera menstruación fuera un trauma, una experiencia vergonzosa. También le habló de la importancia de la virginidad, de la primera relación sexual. Se sorprendió de la naturalidad con que la escuchaba, de cuánto parecía interesarle. Ya ella sabía algo porque la maestra les había explicado.

—Sí, pero no te lo ha explicado con la claridad y confianza que lo hago yo. Quiero ser la primera en saberlo y la primera en decírtelo todo. ¿Entendido?

Asintió. Parecía impresionada por la conversación, pero lo asumía con una madurez impensada. Por eso, cuando tiempo después la pequeña Andrea se acercó con un ligero temblor y cierta palidez, y le dijo:

— Mamá, me desarrollé.

La besó y luego la llevó del brazo.

— Ven. Vamos a conversar.

Solo aquel hecho le importó. La revolución era un sueño perdido, una fe errada, un espejismo. Equivocó su ideal de justicia social con una entelequia fanática, copista, sin existencia propia, sin doctrina verdadera, hermana gemela del fascismo. A veces deseaba borrar esa parte de su vida, pero no podía. Fue su experiencia. Otras veces se sorprendía conversando con Pedro, reclamándole su amor trunco, su cobardía, y su gloria inútil tras la ilusión fallida. Pero nunca pudo concluir el reclamo. Las palabras desfallecían, su imagen se borraba, y la figura de Rubén surgía luminosa, como el relámpago que traspasa un cielo tormentoso, lo alumbraba y desata la refrescante lluvia. Cada día lo añoraba menos, cada día lo olvidaba más. Él era, también, un espejismo.

## LA TENTACIÓN DE LA SEÑORA ROSAS

El día cuando la Sra. Rosas vio la película *Santuario* comprendió que nunca había estado enamorada de su marido. La imagen de aquel hombre, sensual y dominante, duro y cruel, capaz de hacerse amar, la estremeció hasta lo más profundo de sus entrañas, revelándole su verdadera naturaleza. Ella siempre fue una mujer apasionada, pero se cohibía de demostrarlo. Así fue educada, y ella respondía a las normas impuestas como si fueran absolutamente naturales. Solo ahora se daba cuenta del artificio. Era sensual, intensamente sensual. Siempre fue una verdad tan temida que nunca la asumió. Nunca comentó con nadie los extraños ardores nocturnos que, desde muy joven, la agobiaban, haciéndola despertar en un estallido de placer. “¿Qué es esto?”, se preguntaba, sin saber que eran orgasmos. Tampoco sabía que el acto instintivo de juntar las piernas, apretando el clítoris, era una masturbación. Cuando, rondando los dieciocho años y asediada por numerosos pretendientes, eligió a Javier, lo hizo porque era bien parecido y la llenaba de halagos y obsequios, y no porque le produjera emociones intensas. Jamás se arrepintió de su decisión, pero debía reconocer que nunca experimentó sensaciones tan extremas como las que contaban sus amigas cuando hablaban de sexo. Algunas decían que apenas el marido las tocaba, o bien oían su voz, se excitaban. No era su caso. Javier era bello y tierno, y cuando se acercaba a ella lo hacía con delicadeza, despertando, en cada

caricia, un erotismo efervescente, una especie de fragor, de laxitud y cadencia, como si repentinamente se sumergiera en el mar y se llenara de espuma, como si se desgajara en oleadas suaves y lúdicas, hasta que acababa una o dos veces, y después se dormía plácidamente, abrazada a él. Pero ahora había visto la película *Santuario* y no podía ocultarlo más. De joven, casi una niña, le atraía un adolescente llamado Fabio. Era alto y moreno, con una actitud desafiante y la risa sonora. Tal vez se había enamorado de él, pero su pudor núbil la obligó a no reconocerlo. ¿Qué haría si volvieran a verse? ¿Se le insinuaría, trataría de seducirlo, tendría al fin el encuentro deseado y soterrado hasta lo más profundo de su ser? Estaba segura que sí. Más de una vez, ya adulta, se sorprendía al recordarlo, en especial cuando coincidían en los pasillos del liceo y él se detenía bruscamente y la devoraba con los ojos provocando rubores insospechados. Nunca se acercó, tal vez porque le llevaba unos cuantos años. Solo la miraba de lejos. Por mucho tiempo siguió evocándolo, y todavía, en tardes solitarias o en noches largas, su imagen, ávida de ella, volvía. A veces reaparecía en sueños, y cuando despertaba ahogada en orgasmos, contenía el grito, y no le pedía a Javier que la satisficiera, pues en aquel instante supremo era Fabio quien la poseía. En otras ocasiones, cuando Javier no podía complacerla, entraba al baño y se masturbaba, y repentinamente, reaparecía la imagen de Fabio. Después, cuando rememoraba lo sucedido y se preguntaba por qué en un acto tan

íntimo era el rostro de aquel muchacho el que surgía y no el de su marido, inmediatamente eludía la respuesta, como si aquella duda la obligara a ahondar dentro de sí, revelando una faceta incómoda o indeseada de su ser. Se apaciguaba pensando que solo rememoraba las fantasías de una adolescente curiosa e inexperta. Fue al televisor y colocó de nuevo la película, adelantándola hasta la escena en que Candy, con su sombrero mafioso, el paltó colgando del hombro, y el gesto prepotente, conminaba a Pimienta a que lo obedeciera. Se detuvo en aquella imagen que sofocaba su cuerpo y su imaginación, que la atraía como un imán haciéndole perder la voluntad. Era un macho ofendido, exultante de virilidad, de miedo, de deseo y posesión. Un hombre irresistible ante el cual su carne temblaría, anhelando la posesión, sin cansarse nunca, sin desear a otro que no fuera él, sin jamás apartarse de su lado. Cortó la película. Estaba delirando y debía volver a la realidad. ¿Pero cuál era la realidad? ¿La esposa fiel y feliz, con un hogar envidiable y una relación conyugal casi perfecta, o aquella otra que en aquel instante tocaba su sexo mojado y le provocaba tirarse en la cama e imaginar que Candy, o Fabio, u otro parecido, la hacía suya entre gritos y aullidos? No lo sabía, pero sí sabía que aun siendo feliz en su matrimonio y amando a Javier, si alguna vez aparecía un hombre así en su vida, no podría resistir la tentación de seguirlo, de vivir con él cualquier experiencia, hacer lo que quisiera, aunque pusiera en peligro su matrimonio, aunque se expusiera a perderlo todo.



De pronto, el rostro de Javier apareció reflejado en el espejo. Retrocedió asustada. ¿En qué momento había llegado? ¿Sospechó algo? ¿Su cuerpo revelaba sus pensamientos? Sintió temor y vergüenza, y quiso correr hacia él, pero no pudo. Estaba paralizada. Sacudió la cabeza y la figura desapareció. No. Su propio miedo había creado una alucinación. Sin embargo, el encuentro imaginario la devolvió, abruptamente, a la realidad, a sí misma. Era como recuperar la unidad perdida. Como volver a él. Cerró los ojos y pensó que lo tenía frente a sí, amoroso y solícito, y que ella lo abrazaba, dispuesta a besarlo, pero se quedó rígida. No sentía nada. Su carne no palpitaba, sus tetas no temblaban, su cuca no se estremecía. Era solo una ilusión. Apenada, se derrumbó sobre el sofá. ¿Qué le pasaba? Todo cuanto imaginó era locura, desvarío, pecado. Ella no era así, no podía ser así. “Te amo, Javier, te amo”. Y de nuevo el rostro evocado reapareció. Sabía que era mentira y sonrió agradecida, pero de pronto la imagen se deshizo y surgió un Fabio triunfal y engraido, reclamándola. Apenas tuvo tiempo de mirarlo, pávida y fascinada. Enseguida sintió el flujo caliente que bajaba por sus ingles y la palpitación de los labios vaginales, ansiosos por la penetración. Empezó a besarlo, a acariciarlo, a tocar su pene y a sollozar, hasta que una oleada orgásmica la erizó de pies a cabeza y la tumbó sobre el sofá. Rápidamente, casi desmayada, tomó la almohada y la colocó entre sus muslos, y se balanceó sobre ella, una y otra vez, una y otra vez, hasta quedar exhausta y sudorosa, repitiendo, en susurros

leves, el nombre deseado. Después vino la quietud. Estaba agotada. Tocó su rostro anhelante, su cuerpo relajado, y se preguntó si aquella experiencia tan vívida seguiría repitiéndose. Se dijo que sí. Toda una vida ignorándose a sí misma, callando lo que no debía callar, caminando al ritmo que la vara familiar y social indicaba, y ahora estaba allí, partida en dos, con el peso de una verdad innegable. La mujer que había sido y la que realmente era, agobiada por una pasión jamás satisfecha, por la necesidad de vivir lo que nunca había vivido y por la que su cuerpo clamaba, y deseando romper en pedazos la frágil burbuja en la cual viviera, colmada de dicha, mimada y ausente. Así permaneció un rato, en estado cataléptico, hasta que poco a poco abrió los ojos. La habitación estaba vacía. No apareció Javier, con su hermosa sonrisa, ni sentía el poderoso cuerpo de Fabio batiéndose contra el suyo. Estaba sola, con su fantasía sexual, en el silencio que aplastaba su presente y su pasado. Sintió una profunda tristeza. Alisó el vestido, como si Javier pudiera darse cuenta que había hecho el amor con otro. ¿Con otro? ¿Qué le pasaba? Se había masturbado pensando en Fabio, pero eso era algo ilusorio y momentáneo. “No fue verdad. Recuerda que no es verdad”. Rápidamente se dirigió a la ducha y tomó un baño largo. Después sollozó. Debía aceptar la verdad y continuar su vida cotidiana. Se dirigió a la cocina y empezó a preparar la cena. Una vez más se miró al espejo, como si dudara de su apariencia, o de su lucidez, y al fin, más descansada y serena, se dispuso a esperarlo. No pasó mucho tiempo.



Llegó temprano y ella corrió a recibirlo, celebrando la vuelta a la realidad. Después todo volvió a ser igual. En la noche, cuando se acostaron y él renovara, en un acto de eterno afecto, los besos y caricias, y ambos estallaran entre quejidos y ronroneos, Gabriela gritó y lloró agradecida, y una vez más, descansaron abrazados hasta el otro día. Sin embargo duró poco. Una tarde sintió una extraña aprensión, como si le faltara algo, como si necesitara algo imposible de conseguir. Recorrió nerviosamente la casa, deseando que Javier regresara pronto. Intuía la verdad, pero la esquivaba, hasta que fue imposible ignorarla más. Es él. Es Candy, es Fabio, es él. Estuvo tentada de buscar la película y volver a verla, pero se contuvo. Al fin oyó los pasos de Javier. Estaba salvada. Rápidamente fue a recibirlo. Él la gratificó con su usual ternura, y sin saber por qué, mientras terminaba la cena, fue al cuarto y sacó la película. Era como una prueba de fuego, como si la presencia de Javier fuera un muro que la protegía de la tentación. Podía disfrutar toda la película y no experimentar nada, estaba segura. Comenzó a verla mientras el marido comía, mas a medida que la cinta avanzaba empezó a turbarse. Fue experimentando una extraña sensación de inestabilidad, una ambivalencia de placer y pecado, de agravio y venganza. Aún no llegaba a la escena que tanto la excitaba cuando Javier entró al cuarto. No pareció interesado en el film. Deseaba descansar y que ella reposara a su lado. Ahora no —dijo—. Y él se acostó y esperó un rato. Al fin se quedó dormido. Entonces vio la película hasta el

momento paroxístico y la detuvo. Empezó a sentir el deseo regurgitando desde adentro, desde lo más profundo de su ser, crepitando en la vagina, restregándose contra los labios y el clítoris, hasta que afloró, rotundo, espasmódico, vibrante. Apenas tuvo tiempo de correr al baño y colocar su mano sobre la vulva caliente y húmeda, y contener el grito, ahogándolo en quejidos y jadeos. Cuando todo pasó se quedó mirando su imagen en el espejo, pero no vio su rostro. Vio a Pimienta, dominada, ahíta de deseo y placer, esclava de su poseedor. Quedó agotada. El descubrimiento hecho la mantuvo tensa y angustiada durante varios días. No sabía qué hacer. Amaba a Javier y no quería ninguna afrenta contra él, y mucho menos abandonarlo, pero era innegable que una parte muy importante de su ser, una parte sofocada y nunca oída, había aparecido, y exigía reconocimiento. Deseaba a un hombre diferente al esposo, aunque solo fuera por unos instantes. Era un requerimiento superior a su voluntad, una fuerza que la doblegaba. ¿Pero quién? Imposible que fuera Fabio. Nada sabía de él. Empezó a pasar revista a todos los hombres conocidos, incluso los maridos de sus amigas, pero ninguno se ajustaba a lo apetecido. Quedaba la posibilidad de hacerse pasar por otra persona, ir a una ciudad distante y vivir una o varias aventuras, pero no era exactamente lo que deseaba. No quería encuentros espasmódicos con desconocidos de un día. Quería un solo hombre con el cual vivir plenamente lo que exigía su cuerpo. La otra posibilidad era decirle a Javier que deseaba una

actividad fuera de la casa. Quería aprender algún arte que la distrajera de la rutina diaria.

Y así lo hizo. Fue difícil convencerlo. Javier era celoso. Argumentó que le gustaba tenerla en casa, que la proveía de todo cuanto deseaba, y no estaría tranquilo sabiéndola fuera del hogar, pero ella insistió. Al fin lo logró. Entonces inició la cacería.

¿Por dónde empezaría? No deseaba un hombre educado, deliciosamente formal, como su marido, ni muy buenmozo. Lo quería fuerte, varonil, dominante, buen bebedor y fumador, y que, preferiblemente, frecuentara prostíbulos. Un hombre de los bajos fondos.

Y allá se dirigió. Apenas tenía oportunidad escapaba a los suburbios. Nadie la reconocería. El maquillaje, la peluca, el atuendo y su actitud no podían denunciarla. Además, no eran lugares que sus amistades frecuentaran. Con una apariencia distinta y un nombre diferente, se dio a la tarea de buscar al hombre que le interesaba. Mientras tanto no fue a la cama con ninguno ni aceptó ofertas o dinero. Solo quería calmar aquella urgencia que la apremiaba cada vez más, y que le auguraba placeres mórbidos e infinitos.

Y lo encontró, alto, fornido, sensual y depravado. Tenía un labio ladeado, el párpado izquierdo ligeramente caído, y una actitud prepotente. El tipo de hombre que ansiaba la hembra que dormía dentro de ella. Apenas la vio se la comió con los ojos y se acercó como el animal que olfatea a la hembra en celo. Ella devolvió la mirada. Escaparon a un motel y después fue la locura. La desvistió de un zarpazo, se aferró como un desdichado a sus pechos, y devoró, con la lengua ávida, todos sus pelos, mientras se refocilaba en la viscosidad de su cuca. Lo extraordinario es que no hubo explicaciones ni preguntas. Simplemente se pusieron a tirar como si desde tiempo atrás estuvieran de acuerdo, como si los poseyera un mismo demonio, o como si les urgiera saciar toda su lujuria en un instante. Fue un encuentro brutal y perfecto. Él la tomó como le dio la gana, y ella se dejó tomar cuanto le dio la gana.

Empezaron a verse con frecuencia y cada encuentro revelaba la identidad de sus instintos, o de su naturaleza. Eran pasionales, inmorales, lascivos, dementes. No estaban enamorados ni hablaban de sus asuntos. No había compromisos. Solo el acuerdo tácito de disfrutar del sexo a su gusto y placer, convertidos en animales que fornicaban sin eufemismos ni simulaciones. Tampoco procuró deslumbrarlo con su belleza. Se lanzaba a la cama desnuda, exhibiendo su pubis ardoroso, y tocando con sus pies el pene hinchado, a punto de reventar la bragueta. Después no sabían nada de ellos mismos.

Lo más extraño es que no experimentaba vergüenza ni culpa alguna. Era como si se sintiera reivindicada, como si obedeciera a una parte muy auténtica de sí misma y todo fuera perfectamente natural o explicable. Sin embargo, no se lo contaba a nadie. Sabía que no podrían comprenderla. Tampoco trataba de explicarse nada. Eso era lo que sentía y eso era lo que vivía. Además, no afectaba su vida matrimonial. La relación entre ellos continuó igual. Muchas veces, después de hacer el amor con Javier, rememoraba lo sucedido con su amante, y no podía dejar de sorprenderse ante su otra vida. El recuerdo de aquel hombre furiosamente lascivo, que se tornaba ciego y sordo en la cama, que la tomaba casi ferozmente y la hacía disfrutar como nunca, volvía constantemente. Sabía que debía dejarlo, pero no sabía cuándo ni cómo. Estaba aferrada a él.

Hasta que un día, inopinadamente, lo vio merodeando cerca de la casa. Se llenó de terror. ¿Cómo lo averiguó? ¿Cómo supo? Javier apenas se preparaba para salir, y el tipo frente a la casa, con su aspecto de proxeneta, atisbando puertas y ventanas. Cuando al fin Javier se fue salió rápidamente y lo llamó.

— ¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreviste?

No recibió respuesta. La tomó bruscamente, la arrastró hasta la sala, y allí la poseyó sin dilaciones ni miramientos. Ella no supo nada de sí. El terror dio lugar al más promiscuo de los placeres, y de pronto se oyó gritando y clamando a Dios, al padre y la madre, profiriendo insultos y palabrotas, mientras él roncaba como un animal herido, mientras la arrinconaba contra la pared y la colocaba a horcajadas sobre sus hombros para gozarla hasta lo más profundo. Nunca, hasta ahora, había experimentado una sensación tan vívida de terror y placer, de rabia y felicidad. Al fin quedaron exánimes sobre la alfombra, bañados en sudor y leche. Él no cesaba de tocar su pubis ensopado, no cesaba de olerlo y untarlo en su cara.

“Soy una puta, una verdadera puta”, pensó.

Ella, la señora de Javier Rosas, era la esclava de un rufián sin escrúpulos, brutalmente sincero, y sometido al poder de su belleza, de su sexo y deseo.

Desde esa vez se propuso dejarlo, pero no podía. Era superior a su voluntad. Cada vez que preparaba un encuentro, cada vez que vestía sus trajes llamativos, que veía sus senos escapando por el escote y las piernas envueltas en mallas negras, comprendía que no quería. El solo hecho de verse así, impúdica, provocativa, casi prostituida, la excitaba. Era una seducción más poderosa que su voluntad, que sus miedos y ansiedades. Era su consagración.

Y volvía con él. Ya antes de la cita, de prever el próximo encuentro, con sus desvaríos, sus desgarramientos y éxtasis, su cuerpo temblaba y la hacía aligerar el paso. Llegaba así, ardorosa, incitante, reclamando premuras insospechadas, o paciencia, o el caos total, para luego derramarse en él pegada a su boca, a su cintura y pene como si fuera su único vínculo con la vida, como si el mundo se acabara en ese instante y solo les quedara esperar el juicio final confundidos en un solo cuerpo, un solo deseo, un único sexo.

—Debemos separarnos —musitó una vez, insoportablemente feliz y agotada.

Él la sacudió en la cama.

— ¡Jamás! — Bramó — ¡Jamás lo permitiré!

Estaba mortalmente pálido, desfigurado por la desesperación y rabia, y luego, mientras besaba sus párpados, mientras mordía sus pezones, “jamás lo permitiré, jamás”, fue hundiéndose sobre ella, apretándola contra sí, sin permitirle levantarse, hasta que debió jurarle que nunca lo dejaría. A cambio exigió que no la buscara. Era demasiado arriesgado. Ella lo buscaría, ella siempre volvería.

—Me niego a perderte —dijo, sentado en la cama y fumando.

Estaba irresistiblemente atractivo, con su rostro aguileño de perfil, como si hablara imaginariamente con ella, y fuera absolutamente sincero. — Debes dejarlo a él y quedarte conmigo, solo conmigo. Ella se negó. Abandonar a Javier y vivir con él no tenía sentido. Todo se acabaría. La lujuria, la locura, el placer, la libertad. Todo se volvería formal, desquiciadamente normal y aburrido. Él sería otro Javier y ella la misma señora Rosas. No, no valía la pena. Seguiría siendo su amante hasta quién sabe cuándo. Aceptó a duras penas, como si necesitara ser convencido, y al fin la dejó ir. Era la última cita. Lo sabía. Las cosas se estaban complicando. Su extraña inclinación llegaba a su fin. Tal vez era hartazgo, tal vez demasiado apego. No lo sabía exactamente, pero sí comprendía que era hora de cortar. El primer acto de ruptura fue deshacerse de sus trajes de ramera. Durante varios minutos deambuló por la casa, como si estuviera perdida, y al final se sentó en el sofá, observándolo todo. Allí compartía las conversaciones con Javier, y allí había vivido el máximo desafío de su vida. Aquella fue la más atrevida de sus experiencias adúlteras y la apoteosis de su doble condición de esposa y mujerzuela. No se sentía purificada, ni rota, ni desesperada. Se sentía ella. Había vivido y dejado de vivir. Empezaba de nuevo, volviendo la espalda a aquella parte de su ser, de su vida. Ahora le tocaba vivir sin él, sin su vocación hetaira, sin recuerdos ni nostalgias. Sofocaría cualquier debilidad, cualquier indicio o tentación. Era la hora de su otra verdad. Era la aniquilación. Así lo aceptaba y



así viviría. Y cuando Fabio, o Candy, o él apareciera en sus sueños, buscaría la mano de Javier, besaría el rostro de Javier, amaría a Javier, y pronunciaría su nombre, solo su nombre.



## LA TENTACIÓN DE LA SEÑORA ROSAS



El día cuando la Sra. Rosas vio la película *Santuario* comprendió que nunca había estado enamorada de su marido. La imagen de aquel hombre, sensual y dominante, duro y cruel, capaz de hacerse amar, la estremeció hasta lo más profundo de sus entrañas, revelándole su verdadera naturaleza. Ella siempre fue una mujer apasionada, pero se cohibía de demostrarlo. Así fue educada, y ella respondía a las normas impuestas como si fueran absolutamente naturales. Solo ahora se daba cuenta del artificio. Era sensual, intensamente sensual. Siempre fue una verdad tan temida que nunca la asumió. Nunca comentó con nadie los extraños ardores nocturnos que, desde muy joven, la agobiaban, haciéndola despertar en un estallido de placer. “¿Qué es esto?”, se preguntaba, sin saber que eran orgasmos. Tampoco sabía que el acto instintivo de juntar las piernas, apretando el clítoris, era una masturbación. Cuando, rondando los dieciocho años y asediada por numerosos pretendientes, eligió a Javier, lo hizo porque era bien parecido y la llenaba de halagos y obsequios, y no porque le produjera emociones intensas. Jamás se arrepintió de su decisión, pero debía reconocer que nunca experimentó sensaciones tan extremas como las que contaban sus amigas cuando hablaban de sexo. Algunas decían que apenas el marido las tocaba, o bien oían su voz, se excitaban. No era su caso. Javier era bello y tierno, y cuando se acercaba a ella lo hacía con delicadeza, despertando, en cada caricia, un erotismo efervescente, una especie de fragor, de laxitud y cadencia, como si

repentinamente se sumergiera en el mar y se llenara de espuma, como si se desgajara en oleadas suaves y lúdicas, hasta que acababa una o dos veces, y después se dormía plácidamente, abrazada a él. Pero ahora había visto la película *Santuario* y no podía ocultarlo más. De joven, casi una niña, le atraía un adolescente llamado Fabio. Era alto y moreno, con una actitud desafiante y la risa sonora. Tal vez se había enamorado de él, pero su pudor núbil la obligó a no reconocerlo. ¿Qué haría si volvieran a verse? ¿Se le insinuaría, trataría de seducirlo, tendría al fin el encuentro deseado y soterrado hasta lo más profundo de su ser? Estaba segura que sí. Más de una vez, ya adulta, se sorprendía al recordarlo, en especial cuando coincidían en los pasillos del liceo y él se detenía bruscamente y la devoraba con los ojos provocando rubores insospechados. Nunca se acercó, tal vez porque le llevaba unos cuantos años. Solo la miraba de lejos. Por mucho tiempo siguió evocándolo, y todavía, en tardes solitarias o en noches largas, su imagen, ávida de ella, volvía. A veces reaparecía en sueños, y cuando despertaba ahogada en orgasmos, contenía el grito, y no le pedía a Javier que la satisficiera, pues en aquel instante supremo era Fabio quien la poseía. En otras ocasiones, cuando Javier no podía complacerla, entraba al baño y se masturbaba, y repentinamente, reaparecía la imagen de Fabio. Después, cuando rememoraba lo sucedido y se preguntaba por qué en un acto tan íntimo era el rostro de aquel muchacho el que surgía y no el de su marido, inmediatamente eludía la

respuesta, como si aquella duda la obligara a ahondar dentro de sí, revelando una faceta incómoda o indeseada de su ser. Se apaciguaba pensando que solo recordaba las fantasías de una adolescente curiosa e inexperta.

Fue al televisor y colocó de nuevo la película, adelantándola hasta la escena en que Candy, con su sombrero mafioso, el paltó colgando del hombro, y el gesto prepotente, conminaba a Pimienta a que lo obedeciera. Se detuvo en aquella imagen que sofocaba su cuerpo y su imaginación, que la atraía como un imán haciéndole perder la voluntad. Era un macho ofendido, exultante de virilidad, de miedo, de deseo y posesión. Un hombre irresistible ante el cual su carne temblaría, anhelando la posesión, sin cansarse nunca, sin desear a otro que no fuera él, sin jamás apartarse de su lado. Cortó la película. Estaba delirando y debía volver a la realidad. ¿Pero cuál era la realidad? ¿La esposa fiel y feliz, con un hogar envidiable y una relación conyugal casi perfecta, o aquella otra que en aquel instante tocaba su sexo mojado y le provocaba tirarse en la cama e imaginar que Candy, o Fabio, u otro parecido, la hacía suya entre gritos y aullidos? No lo sabía, pero sí sabía que aun siendo feliz en su matrimonio y amando a Javier, si alguna vez aparecía un hombre así en su vida, no podría resistir la tentación de seguirlo, de vivir con él cualquier experiencia, hacer lo que quisiera, aunque pusiera en peligro su matrimonio, aunque se expusiera a perderlo todo.

De pronto, el rostro de Javier apareció reflejado en el espejo. Retrocedió asustada. ¿En qué momento había llegado? ¿Sospechó algo? ¿Su cuerpo revelaba sus pensamientos? Sintió temor y vergüenza, y quiso correr hacia él, pero no pudo. Estaba paralizada. Sacudió la cabeza y la figura desapareció. No. Su propio miedo había creado una alucinación. Sin embargo, el encuentro imaginario la devolvió, abruptamente, a la realidad, a sí misma. Era como recuperar la unidad perdida. Como volver a él. Cerró los ojos y pensó que lo tenía frente a sí, amoroso y solícito, y que ella lo abrazaba, dispuesta a besarlo, pero se quedó rígida. No sentía nada. Su carne no palpitaba, sus tetas no temblaban, su cuca no se estremecía. Era solo una ilusión. Apenada, se derrumbó sobre el sofá. ¿Qué le pasaba? Todo cuanto imaginó era locura, desvarío, pecado. Ella no era así, no podía ser así. “Te amo, Javier, te amo”. Y de nuevo el rostro evocado reapareció. Sabía que era mentira y sonrió agradecida, pero de pronto la imagen se deshizo y surgió un Fabio triunfal y engréido, reclamándola. Apenas tuvo tiempo de mirarlo, pávida y fascinada. Enseguida sintió el flujo caliente que bajaba por sus ingles y la palpitación de los labios vaginales, ansiosos por la penetración. Empezó a besarlo, a acariciarlo, a tocar su pene y a sollozar, hasta que una oleada orgásmica la erizó de pies a cabeza y la tumbó sobre el sofá. Rápidamente, casi desmayada, tomó la almohada y la colocó entre sus muslos, y se balanceó sobre ella, una y otra vez, una y otra vez, hasta quedar exhausta y sudorosa, repitiendo, en susurros

leves, el nombre deseado. Después vino la quietud. Estaba agotada. Tocó su rostro anhelante, su cuerpo relajado, y se preguntó si aquella experiencia tan vívida seguiría repitiéndose. Se dijo que sí. Toda una vida ignorándose a sí misma, callando lo que no debía callar, caminando al ritmo que la vara familiar y social indicaba, y ahora estaba allí, partida en dos, con el peso de una verdad innegable. La mujer que había sido y la que realmente era, agobiada por una pasión jamás satisfecha, por la necesidad de vivir lo que nunca había vivido y por la que su cuerpo clamaba, y deseando romper en pedazos la frágil burbuja en la cual viviera, colmada de dicha, mimada y ausente. Así permaneció un rato, en estado cataléptico, hasta que poco a poco abrió los ojos. La habitación estaba vacía. No apareció Javier, con su hermosa sonrisa, ni sentía el poderoso cuerpo de Fabio batiéndose contra el suyo. Estaba sola, con su fantasía sexual, en el silencio que aplastaba su presente y su pasado. Sintió una profunda tristeza. Alisó el vestido, como si Javier pudiera darse cuenta que había hecho el amor con otro. ¿Con otro? ¿Qué le pasaba? Se había masturbado pensando en Fabio, pero eso era algo ilusorio y momentáneo. “No fue verdad. Recuerda que no es verdad”. Rápidamente se dirigió a la ducha y tomó un baño largo. Después sollozó. Debía aceptar la verdad y continuar su vida cotidiana. Se dirigió a la cocina y empezó a preparar la cena. Una vez más se miró al espejo, como si dudara de su apariencia, o de su lucidez, y al fin, más descansada y serena, se dispuso a esperarlo. No pasó mucho tiempo.



Llegó temprano y ella corrió a recibirlo, celebrando la vuelta a la realidad. Después todo volvió a ser igual. En la noche, cuando se acostaron y él renovara, en un acto de eterno afecto, los besos y caricias, y ambos estallaran entre quejidos y ronroneos, Gabriela gritó y lloró agradecida, y una vez más, descansaron abrazados hasta el otro día. Sin embargo duró poco. Una tarde sintió una extraña aprensión, como si le faltara algo, como si necesitara algo imposible de conseguir. Recorrió nerviosamente la casa, deseando que Javier regresara pronto. Intuía la verdad, pero la esquivaba, hasta que fue imposible ignorarla más. Es él. Es Candy, es Fabio, es él. Estuvo tentada de buscar la película y volver a verla, pero se contuvo. Al fin oyó los pasos de Javier. Estaba salvada. Rápidamente fue a recibirlo. Él la gratificó con su usual ternura, y sin saber por qué, mientras terminaba la cena, fue al cuarto y sacó la película. Era como una prueba de fuego, como si la presencia de Javier fuera un muro que la protegía de la tentación. Podía disfrutar toda la película y no experimentar nada, estaba segura. Comenzó a verla mientras el marido comía, mas a medida que la cinta avanzaba empezó a turbarse. Fue experimentando una extraña sensación de inestabilidad, una ambivalencia de placer y pecado, de agravio y venganza. Aún no llegaba a la escena que tanto la excitaba cuando Javier entró al cuarto. No pareció interesado en el film. Deseaba descansar y que ella reposara a su lado. Ahora no —dijo—. Y él se acostó y esperó un rato. Al fin se quedó dormido. Entonces vio la película hasta el

momento paroxístico y la detuvo. Empezó a sentir el deseo regurgitando desde adentro, desde lo más profundo de su ser, crepitando en la vagina, restregándose contra los labios y el clítoris, hasta que afloró, rotundo, espasmódico, vibrante. Apenas tuvo tiempo de correr al baño y colocar su mano sobre la vulva caliente y húmeda, y contener el grito, ahogándolo en quejidos y jadeos. Cuando todo pasó se quedó mirando su imagen en el espejo, pero no vio su rostro. Vio a Pimienta, dominada, ahíta de deseo y placer, esclava de su poseedor. Quedó agotada. El descubrimiento hecho la mantuvo tensa y angustiada durante varios días. No sabía qué hacer. Amaba a Javier y no quería ninguna afrenta contra él, y mucho menos abandonarlo, pero era innegable que una parte muy importante de su ser, una parte sofocada y nunca oída, había aparecido, y exigía reconocimiento. Deseaba a un hombre diferente al esposo, aunque solo fuera por unos instantes. Era un requerimiento superior a su voluntad, una fuerza que la doblaba. ¿Pero quién? Imposible que fuera Fabio. Nada sabía de él. Empezó a pasar revista a todos los hombres conocidos, incluso los maridos de sus amigas, pero ninguno se ajustaba a lo apetecido. Quedaba la posibilidad de hacerse pasar por otra persona, ir a una ciudad distante y vivir una o varias aventuras, pero no era exactamente lo que deseaba. No quería encuentros espasmódicos con desconocidos de un día. Quería un solo hombre con el cual vivir plenamente lo que exigía su cuerpo. La otra posibilidad era decirle a Javier que deseaba una

actividad fuera de la casa. Quería aprender algún arte que la distrajera de la rutina diaria.

Y así lo hizo. Fue difícil convencerlo. Javier era celoso. Argumentó que le gustaba tenerla en casa, que la proveía de todo cuanto deseaba, y no estaría tranquilo sabiéndola fuera del hogar, pero ella insistió. Al fin lo logró. Entonces inició la cacería.

¿Por dónde empezaría? No deseaba un hombre educado, deliciosamente formal, como su marido, ni muy buenmozo. Lo quería fuerte, varonil, dominante, buen bebedor y fumador, y que, preferiblemente, frecuentara prostíbulos. Un hombre de los bajos fondos.

Y allá se dirigió. Apenas tenía oportunidad escapaba a los suburbios. Nadie la reconocería. El maquillaje, la peluca, el atuendo y su actitud no podían denunciarla. Además, no eran lugares que sus amistades frecuentaran. Con una apariencia distinta y un nombre diferente, se dio a la tarea de buscar al hombre que le interesaba. Mientras tanto no fue a la cama con ninguno ni aceptó ofertas o dinero. Solo quería calmar aquella urgencia que la apremiaba cada vez más, y que le auguraba placeres mórbidos e infinitos.

Y lo encontró, alto, fornido, sensual y depravado. Tenía un labio ladeado, el párpado izquierdo ligeramente caído, y una actitud prepotente. El tipo de hombre que ansiaba la hembra que dormía dentro de ella. Apenas la vio se la comió con los ojos y se acercó como el animal que olfatea a la hembra en celo. Ella devolvió la mirada. Escaparon a un motel y después fue la locura. La desvistió de un zarpazo, se aferró como un desdichado a sus pechos, y devoró, con la lengua ávida, todos sus pelos, mientras se refocilaba en la viscosidad de su cuca. Lo extraordinario es que no hubo explicaciones ni preguntas. Simplemente se pusieron a tirar como si desde tiempo atrás estuvieran de acuerdo, como si los poseyera un mismo demonio, o como si les urgiera saciar toda su lujuria en un instante. Fue un encuentro brutal y perfecto. Él la tomó como le dio la gana, y ella se dejó tomar cuanto le dio la gana.

Empezaron a verse con frecuencia y cada encuentro revelaba la identidad de sus instintos, o de su naturaleza. Eran pasionales, inmorales, lascivos, dementes. No estaban enamorados ni hablaban de sus asuntos. No había compromisos. Solo el acuerdo tácito de disfrutar del sexo a su gusto y placer, convertidos en animales que fornicaban sin eufemismos ni simulaciones. Tampoco procuró deslumbrarlo con su belleza. Se lanzaba a la cama desnuda, exhibiendo su pubis ardoroso, y tocando con sus pies el pene hinchado, a punto de reventar la bragueta. Después no sabían nada de ellos mismos.

Lo más extraño es que no experimentaba vergüenza ni culpa alguna. Era como si se sintiera reivindicada, como si obedeciera a una parte muy auténtica de sí misma y todo fuera perfectamente natural o explicable. Sin embargo, no se lo contaba a nadie. Sabía que no podrían comprenderla. Tampoco trataba de explicarse nada. Eso era lo que sentía y eso era lo que vivía. Además, no afectaba su vida matrimonial. La relación entre ellos continuó igual. Muchas veces, después de hacer el amor con Javier, rememoraba lo sucedido con su amante, y no podía dejar de sorprenderse ante su otra vida. El recuerdo de aquel hombre furiosamente lascivo, que se tornaba ciego y sordo en la cama, que la tomaba casi ferozmente y la hacía disfrutar como nunca, volvía constantemente. Sabía que debía dejarlo, pero no sabía cuándo ni cómo. Estaba aferrada a él.

Hasta que un día, inopinadamente, lo vio merodeando cerca de la casa. Se llenó de terror. ¿Cómo lo averiguó? ¿Cómo supo? Javier apenas se preparaba para salir, y el tipo frente a la casa, con su aspecto de proxeneta, atisbando puertas y ventanas. Cuando al fin Javier se fue salió rápidamente y lo llamó.

— ¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreviste?

No recibió respuesta. La tomó bruscamente, la arrastró hasta la sala, y allí la poseyó sin dilaciones ni miramientos. Ella no supo nada de sí. El terror dio lugar al más promiscuo de los placeres, y de pronto se oyó gritando y clamando a Dios, al padre y la madre, profiriendo insultos y palabrotas, mientras él roncaba como un animal herido, mientras la arrinconaba contra la pared y la colocaba a horcajadas sobre sus hombros para gozarla hasta lo más profundo. Nunca, hasta ahora, había experimentado una sensación tan vívida de terror y placer, de rabia y felicidad. Al fin quedaron exánimes sobre la alfombra, bañados en sudor y leche. Él no cesaba de tocar su pubis ensopado, no cesaba de olerlo y untarlo en su cara.

“Soy una puta, una verdadera puta”, pensó.

Ella, la señora de Javier Rosas, era la esclava de un rufián sin escrúpulos, brutalmente sincero, y sometido al poder de su belleza, de su sexo y deseo.

Desde esa vez se propuso dejarlo, pero no podía. Era superior a su voluntad. Cada vez que preparaba un encuentro, cada vez que vestía sus trajes llamativos, que veía sus senos escapando por el escote y las piernas envueltas en mallas negras, comprendía que no quería. El solo hecho de verse así, impúdica, provocativa, casi prostituida, la excitaba. Era una seducción más poderosa que su voluntad, que sus miedos y ansiedades. Era su consagración.

Y volvía con él. Ya antes de la cita, de prever el próximo encuentro, con sus desvaríos, sus desgarramientos y éxtasis, su cuerpo temblaba y la hacía aligerar el paso. Llegaba así, ardorosa, incitante, reclamando premuras insospechadas, o paciencia, o el caos total, para luego derramarse en él pegada a su boca, a su cintura y pene como si fuera su único vínculo con la vida, como si el mundo se acabara en ese instante y solo les quedara esperar el juicio final confundidos en un solo cuerpo, un solo deseo, un único sexo.

—Debemos separarnos —musitó una vez, insoportablemente feliz y agotada.

Él la sacudió en la cama.

— ¡Jamás! — Bramó — ¡Jamás lo permitiré!

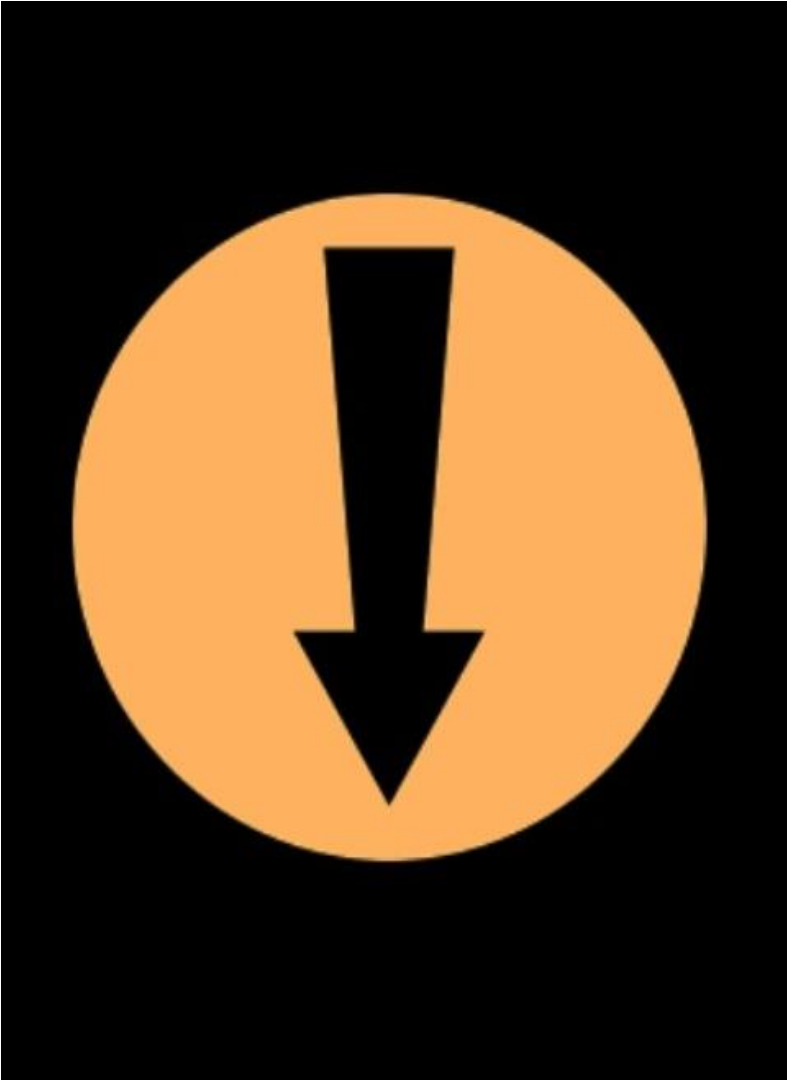
Estaba mortalmente pálido, desfigurado por la desesperación y rabia, y luego, mientras besaba sus párpados, mientras mordía sus pezones, “jamás lo permitiré, jamás”, fue hundiéndose sobre ella, apretándola contra sí, sin permitirle levantarse, hasta que debió jurarle que nunca lo dejaría. A cambio exigió que no la buscara. Era demasiado arriesgado. Ella lo buscaría, ella siempre volvería.

—Me niego a perderte —dijo, sentado en la cama y fumando.

Estaba irresistiblemente atractivo, con su rostro aguileño de perfil, como si hablara imaginariamente con ella, y fuera absolutamente sincero. — Debes dejarlo a él y quedarte conmigo, solo conmigo. Ella se negó. Abandonar a Javier y vivir con él no tenía sentido. Todo se acabaría. La lujuria, la locura, el placer, la libertad. Todo se volvería formal, desquiciadamente normal y aburrido. Él sería otro Javier y ella la misma señora Rosas. No, no valía la pena. Seguiría siendo su amante hasta quién sabe cuándo. Aceptó a duras penas, como si necesitara ser convencido, y al fin la dejó ir. Era la última cita. Lo sabía. Las cosas se estaban complicando. Su extraña inclinación llegaba a su fin. Tal vez era hartazgo, tal vez demasiado apego. No lo sabía exactamente, pero sí comprendía que era hora de cortar. El primer acto de ruptura fue deshacerse de sus trajes de ramera. Durante varios minutos deambuló por la casa, como si estuviera perdida, y al final se sentó en el sofá, observándolo todo. Allí compartía las conversaciones con Javier, y allí había vivido el máximo desafío de su vida. Aquella fue la más atrevida de sus experiencias adúlteras y la apoteosis de su doble condición de esposa y mujerzuela. No se sentía purificada, ni rota, ni desesperada. Se sentía ella. Había vivido y dejado de vivir. Empezaba de nuevo, volviendo la espalda a aquella parte de su ser, de su vida. Ahora le tocaba vivir sin él, sin su vocación hetaira, sin recuerdos ni nostalgias. Sofocaría cualquier debilidad, cualquier indicio o tentación. Era la hora de su otra verdad. Era la aniquilación. Así lo aceptaba y



así viviría. Y cuando Fabio, o Candy, o él apareciera en sus sueños, buscaría la mano de Javier, besaría el rostro de Javier, amaría a Javier, y pronunciaría su nombre, solo su nombre.



## ÍNDICE

Dedicatoria y agradecimientos/P.	03
Prólogo/P.	07
El laberinto de los olvidados/P.	09
La ciénaga/P.	23
La jauría magnífica/	29
Un viaje importante/P.	41
El escaparate de cartón/P.	53
El testamento del diablo/P.	67
Ecce Homo/P.	77
El imperio de la Rosa/P.	83
Las bodas del olvido/P.	97
La falena oscura/P.	111
La cicatriz/P.	117
La tentación de la Sra Rosas/P.	187

